

B.J. DANIELS

*Quando llegaron  
las lluvias*





B.J. DANIELS

*Quando llegaron  
las lluvias*

e<sup>lit</sup>

**B.J. Daniels**

**CUANDO LLEGARON LAS LLUVIAS**

**TIMBER FALLS - OREGON, 1**

# ÍNDICE

Capítulo 1  
Capítulo 2  
Capítulo 3  
Capítulo 4  
Capítulo 5  
Capítulo 6  
Capítulo 7  
Capítulo 8  
Capítulo 9  
Capítulo 10  
Capítulo 11  
Capítulo 12  
Capítulo 13  
Capítulo 14  
Capítulo 15  
Epílogo

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA





## Capítulo 1

*Martes, 27 de octubre*

La oscuridad parecía apretarse contra la ventana. Al otro lado del cristal, algo se movió en el borde del bosque.

A la luz de la lámpara de su mesa de trabajo, Nina Monroe continuaba pintando el pato de madera. Se había olvidado de que estaba sola en la aislada factoría Dennison, de patos de reclamo. Su mente estaba concentrada en el futuro, en las perspectivas que habían comenzado a abrirse.

Por primera vez en sus veintisiete años de vida, se le presentaba un futuro radiante. A veces tenía que pellizcarse para convencerse de que no estaba soñando. Muy pronto conseguiría todo lo que había deseado. Muy pronto no tendría que estar pintando patos de madera en medio de la nada, eso estaba claro.

Una voz interior le aconsejaba no vender la piel del oso antes de matarlo. La voz era terriblemente parecida a la de su tía Harriet. La tía Harriet, la solterona, la agorera...

Después de aquella noche, Nina tendría al fin lo que se merecía. Había esperado mucho tiempo. Sonrió al imaginarse a sí misma abandonando aquel aburrido pueblo para no volver jamás. Para no volver a pensar nunca en Timber Falls, Oregón. Estaba entusiasmada ante las múltiples posibilidades que se le ofrecían. Y también indignada por haber tenido que esperar tanto a que se le hiciera justicia.

Había escogido a propósito la fecha de Halloween. Una fecha perfecta para desenmascarar a los auténticos villanos. Cuando llegara Halloween, llevaría ya tiempo ausente... pero no habría olvidado, ni mucho menos. Lo tendría todo: el dinero... y la venganza. ¿Quién decía que la venganza no era dulce?

De repente, un ruido en la ventana la hizo levantar la mirada. En la oscuridad apareció un rostro deformado, desencajado. Llenaba todo el marco, con las cuencas de los ojos muertas, vacías...

Emitió un grito estrangulado, soltando el pincel al tiempo que se levantaba bruscamente. Con la misma celeridad con que había aparecido, la cara se evaporó. Apagó la lámpara, de modo que solamente quedó encendida la luz de emergencia de la entrada, y se concentró en mirar por la ventana, escrutando la oscuridad. Más allá del cristal podía distinguir el laberinto de árboles, arbustos, heléchos y musgo que surgía de la niebla del bosque húmedo, neblinoso, en un ambiente opresivo, agobiante. Tanto que a veces le daban ganas de ponerse a gritar.

Como en aquel preciso momento. Los árboles se agitaban sin descanso azotados

por el viento. La luz de la luna, atravesando el bosque, proyectaba jirones de sombras sobre el cristal. Aspiró profundamente e intentó tranquilizarse. Allí fuera no había nada. Debía de haber sido una ilusión provocada por la luna y las sombras. ¿Acaso su vida no había estado siempre llena de sombras? Durante mucho tiempo lo había estado. Pero ya no.

Estaba tan cerca de conseguir finalmente sus propósitos que se sentía nerviosa, inquieta, y quizá incluso algo temerosa. Temerosa de que algo pudiera salir mal.

Sabía que ese temor no era más que un simple efecto de los malos agüeros de su tía Harriet. Durante tantos años había tenido que soportar el insufrible pesimismo de la anciana que era como si tuviera su voz dentro de la cabeza... La voz del derrotismo. Del fracaso.

Ahuyentó de nuevo aquellos pensamientos mientras miraba otra vez por la ventana, sin ver nada. Un vistazo a su reloj le confirmó que todavía disponía de una hora. Quería terminar de pintar aquel pato de madera. Detestaba admitir que, durante aquel último mes, había llegado a disfrutar mucho de su trabajo.

Se requería una precisión y una meticulosidad que no dejaban de atraerla. Y había descubierto que tenía un talento para ello que la sorprendía y agradaba a la vez.

De repente, a su espalda, oyó un ruido leve, una especie de click. ¿El sonido de la puerta principal al abrirse, al otro lado del edificio? Se volvió lentamente. La solitaria bombilla de la esquina iluminaba la entrada de los empleados, proyectando en la pared opuesta las siniestras sombras de los centenares de patos de reclamo. Fochas y ánades de todos los tamaños y colores llenaban los estantes hasta el techo.

Desde donde estaba, no podía ver más allá de aquellos estantes. ¿Se habría imaginado aquel sonido, tal y como se había imaginado el rostro que había creído ver en la ventana?

Entró una corriente de aire frío, seguida del sonido apagado de un paso en el suelo de cemento. Volvió a oír un click. ¿La puerta cerrándose?

Era demasiado temprano. A no ser que se hubiera producido un cambio de planes. Pero en ese caso, habría recibido una llamada. Después de todo, supuestamente aquella sería la última noche que se encontrarían. Una vez que tuviera el dinero...

Alzó la mirada hasta la oficina acristalada de Wade Dennison, en el primer piso del edificio, medio esperando ver a su jefe observándola, como tan a menudo solía hacer. Pero la oficina estaba a oscuras, y no había nadie dentro. De repente volvió a escuchar el leve ruido de un paso, más cerca esa vez. Se dijo que tenía que tratarse de alguno de los empleados. Nadie más poseía una llave para entrar. A no ser que se hubiera olvidado de cerrar la puerta...

Con el corazón en la garganta, intentó frenéticamente recordar si la había cerrado o no. Quizá lo de encontrarse allí no había sido tan buena idea, después de todo. Pero habitualmente siempre estaba sola a esas horas. Le gustaba trabajar de noche. Sus compañeros pensaban que se quedaba a trabajar hasta tarde para impresionar a su

jefe, y se resentían por ello... lo cual no podía importarle menos.

Por eso la factoría le había parecido un lugar ideal de encuentro. Allí estaba completamente sola. Y tampoco tenía que preocuparse de que la vieja patrona de su apartamento la estuviera escuchando a escondidas...

—¿Quién anda ahí? —preguntó.

Silencio. Sintió una punzada de inquietud. Y volvió a escuchar la voz de su tía Harriet: «Ya te dije que todo este engaño acabaría contigo».

En ningún momento había pensando en lo indefensa que podía encontrarse allí sola, en la factoría. Dennison Ducks se hallaba a unos quince kilómetros de la casa más cercana, la del propio Wade Dennison, el propietario.

Otro paso apagado en el suelo de cemento, en esa ocasión mucho más cerca. El pulso se le aceleró. ¿Quién habría entrado en la planta? Alguien que había visto su coche en el aparcamiento y había llegado a la conclusión de que se hallaba allí, sola...

Podía sentir una presencia al otro lado de la fila de patos, alguien moviéndose lentamente entre los estantes, hacia ella...

El pánico la asaltó. Recogió de la mesa uno de los patos recién pintados. Podía correr hacia el final de los estantes, en dirección a la puerta, pero sabía que entonces se lo pondría aún más fácil a su agresor.

Podía escucharlo respirar al otro lado. Tenía que ser alguien que sabía por qué había venido a Timber Falls. Y por qué había querido trabajar a toda costa en Dennison Ducks.

Alguien que había descubierto lo de su cita de aquella noche. Alguien que pretendía evitar que consiguiera finalmente lo que en justicia se merecía. Y eso estrechaba considerablemente el margen de candidatos...

¿Pero quién habría sido tan estúpido como para intentar detenerla a esas alturas? Tuvo una ligera idea mientras esperaba detrás del estante, dispuesta a utilizar como arma el gran pato de madera, decidida a no dejar que nadie le arrebatara lo suyo, lo que le correspondía.

Continuó escuchando mientras los pasos se acercaban cada vez más... hasta detenerse al otro lado.

Sigilosamente se deslizó hasta el final del estante y alzó el pato. «Vamos. Sólo unos cuantos pasos...»

Entonces la figura apareció al final del estante y Nina se quedó mirándola, confusa. Por un instante, casi soltó una carcajada de puro alivio. Bajó el pato. No tenía nada que temer.

No podía haber estado más equivocada.

## Capítulo 2

*Miércoles, 28 de octubre*

Temprano a la mañana siguiente, un tornado azotó Timber Falls. Empezó como una ligera brisa en el extremo norte de Main Street, bajando hacia el motel Ho Hum. Pero cuando llegó al Café de Betty había ganado velocidad, arrastrando hojas secas y ramas de matorral.

Convertido ya en un auténtico tornado, recorrió la oficina de correos y la del semanario de pueblo, el *Timber Falls Courier*, levantando una nube de polvo. Cuando pasó por delante del bar Duck-In, el cielo estaba oscuro como el lodo.

El *sheriff* Mitch Tanner se levantó de su escritorio para cerrar las ventanas antes de que los cristales comenzaran a temblar. El verde muro del bosque que rodeaba el pueblo reverberaba a la luz de la mañana.

El viento dejó de soplar con la misma rapidez con que se había levantado, dejando su triste rastro de basura y de hojas. Las primeras gotas de lluvia comenzaron a repiquetear contra la ventana. La estación de las lluvias acababa de llegar a Timber Falls.

Mitch soltó un gruñido. Los problemas siempre solían venir acompañados de la lluvia. Y, tal como temía, aquel año ambos se habían adelantado. Para empeorar las cosas, sólo faltaban algunos días para Halloween y había oído que el bar Duck-In estaba preparando una fiesta de disfraces. Podía imaginarse perfectamente una larga noche de peleas y puñetazos...

A su espalda, Wade Dennison se aclaró la garganta.

—Como le estaba diciendo, *sheriff*...

Mitch apartó la mirada de la ventana, intentando sacudirse la inquietud que lo acechaba, para concentrarse en el hombre que seguía sentado frente a su escritorio. A sus sesenta años, corpulento, con el cabello oscuro salpicado de gris, conservaba una presencia imponente. Tenía una expresión altiva, como si le estuviera haciendo un favor por hablar con él.

—Es muy raro que Nina no haya venido a trabajar —Wade Dennison era un hombre poderoso en el pueblo. No en vano era el dueño de Dennison Ducks, la empresa que daba fama a Timber Falls y que constituía su principal fuente de ingresos.

Mitch asintió, preguntándose por qué estaría tan inquieto. Nina Monroe no podía ser la primera empleada que había faltado un día a su trabajo...

—La llamé. La patrona de su pensión me dijo que no volvió a casa anoche —le



estaba diciendo Wade.

—¿No tiene móvil?

Wade negó con la cabeza, preocupado. ¿Estaría, quizá, más preocupado de lo que debía... por una empleada joven y atractiva?

—Tal vez se quedó en casa de una amiga. O de su novio —sugirió Mitch—. O es posible que esté con su familia.

—No, ella no tiene familia. Ni novio. Ni amigas tampoco —al ver que el *sheriff* alzaba una ceja, añadió—: Al menos que yo sepa. Sólo lleva un mes en el pueblo.

Un mes era tiempo suficiente para hacer amigas. Y para encontrar novio, pensó Mitch, pero no dijo nada. Wade se removió en su silla, inquieto.

—Nina es... muy tímida. Se lo guarda todo para ella. Es una chica muy seria, ¿sabe?

Mitch no sabía nada. Pero el hecho de que Wade supiera tantas cosas sobre ella excitaba su curiosidad. Mitch sólo había visto a Nina Monroe un par de veces en el pueblo. Era una joven guapa, de ojos castaños y melena larga, de color oscuro.

—¿Sería en qué sentido?

—Es una buena trabajadora, muy puntual. De hecho, siempre se queda a trabajar hasta tarde, es muy responsable y concienzuda con su trabajo —volvió a aclararse la garganta—. Por eso me preocupa tanto que haya podido sucederle algo.

—¿Algo como qué? —le preguntó Mitch, expectante.

Wade negó con la cabeza.

—Sólo le estoy diciendo que, si hoy no hubiera podido ir a trabajar, habría llamado.

Alguien apareció en ese momento en el umbral de la oficina. Era Sissy Walker, la secretaria municipal. Con las manos en sus amplias caderas, lo miraba con expresión irritada. Una expresión que Mitch conocía demasiado bien.

—La señorita Jenkins por la línea dos. Es la quinta vez que ha llamado esta mañana. Dice que si no hablas con ella, te seguirá el rastro como un perro.

Mitch gruñó para sus adentros, consciente de que era capaz de cumplir su amenaza.

—Con la información que me ha facilitado, Wade, tengo bastante por el momento. Ya me pondré en contacto con usted.

Wade Dennison se levantó lentamente.

—Avísame tan pronto como se entere de algo.

—Lo haré, desde luego —una vez que su visitante abandonó la oficina, Mitch levantó el teléfono y pulsó la línea dos—. ¿Charity?

Nunca eran buenas noticias cuando llamaba Charity.

—Hola, Mitch —lo saludó con un leve tono de humor en su voz.

—Ya sabes que amenazar a un *sheriff* va contra la ley —pronunció, siempre sorprendido por el efecto que le producía escuchar su voz.

Ella se echó a reír. Tenía una risa preciosa.

—¿Pretendes encerrarme?

Mitch intentó imaginarse a Charity en una de sus celdas y sacudió la cabeza, sonriendo.

—¿Cómo has conseguido hacer enfadar tanto a Sissy?

—Oh, Sissy siempre está enfadada. He llamado por lo de las últimas noticias.

Mitch no estaba muy seguro de qué noticias eran esas. Conociendo a Charity, probablemente ya habría aireado la supuesta desaparición de Nina Monroe. Aquella mujer era un verdadero sabueso.

Charity era la propietaria del semanario local, el *Timber Falls Courier*. Lo había fundado nada más salir de la universidad, recién licenciada. Mitch sospechaba secretamente que lo del periódico solamente era una excusa para husmear en los asuntos de todo el mundo... sobre todo en los suyos. Estaba seguro de que no podía hacer mucho dinero en una población como Timber Falls. Pero, como muy bien sabía, a Charity le encantaban los desafíos...

—¿Qué noticias son esas? —detestaba tener que preguntárselo.

—¡No me digas que no te has enterado! Han visto a un Bigfoot en las afueras del pueblo. Frank, el repartidor de Granny, lo vio anoche tan claramente como si hubiera sido a la luz del día. Lo enfocó con los faros. Se puso tan nervioso que estuvo a punto de salirse de la carretera.

Mitch maldijo entre dientes. Un Bigfoot, el yeti americano. Estupendo. No podría haber sido peor si hubiera aterrizado una nave extraterrestre para abducir a Nina Monroe. Ese tipo de cosas sólo conseguía atraer a más chiflados a la zona... ¡Como si Timber Falls anduviera falta de ellos! ¡Y durante la estación de las lluvias!

—Ahora mismo estoy desayunando en el Café de Betty ocupándome de ello —añadió Charity.

Eso no era nada nuevo. Podía imaginársela sentada en su habitual mesa de la cafetería. La visión resultaba singularmente atractiva. Llevaría seguramente unos vaqueros y un suéter que resaltaría sus curvas. Y el cabello castaño rojizo recogido en una cola de caballo, o quizá suelto sobre los hombros, enmarcándole el rostro, con aquellos ojos que...

—Todo el mundo está hablando de ello. Es posible que la noticia salte a los principales diarios.

Mitch soltó un gruñido al pensar en la cantidad de gente que acudiría al pueblo con la esperanza de ver, aunque fuera de lejos, a la mítica criatura. Al igual que la última vez.

—Hoy Betty ha hecho pastel de crema de plátano —le informó, consciente de que a Mitch se le estaba haciendo la boca agua—. ¿Has desayunado?

—Por muy tentadora que sea tu oferta, no puedo aceptarla. Lo siento.

Sabía que Charity sería capaz de hacer cualquier cosa para conseguir un reportaje,

incluido tentarlo con un pastel de crema de plátano. Pero no quería arriesgarse a hablar más de la cuenta, para luego terminar viéndolo impreso en el semanario. Además, tenía que ocuparse de Nina Monroe. Y lo último que necesitaba era empezar la estación de las lluvias en compañía de Charity Jenkins. ¿Acaso no había aprendido ya la lección?

—Dime, Mitch... ¿Está sucediendo algo de lo que debería enterarme? —inquirió, siempre alerta.

—No —se apresuró a responder, quizá con demasiada rapidez—. Simplemente no quiero tener nada que ver con ese artículo. Ya sabes lo que pienso de esos avistamientos de Bigfoots. Los locos ven cosas absurdas y luego empiezan a darle a la lengua.

—¿Puedo citar esa frase en mi reportaje?

—¡No! Y hablando de locos, asegúrate de no citar esta vez a mi padre en relación con ese Bigfoot.

—¿Sabes? Realmente no eres nada divertido —resopló, disgustada.

—Ya, tú sigue diciéndome eso —siempre le había dicho que no tenía imaginación porque no creía ni en los platillos volantes, ni en los fantasmas ni en el matrimonio. Ni en los Bigfoots, claro.

—Bueno, como quieras. Por cierto... —añadió Charity con su característico tono seductor—, ... gracias por el regalo.

—¿El regalo?

—El que me dejaste en la puerta de casa... —no parecía muy segura.

—Charity, yo no te he dejado ningún regalo.

—Oh, yo creía...

Detectó un matiz de decepción en su voz. Detestaba hacerle daño. Esa era una de las razones por las que nunca le habría hecho un regalo. No quería que se hiciera ilusiones.

—Lo siento, pero no he sido yo.

Charity soltó un suspiro, como recordándose que debería haberlo previsto. Al igual que debería habérselo pensado dos veces antes de elegirlo como futuro esposo. Pero eso era algo que no había podido evitar.

A pesar de los sentimientos que albergaba por ella, Mitch no podía casarse con Charity. No podía casarse con nadie, pero menos aún con ella. La simple posibilidad de llegar a mezclar sus genes le producía un sudor frío.

—Entonces, me pregunto quién lo habrá hecho —reflexionó en voz alta, como si estuviera hablando sola.

Mitch se estaba preguntando lo mismo. ¿Acaso no había sabido siempre que sólo era cuestión de tiempo que Charity terminara yéndose con otro hombre? Pero saberlo era una cosa, y otra muy distinta ser testigo de ello. El hecho de imaginarse a Charity con otro hombre lo ponía especialmente nervioso. Para su propia sorpresa.

—Ah, ya casi me olvidaba... Acabo de ver a Wade Dennison salir de tu oficina hace unos minutos. ¿No estará ocurriendo algo en Dennison Ducks de lo que deba estar informada?

—No todo en la vida es materia de reportaje. Ni asunto tuyo, por cierto.

Charity se echó a reír.

—Eso ya lo veremos.

Nada más colgar el teléfono, Mitch vio a Sissy de nuevo en el umbral, lanzándole una de sus típicas miradas recriminatorias.

—Déjame preguntarte algo... —le dijo Mitch antes de que empezara a husmear en su vida privada, como tenía por costumbre—. ¿Crees que Wade Dennison es guapo?

—No es mi tipo.

—No, quiero decir que... ¿Las mujeres pueden encontrarlo atractivo?

—Tiene dinero, así que... Sí, las mujeres pueden encontrarlo atractivo.

Mitch sacudió la cabeza, preguntándose por qué siempre tenía que resultar tan difícil arrancarle una respuesta directa y concisa a una mujer.

—¿Es posible que Wade y una mujer de veintipocos años puedan...?

—Ya veo a dónde quieres llegar —lo interrumpió, impaciente—. Que si podría estar interesado en una mujer lo suficientemente joven como para ser su hija. Wade Dennison es un hombre, ¿no?

Mitch fijó la vista en la información que Wade le había facilitado. Pero volvió a pensar en Charity y en el regalo de su admirador secreto. Le preocupaba que el tipo no hubiera tenido arrestos para hacer públicas sus intenciones. Se preguntó quién sería. Y cuáles serían realmente esas intenciones.

Maldiciendo entre dientes, volvió a concentrarse en lo que Wade le había dado, fijándose en la dirección de Nina. Soltó otro gruñido cuando descubrió quién era la patrona de la pensión: Florie, la tía de Charity. Definitivamente, aquella población era demasiado pequeña. Y lo sería aún más cuando llegaran las lluvias.

Charity Jenkins probó el pastel de crema de plátano, cerró los ojos e inmediatamente la imagen de Mitch Tanner asaltó su mente. Había algo mágico en aquella combinación de azúcar, crema y mantequilla...

Por supuesto, llevaba pensando en Mitch desde que tenía cuatro años. De modo que, a los veintidós, ya había adquirido una considerable práctica.

Cuando comía algo rico y sabroso, Mitch siempre aparecía en su pensamiento vestido con unos vaqueros bien ajustados y una camiseta que delineaba perfectamente los músculos de sus hombros y de su pecho. Y siempre aparecía sonriente, con la luz del sol en su rostro bronceado y unos ojos azules como el mar...

Otras comidas, sin embargo, le provocaban un efecto diferente. Cuando comía verduras o comida baja en calorías, Mitch siempre se presentaba en sus fantasías

diurnas vestido con su uniforme de *sheriff* y mirándola ceñudo, desaprobador. Por razones obvias, evitaba ese tipo de comidas.

Probó otro bocado, cerró los ojos y se sobresaltó cuando Mitch apareció vestido con un frac negro, delante del altar. Abrió los ojos rápidamente, con el corazón acelerado. ¿Su boda? ¿La misma boda que había imaginado y planeado desde que tenía cuatro años?

Mitch de frac negro, y ella con un vestido de satén blanco. O quizá seda. O encaje. La boda imaginada cambiaba a cada momento, dependiendo de su humor y estado de ánimo. Pero el novio siempre era el mismo.

—¿Está rico el pastel? —le preguntó Betty, al otro lado de la barra.

—Delicioso... —contestó Charity, cerrando los ojos de nuevo y esperando volver a ver a Mitch vestido de novio. No hubo suerte. Volvió a abrirlos mientras Betty le servía un refresco dietético.

Betty Garrett era una rubia rellenita de unos cincuenta y pocos años que aparentaba veinte menos, dotada de un singular talento para atraer a los hombres menos recomendables, como las blusas blancas a las manchas de mermelada de mora. Se había casado y cambiado de apellido tantas veces que la gente del pueblo había perdido la cuenta. En aquel momento no tenía ningún compromiso, pero Charity sabía que aquella fase no duraría mucho tiempo. Nunca duraba.

—Acabo de meter en el horno un par de pasteles de merengue de limón, en caso de que estés interesada...

¿Interesada? El pastel de merengue de limón era uno de sus favoritos.

—Supongo que el avistamiento de ese Bigfoot atraerá a mucha gente —comentó Betty—. Al igual que la última vez.

Tenía razón. Esos sucesos llenaban el pueblo. Los curiosos subían hasta Timber Falls con la esperanza de ver lo que algunos llamaban el Fantasma de la Montaña, o el Sasquatch.

—Tengo entendido que el Ho Hum ya está completo, y que media docena de caravanas se han instalado en la antigua estación de tren —le estaba diciendo Betty. Todo el mundo quería ver al Bigfoot y demostrar la existencia de aquella legendaria criatura.

Aunque nadie tanto como Charity Jenkins. Todo periodista soñaba con hacer un gran reportaje y ganar el premio Pulitzer. Charity anhelaba escribir sobre algo que no fueran las cenas dominicales en la iglesia o los patos de reclamo para caza. Lo cierto era que necesitaba desesperadamente una buena historia. Sólo así lograría hacer comprender a la gente de ese pueblo que ella no era como el resto de su familia, que era una mujer equilibrada y una periodista seria, profesional.

De acuerdo, el resto del pueblo no le importaba. Simplemente quería demostrárselo a Mitch.

Dio un último bocado al pastel de crema de plátano, saboreándolo con los ojos

cerrados. Esa vez no apreció Mitch, ni en frac ni en vaqueros. Volvió a abrirlos, decepcionada.

—¿Dónde te guardas todo eso? —le preguntó Betty mientras retiraba su plato vacío. Se refería a la cantidad de calorías que consumía, dada su afición a los pasteles.

En ese sentido, era como si Charity tuviera un don. Probablemente se debía a su carácter nervioso. Era incapaz de quedarse quieta ni de dejar de pensar. Como en aquel momento. Tan pronto estaba pensando en el reportaje del Bigfoot como en las posibilidades de realización que pudiera tener su última fantasía con Mitch.

En aquel momento se encontraban en una especie de tregua en su relación. Él fingía que era un soltero recalcitrante y ella, que iba a conformarse con eso.

Se había puesto tan contenta cuando aquella mañana descubrió el regalo en la puerta de casa... Había estado absolutamente convencida de que había sido Mitch. ¿Quién sino? Pero él le había jurado y perjurado que no... ¿Por qué fingir que no le había regalado nada cuando evidentemente lo había hecho? ¿Qué sentido tenía disimular que no estaba loco por ella cuando resultaba obvio que lo estaba? Por más que se esforzaba, nunca lograba comprender a ese hombre...

—¿Has visto eso? —le preguntó en aquel instante Betty, sacudiendo la cabeza. La cafetería estaba llena. El Bigfoot era el principal tema de conversación—. No puedo creer que, después de tantos años, la gente todavía siga hablando del Bigfoot...

Charity miró a su alrededor. El café de Betty era el único lugar del pueblo que servía comidas. Y donde se podían saborear unos excelentes postres caseros. Eso lo convertía en el principal centro de vida social.

De repente, cuando se llevaba su refresco a los labios, tuvo la estremecedora sensación de que alguien la estaba observando. Y no era la primera vez. Se volvió rápidamente y alcanzó a vislumbrar una mancha negra en la calle. Contuvo el aliento al ver una camioneta de ese color pasando lentamente al lado de la cafetería. Era la misma que había visto pasar por delante de su casa la noche anterior, y también aquella misma mañana, cuando se dirigía al Café de Betty. En ambas ocasiones había tenido la sensación de que el conductor la estaba observando...

Se quedó mirando la camioneta, estremecida, hasta que desapareció Main Street arriba. Pese a que solamente distinguía una borrosa sombra tras los cristales tintados, podía sentir la mirada de su conductor clavada en ella, a través de la lluvia. Se le hizo un nudo en el estómago al recordar el regalo que había encontrado aquella mañana a la puerta de su casa. ¿Podría estar relacionada una cosa con la otra?

La lluvia repiqueteaba en el techo del coche patrulla. Una bruma fantasmal se alzaba del asfalto empapado mientras Mitch se dirigía a la dirección de Nina Monroe que le había facilitado Wade. Un ominoso cielo gris se cernía sobre los bosques de pinos envolviendo a la diminuta población.



Mitch temía otra estación de las lluvias en Timber Falls. Sobre todo aquella, que había empezado un mes antes y tenía trazas de prolongarse por lo menos hasta abril. No era solamente la lluvia interminable y los días tristes y oscuros. Aquella estación siempre parecía sacar lo peor de la gente del pueblo. Sus fantasmas particulares.

Un año Bud Harper se ahorcó de una viga de su garaje justo un par de días antes de que el sol volviera a brillar. Otro año un tipo del pueblo se puso a disparar en el bar Duck-In cuando sorprendió a su mujer con otro hombre. Y veintisiete años atrás, durante la peor estación lluviosa de todas, Ángela, el bebé de Wade y Daisy Dennison, desapareció de su cuna. Jamás volvieron a encontrarla.

Siempre era en la estación de las lluvias cuando sucedían todas esas cosas tan extrañas y horribles. Era como si aquellos días grises y sombríos influyeran sobre la gente de la localidad. En días así, lo mejor era quedarse en casa. Y por si la lluvia no fuera suficiente, estaban aquellos bosques que circundaban Timber Falls y que avanzaban cada vez más, como si hubieran declarado la guerra a la pequeña población. Cuando salió del término urbano, el bosque formó un dosel de verdor sobre la carretera, un oscuro túnel de frondosa vegetación.

Se detuvo delante de una gran casa de estilo rústico, detrás de la que se alzaba una fila de pequeños bungalows. Años atrás, aquel lugar había sido un motel. Pero no mucho después de que Wade Dennison fundara su factoría de reclamos, Florence Jenkins ya había cerrado el motel para dedicarse a alquilar los bungalows como apartamentos.

Fue más o menos por aquel entonces cuando Florence descubrió sus poderes secretos. «La Casa de *Madame Florie*», rezaba el letrero de la entrada. Debajo se podía leer su página web. Nina Monroe había alquilado un apartamento a Florie, tía de Charity y autoproclamada adivinadora de Timber Falls.

Mitch bajó del coche y corrió hacia la entrada, protegiéndose de la lluvia. Cuando Florie le abrió la puerta, se quitó respetuosamente el sombrero. Temía aquel encuentro más de lo que había imaginado.

—*Sheriff*. Lo estaba esperando —lo miró con sus ojos vivaces, chispeantes—. Esta mañana leí que vendría en los posos del café.

Mitch asintió con la cabeza. Si era capaz de leer el futuro en los posos del café, mejor para ella. Pero él no quería saber nada de su propio futuro. Prefería que lo sorprendieran.

Lo hizo pasar con un gesto majestuoso. Tendría unos sesenta años. Llevaba el largo cabello teñido de rojo y recogido en torno a la cabeza a la manera de un turbante. Lucía una extravagante túnica, grandes aretes dorados y varias decenas de tintineantes pulseras.

Florie y su hermana menor Fredicka, la madre de Charity, se habían criado en una comuna hippy en las afueras del pueblo. Freddie todavía vivía en la propiedad de la antigua comuna, con varias personas más, pero rara vez visitaba el pueblo. Mientras

Freddie practicaba la agricultura ecológica, Florie adivinaba el futuro a los turistas en verano y a la gente del pueblo durante la estación invernal. Una razón de más para temer la llegada de las lluvias.

La antigua recepción del motel estaba pintada de negro, con una luz mortecina iluminando su único mobiliario: una mesa redonda con unas faldas de terciopelo de ese mismo color y una bola de cristal en el centro. Florie había mandado traer la bola de una tienda de Portland. Tenía un brillo sombrío, como si reflejara la oscuridad de aquel día tan gris.

—Supongo que sus posos de café también le dirían por qué he venido —comentó al entrar en la sala—. ¿O quizá se lo mencionó Wade cuando la llamó preguntando por qué no había ido Nina Monroe a trabajar?

Florie le lanzó una mirada cargada de disgusto mientras le señalaba el letrero que había en la entrada: «Deja fuera tus pensamientos negativos».

—Me quedé muy preocupada por lo que vi en mi taza esta mañana —le informó con tono enigmático y se quedó callada, como esperando a que preguntara al respecto.

Mitch no lo hizo. Había ido allí por otra cosa.

—Tenía que ver con mi sobrina Charity... —añadió Florie.

No era una mujer que renunciara fácilmente: un rasgo que compartía con su sobrina.

—Tengo entendido que Nina Monroe tiene alquilado un apartamento, y que anoche no regresó a casa —la interrumpió Mitch, yendo directamente al grano.

Florie asintió, obviamente decepcionada por su falta de curiosidad.

—¿Cómo sabe que no regresó anoche y volvió a marcharse antes de que usted se levantara?

—Porque me quedé levantada hasta el amanecer —ante su sorprendida mirada, agregó—: Mis negocios de Internet: horóscopos, cartas de tarot... todo eso lo hago por e-mail. Creo que debería hacer que le echaran las cartas. Me preocupa su aura.

Mitch pensó que, en aquel momento, tenía peores cosas de las que preocuparse que su aura.

—Necesito ver el bungalow de Nina.

Florie se deslizó detrás de una cortina de terciopelo y volvió a salir con una llave atada a un pequeño cartón redondo. Cuando Mitch extendió la mano, ella se la tomó y le volvió la palma.

—Ah, una larga línea de la vida con un único matrimonio —comentó con expresión radiante antes de entregarle la llave.

Mitch sacudió la cabeza. Su palma mentía. El matrimonio de sus padres lo había dejado más que convencido de que en su futuro no había boda ninguna.

—¿Aries? —inquirió, leyendo el texto del cartón.

—Intento asignar los bungalows a mis huéspedes según sus signos zodiacales. Da un mejor karma.

—¿Así que Nina es Aries?

—No. El bungalow Aries era el único que tenía desocupado cuando vino a verme.

Mitch tuvo que recordarse que Charity compartía parte de sus genes con Florie. Mayor razón para guardar las distancias.

—¿Nina alquiló el bungalow en septiembre?

—Apareció el diecinueve de ese mes buscando una habitación. Vino conduciendo un pequeño coche rojo. Me acuerdo bien de la fecha. Todavía ni siquiera tenía trabajo. Pero esa misma tarde consiguió uno en Dennison Ducks.

—No hay necesidad de que me acompañe. Se va a mojar.

Pero Florie ya estaba sacando su impermeable del armario.

—Ni en sueños lo dejaría solo. Esa chica enseguida me dio malas vibraciones — pasando de largo por delante de él, salió de la casa.

Mitch la siguió bajo la lluvia hasta el primero de los doce bungalows, el que tenía el símbolo de Aries en la puerta.

Una vez en el porche, experimentó un súbito estremecimiento. Un mal presagio. Florie llamó antes de abrir.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó la mujer nada más asomarse al interior. Estaba absolutamente destrozado.

—Quédese aquí —le ordenó Mitch. Y entró para buscar el cuerpo de Nina Monroe en medio de aquel desastre.

## Capítulo 3

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Betty con tono preocupado.

Charity se volvió de nuevo hacia ella mientras la camioneta negra desaparecía de su vista, bajo la lluvia.

—Sólo me pareció ver... —meneó la cabeza, recuperándose—. Nada.

No quería que todo el pueblo se enterara de sus sospechas: que el conductor de aquella camioneta se estaba dedicando a seguirla. O que había encontrado un regalo en la puerta de su casa, una pequeña caja blanca conteniendo una piedra roja en forma de corazón. La caja tenía un lazo también rojo y una diminuta tarjeta con la frase «Pensando en ti» impresa en letras de ordenador. Y ningún nombre.

—¿Sabes? Se me ponen los pelos de punta cada vez que pienso que Frank pudo haber visto realmente al Bigfoot —le confesó Betty.

Charity se volvió de nuevo para mirar el impenetrable bosque que se extendía al otro lado de la calle. ¿Quién sabía lo que podría esconderse allí?

—Frank es un testigo muy fiable. Dice que vio algo. Algo que piensa que pudo ser un Bigfoot...

—Lo que vio Frank fue un oso —se alzó una voz entre las mesas.

Ya estaban discutiendo de nuevo.

—¿Un oso caminando a dos patas? —dijo otro.

—Estaba oscuro —comentó un tercero—. Probablemente sólo vio una sombra cruzar la carretera.

—Yo digo que es un antepasado de hace siglos. Ya sabéis, aquella antigua raza de gigantes...

Charity llevaba años oyendo esas mismas conversaciones. Volvió a pensar por enésima vez en Mitch. No le costaba nada. Ojalá le hubiera dejado él aquel regalo. También había esperado que hubiera cambiado de opinión acerca del matrimonio, y no había sido así. Sabía que la quería, pero no según sus condiciones. Aunque ella siempre podía ceder...

No, no cedería. No podía. Por muy grande que fuera la tentación. Era el único miembro de su familia que se comportaría y lo haría todo correctamente, no como su madre. Su madre había tenido tres hijas, Faith, Hope y Charity, y no se había molestado en casarse hasta que las tres fueron lo suficientemente mayores para hacer de damas de honor.

Resultaba ciertamente embarazoso proceder de una familia de antiguos hippies a cuál más chiflado. ¿Podía extrañarle acaso que Mitch temiera casarse con ella y tener

hijos, dados sus antecedentes genéticos?

Por eso tenía que demostrárselo. Ya lo había dejado sorprendido al sacar su licenciatura y fundar su propio periódico. Ahora lo que necesitaba era un reportaje digno del premio Pulitzer. Sería ella quien cambiaría la imagen de su familia, aunque tuviera que morir en el empeño, haciéndolo todo como se tenía que hacer. Incluido casarse de blanco.

—Charity, cuéntaselo —la animó Betty—, cuéntales lo de esos avistamientos de Bigfoots que se produjeron hace años por todo el país.

—Es verdad —afirmó—. Criaturas del tipo de Bigfoot han sido vistas en todos los estados del país excepto Hawai y Rhode Island. Más de doscientos avistamientos registrados. Y probablemente muchos más de gente que temía decirlo para no caer en ridículo.

—Ya, ¿y entonces cómo es que nadie ha encontrado aún los huesos del Bigfoot? —preguntó uno de los clientes.

—Quizá el gobierno escondiera su muerte —sugirió otro.

—O puede que los cuerpos se descompongan con demasiada rapidez en este tipo de clima.

—O que el Bigfoot no sea más que un mito.

—Charity, tú crees realmente que el Bigfoot existe, ¿verdad? —le preguntó Betty mientras rellenaba su vaso de refresco.

¿Una mujer que se aferraba a la esperanza de que un día Mitch Tanner aceptara casarse con ella? Oh, desde luego que sí.

—No solamente existe, sino que uno de estos días voy a demostrarlo.

—¡Estoy segura de que lo harás! —exclamó Betty con expresión radiante antes de lanzar una mirada indignada a los parroquianos que se lo tomaron a broma.

Charity podía imaginarse perfectamente una fotografía del Bigfoot en la portada de su semanario. Y también la cara que pondría Mitch. Entonces tendría que tomarse su periódico en serio. Y a ella también, de paso.

Al igual que tendría que disculparse con su padre. Lee Tanner se había convertido en el hazmerreír de Timber Falls años atrás, cuando tropezó con un Bigfoot al regresar a casa del bar... e informó a las autoridades. Nadie se lo había tomado en serio porque había estado bebido. Pero Charity había leído la verdad en sus ojos. Lee había visto algo allí fuera aquella noche. Algo que lo había espantado.

—Un avistamiento confirmado de un Bigfoot podría poner a Timber Falls en el mapa. Hacer famoso al pueblo —comentó Twila Langsley.

Twila había puesto a Timber Falls en el mapa hacía seis años, cuando Charity y Mitch descubrieron restos momificados del cadáver de Archibald Montgomery en el enorme bolso de tela que siempre llevaba. Lo demás estaba en un baúl debajo de su cama.

Archibald había sido el novio de Twila y ella, según parecía, lo había matado más

de cincuenta años atrás para evitar que se fugara con su mejor amiga, Lorinda Nichols. Archie, el muy canalla, las había estado seduciendo a las dos. Twila cumplió cinco años de cárcel en la penitenciaría del estado. Salió, por buen comportamiento, para celebrar su nonagésimo cumpleaños.

Nadie en el pueblo sentía el menor rencor hacia ella. Únicamente tenía prohibido entrar en la cafetería de Betty con su enorme bolso de tela... aunque lo único que llevara dentro fuera su labor de costura.

—Yo en cambio creo que ni siquiera el Bigfoot lograría poner a Timber Falls en el mapa —comentó Betty.

—Si existe realmente, tiene que ser muy listo —apuntó otro cliente—. Lo suficiente para saber que le daríamos caza si se acercara demasiado a nosotros.

Betty se echó a reír.

—Entonces es más listo que mis ex maridos.

Charity pensó en pedir otro pedazo de pastel, incapaz de sacarse de la cabeza la imagen de Mitch Tanner vestido de frac.

Terminó su refresco y ya se disponía a marcharse cuando volvió a ver la camioneta negra. El corazón se le subió a la garganta al ver que aminoraba la velocidad. Pudo ver una sombra detrás de los cristales tintados justo antes de que acelerara de nuevo. Una cosa era cierta. Quienquiera que fuera el conductor de esa camioneta, la estaba siguiendo.

—¿La ha encontrado? —inquirió Florie desde el umbral del saqueado apartamento Aries.

Mitch negó con la cabeza. No había encontrado ningún cuerpo. Pero, como Wade, temía que Nina estuviese en problemas.

—Ya le dije que me había dado malas vibraciones.

Mitch también estaba percibiendo algunas. El bungalow era muy pequeño: apenas un salón, el dormitorio, el baño y una minúscula cocina, todo amueblado con mobiliario de saldo.

Resultaba obvio que alguien había estado registrando el lugar, buscando algo lo suficientemente pequeño como para caber dentro de un cojín de sofá.

O en la cisterna del inodoro. O en el fondo de un cajón. ¿Drogas? Eso fue lo primero que pensó Mitch.

—¿Alguna idea de lo que pudieron haber estado buscando? —le preguntó a Florie.

—Esa chica no tenía gran cosa. Creo que ni siquiera poseía una maleta decente. Sólo tenía ese pequeño coche rojo y todas sus pertenencias las llevaba en una mochila grande y vieja.

Mitch desvió la mirada hacia la puerta abierta del dormitorio. Una sucia mochila de color azul estaba tirada en el suelo, vacía.



—¿Le dijo de dónde era?

—No me dijo nada. Apenas la veía. Se levantaba temprano y volvía tarde.

—¿Venía algún amigo a verla? —sabía que Florie vigilaba de cerca las entradas y salidas de sus inquilinos. Para eso no necesitaba la bola de cristal.

—Hubo un tipo. Hace varios días.

—¿Cómo era?

—No pude verlo bien. Era de noche y estaba demasiado oscuro. Nunca encendía la luz del porche. Pero era tan alto como usted, y llevaba ropa oscura. Tuve la impresión de que no deseaba que lo vieran.

—¿Qué coche llevaba?

De nuevo Florie negó con la cabeza.

—Debió de dejarlo aparcado en la carretera. Tuvieron una fuerte discusión.

—¿Sobre qué?

—Eso no se lo puedo decir. Simplemente oí que alzaban la voz durante unos minutos, y luego nada.

—¿No reconoció la voz del hombre?

—Esa maldita Kinsey del bungalow Acuario tenía la música de su estéreo demasiado alta. Antes de irse se tiñó el pelo de rosa tipo algodón de azúcar. ¡Ni loca dejaría que alguien teñida así me cortara el pelo!

Mitch asintió. Kinsey había salido de la escuela de peluquería decidida a hacerse cargo del negocio de su madre, el Spit Curl.

Entró en el dormitorio, preguntándose quién sería el hombre con quien había discutido Nina. Florie se quedó en el umbral del bungalow. En el armario sólo había unas pocas prendas de ropa, probablemente las que no le habrían cabido en la mochila. Un timbre sonó de repente en el exterior.

—Es mi línea privada —le informó Florie—. Uno de mis clientes me necesita. Voy a tener que atenderlo.

Se veía a las claras que detestaba marcharse. Aquel era probablemente el acontecimiento más excitante que había vivido en varios años. Pero el dinero era el dinero...

—Estaré aquí —le dijo Mitch.

Florie salió del bungalow justo cuando el timbre volvió a sonar. Mitch miró a su alrededor, esperando encontrar una agenda o cualquier cosa que pudiera servirle para dar con el paradero de Nina. Pero la habitación estaba vacía, a excepción de la cama y de la cómoda de cuatro cajones. No había adornos, ni fotos, ni ningún artículo personal aparte de unas cuantas prendas de ropa, más las que había visto en el armario. Todos los cajones de la cómoda habían sido vaciados y su contenido esparcido por el suelo. A excepción del último.

Lo abrió. Estaba vacío. Cuando volvió a cerrarlo, se atascó. Tuvo que sacarlo de nuevo. Al hacerlo, oyó un leve sonido metálico.

Sacándolo completamente, se agachó para ver lo que había detrás. Había algo sujeto con cinta aislante. Deslizó el brazo hasta el fondo, hasta que palpó con los dedos algo pequeño, frío y duro.

El corazón le dio un vuelco en el pecho cuando extrajo una cucharilla de plata, con el mango en forma de cabeza de pato: el mismo icono que había hecho famosa la empresa de Dennison. Tenía incluso un nombre grabado: Ángela. Un escalofrío le recorrió la espalda.

Había oído que Dennison había encargado a un joyero de Eugene una cubertería especial para cada una de sus hijas. La primera para Desiree, y luego, dos años después, para Ángela. ¿Sería aquella la cucharilla de Ángela Dennison? Y si lo era, ¿cómo diablos había ido a parar a las manos de Nina veintisiete años después de que la niña hubiera desaparecido de su cuna?

Charity corrió bajo la lluvia hacia su viejo escarabajo Volkswagen, que había aparcado delante del café de Betty. Una vez dentro encendió la calefacción: tenía escalofríos.

Había vuelto a ver la camioneta negra y ya no tenía ninguna duda de que la estaban siguiendo. Peor aún, pensó mirando la caja con el lazo rojo que había dejado en el asiento: sospechaba que era su conductor quien le había dejado aquel extraño regalo.

Recogió la caja y la examinó de nuevo. No llevaba nada escrito, ni siquiera el nombre de la tienda. La abrió y apartó el papel del envoltorio. Antes solamente se había fijado en que la piedra tenía forma de corazón. Había estado tan excitada con la idea de que era un regalo de Mitch que no se había dado cuenta de nada más. Era de un color rojo sangre y muy fría al tacto. Le dio la vuelta, estremecida. No había ninguna marca grabada. Su brillante superficie parecía capturar la escasa luz de aquel día gris y retenerla en sus entrañas, como albergando un extraño secreto. Antes le había parecido un regalo. En aquel momento, sin embargo, se le antojaba una amenaza.

Volvió a guardar la piedra y se apresuró a cerrar la caja. Ya casi no quedaba vaho en el parabrisas, de modo que podría recorrer con tranquilidad las dos manzanas que la separaban de la oficina de correos. Pero cuando se disponía a arrancar, distinguió una fugaz mancha oscura en la otra calle. La camioneta negra acababa de pasar por delante.

Metió una marcha y salió tras ella. Cuando llegó a la esquina, casi esperaba que hubiera desaparecido. Pero allí estaba, recorriendo lentamente la calle, como si se hubiera perdido. O como si estuviera haciendo turismo. ¿Se habría equivocado al pensar que la había estado siguiendo?

«Sólo hay una manera de averiguarlo», se dijo mientras aceleraba de golpe,

adelantaba a la camioneta y frenaba justo delante. Bajó del coche bajo la lluvia, echó a correr y abrió de un tirón la puerta del vehículo negro.

Un sobresaltado hombre de pelo gris se quedó mirándola de hito en hito. A su lado, una mujer más joven, rubia, se llevaba las manos al pecho como si fuera a sufrir un ataque cardíaco.

Charity advirtió que los cristales de aquella camioneta no estaban tintados, pero ya era tarde. Aquel no era el vehículo que había visto antes. Una inspección más detenida le confirmó que era un modelo más nuevo. Peor aún: incluso conocía al conductor.

—¿Charity?

—Lo siento, señor Sawyer. Me temo que lo he confundido con otra persona.

Liam Sawyer se había marchado de Timber Falls unos diez años atrás, después de la muerte de su esposa, pero había seguido conservando la casa de estilo Victoriano en las afueras del pueblo, que durante generaciones había pertenecido a su familia.

—¿Se puede saber en qué estaba usted pensando? —le recriminó la mujer rubia que lo acompañaba.

—Tranquilízate, Emily —le dijo Liam—. Es Charity Jenkins. Una buena amiga de mi hija Roz —se volvió hacia Charity—. Esta es mi esposa, Emily. He vuelto a casa.

¿Se había casado de nuevo? ¿Y había regresado a Timber Falls? Algunos días atrás Charity había visto a alguien pintando la fachada de la antigua casa, pero jamás se le había pasado por la cabeza que Liam Sawyer se hubiera decidido a volver.

—Felicidades —le dijo, esforzándose por disimular su sorpresa—. Supongo que a partir de ahora Rozalyn subirá de vez en cuando al pueblo —hacía años que no la veía.

—Me temo que está muy ocupada —sonrió, triste—. Ya sabes que ahora es una fotógrafa famosa...

—Desde luego. Tengo todos sus libros.

—¿Podemos marcharnos ya? —le preguntó Emily a Liam, impaciente.

—Lo siento —se disculpó de nuevo Charity, dándose cuenta de que la lluvia estaba entrando en la camioneta. Aunque Liam tampoco había sido consciente de ello—. Ahora mismo retiro el coche.

—Me alegro mucho de verte, Charity. Por favor, ven algún día a visitarnos.

—Dile que espere a que nos hayamos instalado —le dijo Emily—. La casa está hecha un desastre. Tardaremos meses en volver a hacerla habitable.

Charity se apresuró a apartar su coche. Luego, de camino a la oficina postal para recoger su correspondencia, pensó en Roz. De niñas, habían sido inseparables. Por supuesto, era seguro que Roz visitaría a su padre, por muy ocupada que estuviera. Le encantaría volver a verla.

Sarah Bridges, la funcionaria de correos, alzó la mirada cuando Charity entró en la diminuta oficina.

—Ahora mismo acabo de repartir el correo —le informó desde su ventanilla, cerrada con barrotes. A la derecha había una fila de buzones.

—¿Tengo algo? —le preguntó mientras se disponía a abrir el suyo. Había un buen fajo de facturas.

—Ya sabes que yo nunca curioseo la correspondencia...

«Ya, claro», se dijo Charity, irónica, mientras se acercaba a la ventanilla ojeando sus cartas. Sarah constituía una inestimable fuente de información.

—¿Y bien? ¿Qué hay de nuevo? —le preguntó a la empleada, como tenía por costumbre.

—Liam Sawyer se ha casado otra vez y ha vuelto al pueblo.

Maldijo para sus adentros. Había esperado tener la exclusiva de aquella historia. No hubo suerte.

—Lo sé. Ahora mismo acabo de verlos.

—¿Qué te parece su esposa?

Charity habría podido sincerarse con ella de no haber sido por la lealtad que le debía a Roz.

—Sólo la vi unos segundos...

Sarah asintió, apretando los labios y mirándola como si estuviera convencida de que ocultaba algo.

—Bueno, pues que tengas un buen día...

Charity lo dudaba, teniendo en cuenta cómo le había ido hasta el momento. Abrió la puerta y se dirigió a su coche, bajo la lluvia. No había dado dos pasos cuando vislumbró un movimiento en la avenida que separaba la oficina postal del banco.

Un instante después, algo la arrolló. Las cartas volaron por los aires mientras caía en el barro, derribada por una figura vestida con un gran impermeable oscuro. El tipo se detuvo y se apresuró a arrodillarse para recoger la correspondencia del suelo.

Se sentó con esfuerzo, demasiado aturdida para levantarse... hasta que se dio cuenta de que la persona del impermeable oscuro no estaba recogiendo el correo para entregárselo, sino que... ¡se lo estaba revisando!

—¡Oiga! —gritó.

El del impermeable no se volvió. A su espalda, Charity oyó a Sarah salir de la oficina.

—¿Charity?

La figura tiró de nuevo el correo al suelo y echó a correr hacia la avenida.

—¿Qué significa todo esto? —inquirió Sarah, saliendo para ayudarla a levantarse mientras el desconocido desaparecía tras una esquina.

Charity recibió sus cartas de manos de Sarah, con la mirada clavada en la calle por la que había desaparecido aquel individuo. Oyó el ruido de un motor. Segundos después, la camioneta negra de los cristales tintados se alejaba por la avenida.

Mitch se guardó la cucharilla en un bolsillo de la camisa justo cuando Florie

regresaba al bungalow.

—¿Qué le pasaba al cliente? —le preguntó, disimulando su anterior agitación.

—Problemas de amores —respondió con un gesto de indiferencia—. Ahora volverá a llamarme. ¿Ha descubierto ya por qué se marchó Nina?

Mitch negó con la cabeza.

—Me dijo que cuando llegó no tenía trabajo, ¿no?

—Así es. Me preguntó por un bungalow, yo le dije que tenía uno y se quedó con él. Luego me preguntó cómo se iba a Dennison Ducks.

De modo que Nina había esperado conseguir un puesto de trabajo en la factoría de reclamos. Era la mayor empresa del pueblo, y quizá hubiera tenido experiencia suficiente para confiar en que se lo darían. Pero Mitch también sabía que era difícil conseguir empleo en la planta. No había muchas ofertas, porque los salarios eran buenos y había tan poco trabajo en Timber Falls que los empleados tendían a quedarse.

—¿Qué tipo de papeleo le hizo rellenar?

—Ninguno, aparte de registrar su nombre —respondió Florie, meneando la cabeza—. Me fío más de las vibraciones que percibo.

—¿Se fía más de las vibraciones que de su dirección anterior, o de sus referencias? —inquirió Mitch, incapaz de disimular su estupor.

—Sepa usted que las vibraciones dicen muchísimo más sobre una persona que sus referencias.

Mitch soltó un suspiro.

—Pero antes dijo que las vibraciones eran malas.

Florie se ruborizó visiblemente.

—Bueno, esto... no. Yo le dije que eran... raras. Recuerdo, por ejemplo, que estaba muy nerviosa. Deduje por su aura que tenía problemas con los hombres. Aunque eso es algo bastante frecuente en las mujeres, ¿verdad?

—Pese a todo eso, le alquiló el bungalow.

—Llevaba dinero en efectivo —repuso, encogiéndose de hombros.

Mitch contó hasta diez.

—¿Recibió alguna llamada telefónica mientras estuvo aquí?

—Sólo una. De una mujer. Parecía mayor. Quizá fuera su madre, o su abuela. Nina no quería aceptar la llamada, pero al final lo hizo. Oí una parte de la conversación. Nina le preguntó: «¿Cómo me has encontrado? Ya te dije que me dejaras en paz». Luego, tras una pausa, añadió: «¿Así que estás preocupada por mí? Qué risa. No vuelvas a llamarme aquí. Vas a acabar por estropearlo todo». Y colgó.

Mitch pensó que no estaba nada mal para haber oído sólo una parte de la conversación.

—Esa mujer... ¿volvió a llamar?

—No, y antes de que me lo pregunte, no pude averiguar el número. Estaba

bloqueado. Ya sabe, en mi identificador de llamadas. Lo conecté precisamente porque no me gustaban las vibraciones de aquella mujer. Al igual que las que estoy percibiendo ahora mismo de Nina... Son aún peores que antes, ¿sabe?

A Mitch ni se le ocurría dudarlo. Sobre todo cuando pensaba en la cucharilla que llevaba en el bolsillo.



## Capítulo 4

De vuelta en su oficina, Mitch cerró la puerta y se sentó inmediatamente frente al ordenador. Cuando tecleó el nombre de Nina Monroe y el número de seguridad social que le había dado Wade, no le sorprendió lo que encontró.

Tanto el nombre como el número eran falsos.

—Voy a comprar unos donuts —anunció Sissy, asomando la cabeza por la puerta.

—¿Rellenos de crema de limón?

La secretaria asintió, sonriendo.

—¿Necesitas algo más?

Mitch negó con la cabeza y esperó a que se hubiera marchado antes de bajar al sótano, donde estaban los antiguos ficheros. Sacó el informe de Ángela Dennison, lo desempolvó y se lo subió arriba.

El *sheriff* Bill «Hud» Hudson había sido como un padre para él, así como su maestro y amigo. Hud también había sido un *sheriff* de primera categoría y la razón por la que Mitch había elegido su actual trabajo... en lugar de seguir el ejemplo de su padre y convertirse en un alcohólico.

Hud había sido el *sheriff* por las fechas en que desapareció Ángela. Lo primero que se pensó fue que el bebé había sido secuestrado. Pero nadie exigió rescate alguno y el cuerpo jamás fue encontrado.

Cuando empezó a leer el informe, Mitch experimentó una sensación amarga. En ese tipo de casos, los padres eran habitualmente los primeros sospechosos, y Wade y Daisy Dennison no fueron una excepción.

En su entrevista con el *sheriff*, Daisy declaró que no recordaba haber visto a Wade hasta que a la mañana siguiente descubrió la desaparición del bebé. Al parecer se había acostado temprano y no sabía cuándo regresó su marido a casa.

Wade, sin embargo, dijo que volvió a casa a la hora acostumbrada, para descubrir que Daisy había estado bebiendo. Discutieron y ella se acostó. Él se quedó a dormir en su despacho hasta que, a la mañana siguiente, lo despertó la niñera, gritando que el bebé había desaparecido.

La niñera, Alma Bromdale, declaró haber acostado a la niña a las ocho antes de irse a la cama. Había tomado unas pastillas que la dejaron extrañamente somnolienta, y pensó que por eso no había oído nada en la habitación contigua, donde estaba durmiendo el bebé. Lo que significaba que ninguno de los tres tenía una coartada.

Alma Bromdale. Mitch escribió el nombre en su libreta. La niñera llevaba más de dos años con los Dennison. La habían contratado antes de que naciera Desiree, la

primera hija. Alma contaba veinticinco años por aquel entonces, procedía de Coos Bay y había seguido un curso de cuidados infantiles en un programa de educación de adultos. Ahora debía de rondar los cincuenta y dos años.

Despedida al día siguiente del presunto secuestro, Alma se marchó para siempre de Timber Falls. Mitch buscó su apellido en la guía de teléfonos. Sólo había un Bromdale en Coos Bay: Harriet Bromdale. ¿Sería un pariente? Apuntó también ese nombre en su libreta.

Volvió a pensar en la cucharilla que había encontrado, con el nombre Ángela grabado en el mango. Nina Monroe tenía la edad adecuada y ahora estaba desaparecida... ¿Podría ser la niña que habían secuestrado veintisiete años atrás?

Bajó de nuevo la mirada al informe, meneando la cabeza. No sabía qué pensar. En su entrevista con Alma, Hud había anotado que parecía inquieta y asustada, algo perfectamente normal en su situación. La joven había declarado que Wade y Daisy solían pelearse, y que una vez los había oído discutir sobre la paternidad del bebé. Al parecer, Wade dudaba que fuera suyo.

Mitch maldijo entre dientes. El supuesto secuestrador había escalado por la hiedra de la casa hasta el primer piso, pero debía de haber bajado con el bebé por la escalera de servicio. El *sheriff* Hudson había dejado anotado que Wade empezó una batida por la zona por cuenta propia, recurriendo a sus empleados, antes de llamar al *sheriff*. Y que, como resultado, habían echado a perder cualquier evidencia que hubiera podido quedar en la habitación del bebé.

Ángela llevaba un diminuto camisón rosa cuando fue secuestrada. Lo único que se llevaron del dormitorio fue el edredón de su canuta. Pero Mitch sabía que una simple cucharilla de plata podía haber pasado perfectamente desapercibida en un registro.

Continuó revisando la lista de sospechosos hasta llegar al ama de llaves que había sido despedida una semana antes del secuestro: una mujer llamada Georgette Bonners. Estaba furiosa durante el interrogatorio. Y, como Alma, no dijo nada bueno de los Dennison. También hizo alusión a las discusiones y a la cuestión de la paternidad del bebé.

Georgette declaró que, durante la noche del secuestro, estuvo con su marido, Tim. Él lo confirmó. Ambos ya estaban muertos.

Mitch cerró el informe, diciéndose que sus sospechas eran absurdas. Pero estaba aquella maldita cucharilla. Y Nina Monroe había desaparecido. Guardó la carpeta en el cajón de su escritorio y echó la llave.

Cuando Sissy volvió, Mitch ya estaba recogiendo su impermeable. Tomó el donut sin detenerse, le dio las gracias y salió de la oficina.

La carretera que llevaba a Dennison Ducks era estrecha y oscura, unos quince kilómetros a través del bosque. Y ese día, con aquella lluvia, tenía un aspecto aún más ominoso.

O quizá fuera simplemente su estado de ánimo, al que no era ajeno el episodio del

regalo de Charity. Se había puesto tan contenta al pensar que había sido él... Sólo entonces se preguntó en qué habría consistido el regalo.

Dennison Ducks era la joya de Timber Falls, el negocio que le daba cierta fama. Por supuesto, si Wade se hubiera salido con la suya, a esas alturas el pueblo habría sido rebautizado como Dennison. O quizá como Dennison Ducks. Afortunadamente, Wade no siempre conseguía lo que quería.

Los patos de reclamo estaban a la venta en una pequeña tienda contigua a la oficina del *Timber Falle Courier*, desde mediados de abril hasta mediados de octubre. Pero poca gente sabía dónde se fabricaban, dado que no se vendía ninguno en la planta. No había ni siquiera un letrero con el nombre de la empresa en la gran nave de chapa. No había verja ni guardia de seguridad. Y, dado que se encontraba tan aislada, nadie había visto a Nina Monroe llegar o marcharse la noche anterior, según le había asegurado Wade.

Aquella mañana había por lo menos media docena de coches en el aparcamiento. Mitch había telefoneado de camino para asegurarse de que Wade estuviera en su oficina. Estaba allí, y le había dicho a Mitch que podría hablar con los empleados que quisiera.

Aquella mañana Mitch había sospechado que Wade le ocultaba algo. Pero en aquel momento, después de haber visto el estado en el que se encontraba el apartamento de Nina, estaba convencido de ello. Aparcó y pulsó el timbre de la entrada de empleados. Le abrió la puerta Bud Farnsworth, el jefe de producción.

Nada más entrar percibió un denso aroma a madera de pino. Del fondo de la nave llegaba el sonido de las sierras y máquinas de tallado y lijado. Los altos estantes estaban llenos de patos en diversos estadios de elaboración.

—Wade me avisó de que vendría —Bud no parecía nada contento por ello—. Ya sabe que esta es la época más ajetreada del año, antes de Navidades.

Era un hombre corpulento, de unos cincuenta y pocos años, pelo oscuro cada vez más escaso y pequeños ojos negros que siempre parecían mirar con enfado. Como la mayor parte de sus compañeros, había entrado a trabajar en la planta cuando salió del instituto y, desde entonces, no la había abandonado. Beber era su afición favorita.

—Antes de que se moleste en preguntármelo, yo no sé nada de Nina Monroe. No trabajaba para mí. Nunca llegué a intercambiar más de dos palabras con ella —pronunció con un tono casi hostil—. El departamento de pintura está por allí —le señaló un pasillo entre dos filas de estantes.

—Si se le ocurre algo que pueda servirme, no dude en llamarme —le dijo Mitch cuando el empleado ya se retiraba.

Bud no dio señal alguna de haberlo oído.

Cuando rodeó el último estante, llegó a la sala de pintura. Tres pintoras estaban trabajando ante una gran mesa de madera, al lado de la ventana. Una cuarta silla estaba vacía. La de Nina Monroe.

Mitch se acercó a ellas. Las conocía a las tres. Era lo que tenía vivir en una población tan pequeña como Timber Falls. Para la mayor parte de la gente, eso era una desgracia. Para un *sheriff* como él, más bien era una bendición.

Sheryl Bends no alzó la mirada cuando Mitch se sentó a su lado. Habían ido juntos al colegio, incluso la había besado una vez en una fiesta del instituto. Se había divorciado de Fred Bends, un leñador de la localidad. Llevaba trabajando en Dennison Ducks desde que salió del instituto y se pasaba la mayor parte de las tardes en el bar Duck-In.

Tenía una cara estrecha, de rasgos fuertes, y ojos de un color verde pálido, y llevaba el cabello castaño recogido en una larga trenza que le caía por la espalda. Varias veces lo había invitado a cenar a su casa. Mitch nunca había aceptado, aunque se había sentido tentado en más de una ocasión... siempre que no lograba sacarse a Charity de la cabeza.

Sheryl lucía su atuendo de costumbre: una camisa a cuadros rojos, vaqueros, mocasines y largos pendientes de perlas. Llevaba la camisa tan ajustada que los pechos amenazaban con reventarla.

—Hola, *sheriff* —lo saludó, lanzándole una lenta y sensual sonrisa.

—Sheryl... —pronunció, algo ruborizado.

Desde el otro lado de la mesa, Tracy Shank parecía estar disfrutando con su azoro. Tenía treinta y pocos años, el cabello castaño, muy corto, y los ojos muy juntos. Lo saludó con un gesto de cabeza y continuó trabajando.

A su lado se hallaba sentada Pat Ames, de unos cincuenta años. Tenía el pelo gris, rizado, y era pequeña y esbelta.

—Hola, *sheriff* —saludó, y siguió pintando su pato.

Mitch se volvió para examinar el espacio de trabajo de Nina, esperando encontrar algún objeto personal que pudiera servirle de pista. Pero mientras las otras mujeres tenían fotografías de maridos, novios o hijos, no había nada personal en el sitio de Nina.

—Supongo que sabrán que estoy buscando a Nina Monroe.

Lo sabían. Pat y Tracy respondieron a sus preguntas, mientras que Sheryl se mantuvo callada, asintiendo. Según sus informaciones, Nina era muy introvertida, casi no hablaba, no socializaba con los demás compañeros y ni siquiera comía con ellos.

—¿Dónde solía comer? —inquirió. Antes, en un rincón de la nave, había visto una especie de sala de descanso con una máquina de café.

Las mujeres se encogieron de hombros.

—Se marchaba de la nave —respondió Pat mientras pintaba de verde el cuello de su pato.

—¿Comía fuera?

—Wade solía salir a comer justo después que ella —respondió en voz baja, sin dejar de trabajar.

—¿Creen que había algo entre los dos? —inquirió Mitch, bajando también la voz.

Esa vez no hubo respuesta. Sheryl lanzó una mirada por encima de su hombro. Mitch siguió la dirección de aquella mirada hasta la gran oficina acristalada de Wade, en el primer piso. La oficina estaba situada de manera que dominaba completamente todo el piso de la planta. Wade se hallaba frente a uno de los ventanales, observando.

Se levantó y dio las gracias a las mujeres antes de subir las escaleras. Wade seguía mirando por la ventana cuando Mitch entró en la oficina.

—¿Ha descubierto algo?

—No demasiado. Me gustaría ver el informe de trabajo de Nina.

—No sé en qué podrá ayudarle eso —después de señalarle una silla frente a su escritorio, entró en el área de recepción, abrió un gran archivador metálico y sacó una carpeta.

Mitch observó que el escritorio de su secretaria estaba vacío. En un alto estante que circundaba toda la oficina había muestras de todos los reclamos que se fabricaban en Dennison Ducks, todos pintados y de tamaños y formas diferentes. La luz de la lámpara proyectaba un siniestro brillo en sus ojos, como si lo estuvieran mirando.

Wade le entregó la carpeta y se sentó en su sillón. El informe contenía información muy escasa. La única hoja era la solicitud de empleo. En el apartado de trabajos anteriores, Nina había citado una tienda de Lincoln City llamada Doodles y el restaurante The Cove, en North Bend. No eran referencias muy adecuadas para solicitar un empleo como pintora decoradora, de modo que Mitch no pudo evitar preguntarse por qué la habían contratado tan rápidamente en Dennison Ducks.

Nina había dejado en blanco el espacio reservado para los números de teléfono de sus antiguos empleos. En el espacio de su anterior dirección, había escrito Lincoln City y el nombre de un motel o de un edificio de apartamentos, Seashore Views. Ninguna dirección concreta y ningún número de teléfono.

—Aquí se recogen muy pocos datos —convino Mitch—. Y no parece que tuviera mucha experiencia como pintora.

—Había hecho algo de pintura en la tienda de artesanías donde trabajó —replicó Wade, como a la defensiva—. Se olvidó de hacerlo constar.

En aquella solicitud no figuraba ninguna experiencia como pintora. Ni tampoco el nombre de algún pariente o un número de teléfono en caso de que surgiera alguna emergencia.

—¿Qué es lo que sabe de Nina Monroe... personalmente?

Wade pareció sorprendido.

—¿Personalmente? En ese sentido, no sé absolutamente nada sobre ella.

—Tuvo usted que hablar con ella.

—Tal vez elogíe alguno de los diseños que me presentó, pero aparte de eso no tuvimos ningún trato. De los problemas de personal se encargan siempre mis encargados o mi secretaria.

—¿Hubo problemas con Nina?

—Ninguno que yo sepa —respondió Wade, evitando su mirada.

—Antes me dijo que no tenía familia ni amigos, ni tampoco novio.

—Era simplemente lo que había oído —se concentró en ordenar unos papeles de su escritorio, evidentemente nervioso.

—¿Quién es la encargada del departamento de pintura?

—Sheryl Bends.

Sheryl no había abierto la boca mientras Mitch estuvo interrogando a sus compañeras.

—¿Tiene alguna fotografía de Nina?

Aquella pregunta pareció alarmarlo.

—¿Por qué habría de tener una foto suya?

—Pensé que quizá las fichas de sus empleados contuvieran fotos. O tal vez tenga alguna de toda la plantilla en la fiesta de la empresa.

Wade negó con la cabeza. Estaba sudando, aunque hacía frío en la oficina.

—Nina solamente llevaba un mes trabajando aquí. Se perdió la fiesta que dimos en verano.

Mitch le pidió una copia de la declaración y de la hoja del seguro que se adjuntaba en su informe. Wade se la hizo personalmente en la pequeña fotocopidora que había en la entrada de la oficina.

—¿Dónde está Ethel? —le preguntó Mitch, echando de menos a su secretaria.

Wade parpadeó varias veces, distraído.

—Está enferma —respondió mientras le tendía las dos fotocopias. Le temblaban las manos.

—Wade, necesito que sea absolutamente sincero conmigo. Si hay algo más respecto a Nina que no...

—Perdone, pero hoy tengo un montón de cosas en la cabeza, asuntos personales de los que debo ocuparme. Simplemente estaba preocupado por ella, eso es todo. No me gustaría que le hubiese sucedido algo...

—¿Por qué piensa que ha podido sucederle algo? —le preguntó Mitch. Wade no podía saber lo del saqueo de su apartamento. ¿O sí? Sabía algo más. Eso resultaba obvio.

—¿Sabe? Nina me recuerda a mi hija Desiree —sacudió la cabeza, desviando la mirada—. Si ella hubiese sido la desaparecida...

—Por cierto, ¿cómo está Desiree? —inquirió Mitch, aunque ya conocía la respuesta. A sus veintinueve años, era como una eterna adolescente, singularmente problemática.

—Bien —se apresuró a asegurarle Wade—. Perfectamente.

Mitch se quedó mirándolo en silencio durante un rato.

—Muy bien —se levantó de la silla. Sabía que aquel no era el momento más

adecuado para preguntarle por la cucharilla de plata que llevaba en el bolsillo—. Si se entera de algo más...

—Sí, sí, lo llamaré —lo interrumpió, deseoso de que se marchara de una vez.

Cuando Mitch pasó por delante del escritorio vacío de la secretaria, se preguntó si Ethel Whiting había faltado un solo día al trabajo en toda su vida. Ethel había estado con Wade desde el principio. Probablemente conocía a aquella familia mejor que nadie en el pueblo.

¿No era una extraña coincidencia que hubiera faltado precisamente el mismo día que había desaparecido Nina?

El teléfono sonó en la oficina de Wade justo en el instante en que Mitch empezaba a bajar las escaleras.

—Ya era hora de que llamas —pronunció, haciendo que Mitch se detuviera en seco—. Escúchame, Desiree. Siempre he tenido que sacarte de mil apuros, pero esta vez has ido demasiado lejos. Sabes perfectamente de lo que estoy hablando... —cerró de pronto la puerta del despacho, y ya no se oyó nada.

Mitch podía imaginarse el tipo de comportamiento al que se había referido Wade. Había oído rumores sobre Desiree Dennison y sus extravagantes travesuras. ¿Y quién no? Mitch la había amonestado en varias ocasiones por rebasar el límite de velocidad con su pequeño deportivo rojo. El hermano de Sissy, T.C, se había quejado recientemente de su manera de conducir. T.C. fabricaba muebles en su pequeño taller de las afueras del pueblo.

Por suerte para Desiree, T.C. no había querido presentar denuncia, pero resultaba obvio que la joven lo había sacado de la carretera, impacientada por la escasa velocidad de su vieja camioneta.

Quizá lo que más molestara y preocupara a Wade aquella mañana no fuera realmente Desiree, sino Nina Monroe. Pero Wade debería preocuparse seriamente por su hija. Aquella chica se estaba buscando problemas muy graves.

Seguía lloviendo a cántaros cuando salió de la nave. En el porche se encontró con la pintora-decoradora Tracy Shank, que estaba fumando tranquilamente un cigarrillo. Nada más verlo miró a su alrededor, como para asegurarse de que no había nadie cerca.

—¿Ha averiguado algo?

—No más de lo que ya sabía.

Tracy dio una calada a su cigarrillo y soltó una bocanada de humo.

—Aquí están ocurriendo cosas... muy raras.

—¿Con Nina?

—Con Nina, con Wade, con este lugar —miró otra vez por encima de su hombro—. Nina no era pintora. Apareció un día por aquí y Wade la contrató. Decía que lo único que quería era aprender a pintar reclamos, como nosotros. Y que por eso se quedaba trabajando hasta tan tarde todos los días.

—¿Y sospecha usted que esa no era la verdadera razón?

Por toda respuesta Tracy soltó un juramento, meneando la cabeza.

—Entonces, ¿por qué se quedaba a trabajar hasta tarde?

—No lo sé. La planta se queda desierta después de las seis. Nina se quedaba con la nave entera para ella sola. A las pintoras se nos permite elegir nuestro horario de trabajo, pero seguro que esa chica escondía algo...

—¿Cree que se veía con alguien aquí? ¿Que tenía una aventura? ¿No habría sido más razonable que se viera con esa persona en su apartamento?

—Ella vivía en uno de los bungalows de Florie —señaló Tracy, sin mayor explicación. Todo el pueblo conocía la afición de Florie a husmear en las vidas de los demás—. Si quería asegurarse de que nadie la viera, la planta era el mejor lugar.

—¿Nadie se pasa por aquí a esas horas?

—La fábrica se queda cerrada. ¿Y qué empleado sería tan estúpido como para querer robar un pato? —dijo otra larga calada a su cigarrillo.

—Si Nina usaba la planta para esos fines, ¿con quién sospecha que se encontraba aquí? ¿Con Wade?

Tracy esbozó una mueca de desagrado.

—Wade es lo suficientemente mayor como para ser su padre.

Pero eso era justamente lo que le preocupaba a Mitch.

—¿Hay alguien más con quien pudiera mantener una aventura?

—¿Ha visto a los tipos que trabajan aquí? —exclamó, resoplando de disgusto—. Los que no están casados son todos como Bud. Creo que con eso ya está dicho todo.

Mitch asintió con la cabeza.

—A usted no le caía bien Nina.

Tracy pareció sobresaltarse.

—Yo no he tenido nada que ver con su desaparición, *sheriff*, si eso es lo que está pensando.

Mitch no dijo nada, esperando a que continuara. Tracy apuró su cigarrillo, aplastó la colilla contra el suelo de cemento y se cruzó de brazos.

—Supongo que tarde o temprano tendría que enterarse... Cuando empezó a trabajar aquí, Nina y yo solíamos salir juntas, de juerga.

Aquello lo sorprendió, pero no dijo nada.

—Ella se ganó mi amistad y me dejó colgada tan pronto como dejé de serle útil.

—¿Útil?

—Quería saber un montón de cosas de Dennison Ducks, de Wade, de su familia y de todos los que trabajábamos aquí... ya sabe, cotilleos.

Mitch asintió con la cabeza.

—El caso es que tomamos unas cuantas cervezas, y probablemente hablé más de la cuenta. Diablos, creía que era mi amiga... ¿Cómo podía sospechar que terminaría utilizando en mi contra todo lo que le dije? Escuche, aquí Nina no le caía bien a nadie.



Lo que me hizo a mí fue una tontería comparado con las canalladas que le hizo a otra gente. Era una manipuladora. Hay que ver cómo consiguió manipular a Wade...

—¿Conseguía de Wade algún tratamiento... especial?

—Podría decirse que sí.

—¿Por qué, si no estaba relacionado sentimentalmente con ella?

Tracy permaneció en silencio durante unos segundos, viendo caer la lluvia con expresión abstraída.

—Era ella quien lo... quien lo buscaba a él. Wade la trataba como a una reina. Y Bud también. Ya conoce a Bud: siempre hace lo que le dice Wade.

Mitch advirtió que Tracy estaba hablando de Nina en tiempo pasado.

—Habla como si pensara que Nina no va a volver.

—No creo que regrese. Siempre tuve la sensación de que no pensaba quedarse aquí mucho tiempo —miró su reloj—. Tengo que volver al trabajo.

—Gracias por su ayuda. Llámeme si se le ocurre algo más.

Tracy asintió con la cabeza, pero resultaba obvio que ya se estaba arrepintiendo de haber hablado con él.

Nada más subir al coche patrulla, sacó las fotocopias que le había facilitado Wade. Y se palpó la cucharilla de plata que llevaba en el bolsillo de la camisa. La sentía fría y extrañamente pesada. Como una carga de la que deseara aligerarse a toda costa.

Había estado a punto de preguntarle a Wade por la cucharilla. Pero la ocasión no había podido ser menos adecuada. Tenía que averiguar cómo había ido a parar a manos de Nina Monroe, y por qué la había escondido en el fondo de su cajón. Además de la relación que pudiera tener con la propia desaparición de Nina...

Desgraciadamente todo eso tendría que esperar, pensó mientras un Volkswagen escarabajo de color amarillo aparcaba detrás de su coche patrulla, bloqueándole la salida. Charity Jenkins bajó del coche y corrió hacia el suyo, bajo la lluvia.

Mitch soltó un gruñido, mitad de deseo y mitad de preocupación. ¿Qué andaría tramando ahora?

## Capítulo 5

Charity vio bajar a Mitch del coche patrulla con expresión ceñuda. Una expresión que siempre asociaba con el brócoli.

—Me llené de barro en la puerta de la oficina de correos —fue lo primero que le dijo.

—¿Te llenaste de barro?

Charity señaló la gran mancha que lucía en la pernera de los vaqueros como irrefutable evidencia de que se había caído.

—¡Alguien me derribó al suelo y luego se dedicó a revisar mi correo!

—¿Se trata de una broma?

Sonrió. Y Charity se quedó embobada ante la mirada risueña de aquellos ojos de un azul cristalino, admirando los deliciosos hoyuelos de sus mejillas. La lluvia goteaba por su sombrero y su impermeable. Por un instante ansió que la abrazara, que la estrechara en sus brazos. Y casi creyó que iba a hacerlo...

Hasta que Mitch dijo de pronto:

—Nos estamos mojando. Sube al coche patrulla y cuéntamelo todo.

Charity se puso la capucha e hizo lo que le decía. Siempre le ocurría lo mismo. Cuando se encontraba a menos de dos palmos de aquel hombre, saltaban chispas. Soltó un profundo suspiro.

Mitch se sentó al volante y encendió la calefacción.

—Vamos a ver. ¿Alguien te revisó el correo?

—Alguien me tiró al suelo y luego se dedicó a revisar la correspondencia que se me había caído, como si estuviera buscando algo —a ella misma le costaba creérselo mientras se lo relataba. Y a él también, a juzgar por su expresión—. Sarah lo vio. ¡Cuándo la vio salir de la oficina, el tipo salió corriendo!

—¿Con tu correspondencia?

—No. La dejó caer al suelo.

—¿Estás segura de que te la revisó? A lo mejor simplemente tropezó contigo, se agachó para recogerla y entre Sarah y tú lo asustasteis. No gritaste, ¿verdad?

La conocía demasiado bien.

—Yo no, pero ya conoces a Sarah. Ella se puso a chillar, por supuesto. Ese tipo me estuvo revisando descaradamente el correo, buscando algo —las dudas de Mitch estaban empezando a irritarla—. Y eso no es todo. Estoy segura de que huyó en una camioneta negra... la misma camioneta que me ha estado siguiendo.

—¿Una camioneta negra te ha estado siguiendo? ¿Desde cuándo?

—La vi la primera vez anoche, justo antes de acostarme. Esta mañana me siguió hasta la cafetería de Betty. Y mientras estuve allí, pasó al lado un par de veces, lentamente. Y pude sentir al conductor mirándome...

—¿Viste al conductor?

—Bueno, no. La camioneta tenía los cristales tintados. Pero estoy segura de que me estaba vigilando.

—Charity —pronunció con tono paciente—, hay muchos forasteros en el pueblo por culpa de ese asunto del Bigfoot. Mucha gente que recorre nuestras calles echando un vistazo, curioseando...

No lo estaba convenciendo. Peor aún: la estaba haciendo dudar a ella...

—Esa camioneta me estuvo siguiendo, seguro.

—Charity, ¿cómo puedes estar tan segura si ni siquiera le viste la cara al conductor? Pudo haber estado buscando a alguien en la cafetería. A otra persona.

—Ya. ¿Y también estuvo buscando a esa otra persona anoche, delante de mi casa? ¿Por qué te cuesta tanto creerme? —le preguntó, irritada—. El conductor de aquella camioneta me estuvo siguiendo y luego me agredió en la puerta de la oficina de correos.

Mitch soltó un suspiro.

—Antes dijiste que creías que el tipo que te derribó se marchó en una camioneta negra.

—Es verdad que no lo vi subir a la camioneta. Pero vi una camioneta negra alejarse calle abajo instantes después.

Mitch arqueó una ceja y Charity se preguntó si alguien lo habría puesto al tanto de su anterior encuentro con la camioneta negra equivocada. Liam no se lo habría dicho. Pero Emily tal vez sí.

—Muy bien. Pues no me creas. Pero estoy convencida de que el conductor es la misma persona que me dejó el regalo en la puerta de casa.

—Pensé que estabas convencida de que te lo dejé yo.

—Bueno, evidentemente tú no fuiste. Así que ahora creo que fue el tipo de la camioneta negra.

—¿Dices que viste esa misma camioneta anoche? Pues no te molestaste en mencionármelo cuando hablamos esta mañana. Quizá alguien dejó el regalo en la puerta de tu casa por error.

—Aja. Sencillamente te resulta inimaginable que yo pueda tener un admirador secreto, ¿verdad?

—No es eso...

Charity abrió la puerta.

—Pensaba que quizá querías localizar a ese tipo antes de que hiciera algo más que llenarme de barro e intentar robarme la correspondencia pero como no me crees...

—Espera —le pidió Mitch—. Dame una descripción de la persona que te derribó.

—Era grande, o al menos lo era el impermeable que llevaba. Se colocó de espaldas a mí y llevaba puesta la capucha, así que no pude verle la cara.

—¿Era un hombre? ¿O se trataba de un jovencito?

—Era un hombre. Un hombre grande. O tal vez una mujer realmente grande.

Mitch soltó un gruñido.

—¿Llevabas cheques u órdenes de pago en la correspondencia?

—No lo sé. Apenas le eché un vistazo. No vi nada interesante. Creía que eran todas facturas.

Mitch asintió, preguntándose evidentemente por qué alguien habría de querer robarle unas facturas. Era una buena pregunta.

—De modo que te revisó la correspondencia.

—Y la tiró al suelo cuando vio salir a Sarah —Charity sabía lo que estaba pensando. Que aquella persona no había querido derribarla a propósito. Que había sido un simple accidente.

Pero eso no explicaba lo de la camioneta negra que la había estado siguiendo.

—Olvidalo —bajó del coche patrulla—. Ya localizaré yo sola esa camioneta —cerró dando un portazo y se dirigió hacia su vehículo.

—¡Charity!

Charity oyó que abría la puerta, pero no se volvió. Una vez sentada al volante, le tembló la mano cuando quiso encender el motor. Aquel hombre era imposible. Peor aún: temía haberlo hecho otra vez. Temía haber actuado irracionalmente confirmando las sospechas de Mitch de que era una botarate, como el resto de su familia.

¿Era posible que aquella camioneta no la hubiera estado siguiendo? ¿Que el hombre de la oficina postal la hubiera derribado por accidente y que solamente estuviera recogiendo las cartas cuando Sarah y ella lo asustaron? ¿Era posible que ella, Charity Jenkins, se lo hubiera imaginado todo?

—Charity —Mitch estaba frente a su ventanilla, con el sombrero chorreando agua, mirándola con expresión triste, contrita—. Baja el cristal, por favor —gritó para hacerse oír por encima de la lluvia.

Finalmente encontró la llave del encendido y la hizo girar. Encendió el motor. Quería meter la marcha atrás y salir a toda velocidad de allí, pero finalmente bajó el cristal de la ventanilla.

—Lo siento —Mitch desvió la mirada hacia la caja blanca—. ¿Eso es el regalo?

—Sí.

—Déjame verlo.

Charity le tendió la caja con la piedra y él se la guardó en un bolsillo del impermeable.

—¿Tocaste la piedra? —nada más mirarla, comprendió que lo había hecho—. Podía haber otras huellas, ¿sabes? —gruñó.

La lluvia estaba entrando por la ventanilla, pero ella no parecía notarlo.

—Sí, quizá —la conmovía que, al menos, se comportara como si la estuviera tomando en serio.

—¿Se te ocurre algún motivo por el que alguien te pueda estar siguiendo? ¿O interesarse por tu correspondencia? ¿O haberte hecho este regalo?

—No.

—¿Cómo era esa camioneta negra?

—Un modelo antiguo, con los cristales tintados. No vi la matrícula. Estaba manchada de barro.

Charity podía percibir la química que surgía entre ellos cada vez que estaban juntos. Y sabía que él también. Pero la química no era el problema. Era la palabra de la M mayúscula: matrimonio. Debía tener eso bien presente, por muy intensa que fuera la atracción.

—Si la vuelves a ver, intenta fijarte en el número de matrícula. Y en el conductor. Pero no corras riesgos. Llámame de inmediato.

Charity asintió con la cabeza. De pronto recordó que había visto a Wade Dennison salir de la oficina de Mitch aquella misma mañana. Wade, según sus fuentes de información, parecía bastante alterado, y Mitch acababa de salir de la planta.

—Algo raro está pasando con Wade Dennison, ¿verdad? —le preguntó, y al momento vio que su expresión cambiaba ligeramente. «Maravilloso», exclamó para sus adentros. Su olfato de periodista acababa de oler una historia—. Soy toda oídos.

—¿Cómo sabes que estaba aquí? —le preguntó, frunciendo el ceño.

—No puedo revelar mis fuentes. Imagínate que te he seguido.

—Hablando de seguimientos... —sacudió la cabeza como renunciando a echarle un sermón, pero sonrió levemente—. Llámame si vuelves a ver esa camioneta, ¿de acuerdo? —y, después de apretarle cariñosamente un hombro, se volvió al coche patrulla.

Charity condujo de vuelta al pueblo, reconfortada por aquella simple caricia. Su contacto siempre obraba aquel efecto. Era todavía más cálido que la calefacción de su Volkswagen.

La noche anterior había entrevistado a Frank, el repartidor del pan, pero aún no había redactado su reportaje sobre el Bigfoot. Antes, tenía que cambiarse de ropa. Ya tendría tiempo para pensar en lo que había estado haciendo Mitch en Dennison Ducks.

Mientras tanto, se mantendría alerta a la espera de que la camioneta negra apareciera de nuevo. Siempre existía la posibilidad de que no fuera una fantasía suya...

Mitch la observó marcharse, pensando en lo que le había dicho acerca del tipo que la derribó en la puerta de la oficina de correos. Tenía que haberse tratado de un accidente.

Pero cuando miró aquella piedra roja en forma de corazón, no pudo evitar un mal presentimiento. ¿Se hallaría metida Charity en problemas? Encendió el motor y la siguió a prudente distancia, hasta el pueblo. Se dirigió directamente a su casa. Dado que él vivía al lado, aparcó en el sendero de entrada y esperó hasta que la vio entrar sana y salva en su hogar. Pero ni siquiera así se quedó tranquilo, y decidió dar una vuelta por los alrededores en busca de la camioneta negra.

Quince minutos después la vio salir con unos vaqueros limpios y subir de nuevo a su coche para dirigirse a la oficina del periódico. Si Charity descubrió su presencia, no dio señal alguna de ello.

Mitch pensó que estaría perfectamente segura en la oficina. Necesitaba seguir investigando sobre Nina Monroe.

De vuelta en su despacho, revisó el número de seguridad social que aparecía en la solicitud de empleo que Nina rellenó para Dennison Ducks. Era tan falso como el número que antes le había dado Wade.

Luego se dedicó a revisar sus referencias. El encargado de la tienda de artesanías donde supuestamente había trabajado jamás había oído hablar de ella. Ni tampoco el dueño del restaurante The Cove, en North Bend. Colgó el teléfono, deseando haber tenido en sus manos una fotografía. Obviamente, toda la información de aquella solicitud había sido un fraude. ¿Quién era realmente aquella mujer?

Finalmente recogió su impermeable y se dirigió hacia la puerta. Sólo había una persona que podía ayudarlo.

La secretaria de Wade Dennison vivía en una antigua y amplia casa de estilo Victoriano al final de Main Street. Los antepasados de Ethel Withing se remontaban al período anterior a la fundación del pueblo, cuando Timber Falls no era más que un campamento de leñadores. Su padre había sido uno de los fundadores. Solamente había traído un retoño al mundo, una hija, Ethel. Su única heredera.

Ethel seguía viviendo en la casa donde nació. De hecho, jamás la había abandonado. Nada más terminar los estudios en el instituto, comenzó a trabajar y se dedicó a cuidar a sus padres, ya mayores, hasta que murieron.

Contaba setenta y pocos años. No necesitaba trabajar... al menos por dinero. Probablemente era la mujer más rica del pueblo. Se rumoreaba que había ayudado a Wade Dennison a fundar la factoría de reclamos años atrás. Otros aseguraban que había sido su esposa, Daisy, quien se había hecho cargo de todo. La fábrica de reclamos fue creciendo con el tiempo, a la vez que el propio pueblo, mientras Dennison Ducks se convertía en una marca famosa en la región.

Mitch bajó del coche patrulla y corrió bajo la lluvia hacia la puerta principal. Pulsó el timbre y esperó. Si Ethel se encontraba realmente enferma...

La anciana abrió la puerta inmediatamente, casi como si lo hubiera estado

esperando.

—Hola, Mitchell —aparte de su madre, era la única persona que lo llamaba así—. Pasa.

Entró en el vestíbulo. Olía a muebles barnizados y a café recién hecho. Cuando Ethel lo hizo pasar al salón, reconoció un aroma a lilas. Ella llevaba un vestido de algodón azul, zapatos cómodos y una chaqueta blanca con un adorno de diminutas flores blancas y azules. Se recogía el pelo gris en un moño perfecto que enmarcaba su rostro en forma de corazón. Resultaba obvio que de joven había sido una auténtica belleza.

—¿Te apetece una taza de café?

—Gracias, si no es mucha molestia.

—Acabo de preparar una cafetera. Por favor, ponte cómodo.

Lo sorprendió que viviera sola. Nunca se había casado, ni contratado a ningún asistente. Era demasiado independiente y autosuficiente para eso.

—Lo tomas solo, si mal no recuerdo —le dijo, dejando la bandeja sobre la mesa. Le sirvió el café en una fina taza de porcelana.

—Tiene buena memoria —bebió un sorbo—. Me había olvidado de lo bien que sabía el café colado.

—¿Has venido a elogiar mi café?

—No, estoy aquí por la misma razón por la que acaba usted de preparar una cafetera. Sabía que vendría a preguntarle por Nina Monroe.

La mujer asintió con la cabeza.

—Tengo entendido que ha desaparecido.

—Efectivamente. Hábleme de ella.

Ethel arqueó una ceja.

—Llevaba menos de un mes en la fábrica.

—Y, sin embargo, al parecer dio bastantes problemas durante tan poco tiempo.

—Estás bien informado.

—¿Hay algo de verdad en ello?

—¿En qué exactamente?

Mitch pensó que la edad no era ninguna barrera cuando se trataba de arrancar respuestas directas a las mujeres.

—En que Nina Monroe estuvo a punto de ser la ruina de Wade Dennison.

—Me estás preguntando si mantenía algún tipo de... influencia sobre Wade, ¿verdad? —una expresión sombría asomó a sus ojos azules mientras asentía con la cabeza—. Pues sí. Yo me di cuenta de lo que pretendía, e intenté advertírselo.

Suspirando, se llevó la taza a los labios. Mitch advirtió que le temblaban las manos.

—¿Wade no se tomó bien esa advertencia?

—Ayer mismo me recordó que yo sólo era su secretaria.

Mitch estaba asombrado. Si era cierto el rumor de que ella había ayudado a Wade a fundar el negocio, aquello debió de haberla enfurecido mucho. Y dolido.

—Me sorprende que le dijera algo así.

—A mí también —hizo una pausa—. Estoy muy preocupada por él.

—¿Por Nina no?

—Nina, según parece, es perfectamente capaz de cuidar de sí misma.

—No le cae a usted bien.

La única respuesta de Ethel fue una sonrisa tensa.

—Creía que nunca se perdía un solo día de trabajo.

—Y yo creía que siempre decías lo que estás pensando, Mitchell.

—Usted no está de baja por enfermedad.

—No. Renuncié ayer.

Mitch se quedó estupefacto.

—¿Después de que le hiciera esa advertencia a Wade sobre Nina? —«y antes de su desaparición», añadió para sus adentros.

Ethel asintió.

—Debí haberme jubilado hace mucho tiempo. Wade me ha ayudado a darme cuenta de que ya iba siendo hora.

—¿Fue la actitud de Wade hacia Nina la única razón?

Dejó la taza sobre la mesa y entrelazó las manos en el regazo.

—Como te dije, era lo que tenía que haber hecho.

—Ethel, necesito preguntarle algo y no sé muy bien cómo. Durante muchos años usted estuvo muy próxima a los Dennison...

—Conozco a Wade de toda la vida.

—Probablemente recordará el nacimiento de Desiree —al ver que asentía, continuó—: Wade mandó hacer una cubertería especial para ella. Y otro juego cuando nació Ángela, dos años más tarde. Eran cubiertos que llevaban una cabeza de pato en relieve... ¿se acuerda?

—Una cuchara y un tenedor con el nombre de cada niña grabada en el mango. Wade se los encargó a la joyería de Hart, en Eugene —recordó Ethel.

—Probablemente Daisy todavía los conserve.

—No. Wade se deshizo de todas las pertenencias de Ángela. No podía soportar que se la recordaran constantemente.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Mitch.

—Pocas semanas después de la desaparición del bebé. Para entonces ya había convencido a Daisy de que jamás volverían a verla. Y cada vez que Daisy veía algo que había pertenecido a la niña, le entraba un ataque de nervios.

La compasión de Wade por su esposa sorprendió a Mitch. Sobre todo si los rumores eran ciertos y el bebé ni siquiera había sido suyo. Fuera como fuere, Daisy había vivido como una reclusa, refugiada en la enorme mansión, durante los últimos



veintisiete años. Desde la desaparición de Ángela.

—¿Wade no conservó siquiera una sola cucharilla de Ángela?

—Por lo que yo sé, no. Tiró todo lo que había pertenecido al bebé y se encerró en sí mismo. Recuerdo perfectamente aquel día. Nunca había visto a Wade tan... destrozado —un brillo de lágrimas asomó a sus ojos, al tiempo que se ruborizaba.

Mitch se quedó mirándola fijamente, preguntándose cómo no se había dado cuenta antes... ¡Ethel estaba enamorada de Wade! Era unos cinco años mayor que él, una diferencia de edad irrelevante cuando una persona estaba enamorada. ¿Lo sabría Mitch? Según Sissy, los hombres podían ser tan obtusos como tocones de árbol en lo que se refería a ese tipo de cosas...

—¿No cree que Daisy pudo esconder o guardarse algo que hubiera pertenecido a Ángela? ¿O quizá el propio Wade, en el último momento?

Ethel negó con la cabeza.

—No. ¿Por qué me preguntas eso ahora, después de tanto tiempo?

—Porque he encontrado lo que parece, a todas luces, una cucharilla de Ángela. Estaba en el bungalow de Nina, escondido detrás del último cajón de la cómoda.

Ethel contuvo el aliento. De repente su mirada se tornó fría, dura.

—Hacia años que no oía el nombre de Ángela. Y ahora aparece esto...

—¿Es posible que Nina fuera Ángela?

Si había esperado sorprenderla con aquella pregunta, se equivocó completamente, porque Ethel ni siquiera pestañeó.

—Es posible que Wade lo creyera. O que anhelara que fuese verdad.

—¿Usted no cree que ella es Ángela?

Ethel sonrió.

—Realmente no importa lo que yo crea o deje de creer, ¿verdad, Mitchell?

—A mí sí me importa.

La anciana se irguió y aspiró profundamente.

—Si Nina Monroe es realmente el bebé que fue robado de su cuna en la casa de los Dennison hace veintisiete años... entonces es mejor que nunca lo sepamos.

—No entiendo.

—Nina Monroe es una mujer... malvada. Quizá nació así. O quizá la vida la hizo de esa manera. En cualquier caso, si es realmente Ángela Dennison, entonces este es un día aciago para la familia Dennison.

—¿A qué se refiere con que es una mujer malvada?

—La creo capaz de hacer cualquier cosa con tal de conseguir sus propósitos. Sin que le importe hacer daño a los demás. Es una mujer peligrosa que no se detendrá hasta que se destruya a sí misma y a cualquiera que se cruce en su camino.

Un escalofrío le recorrió la espalda al escuchar esas palabras.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó Mitch.

—Dinero, poder. Todo lo que le ha sido negado.

—¿Quiere ser... Ángela Dennison?

Ethel arqueó una ceja.

—Es lo que piensa que se merece.

A Mitch no le gustaba nada lo que estaba oyendo. Si Ethel estaba en lo cierto y Nina quería ser Ángela Dennison, o quizá si lo era realmente... ¿quién en el pueblo habría intentado pararle los pies?

La propia Ethel era una candidata. Sobresaltado, se dio cuenta de que aquella mujer habría sido capaz de cualquier cosa con tal de proteger a Wade.

—¿Sabe? Estuve echando un vistazo al informe policial sobre la desaparición de Ángela Dennison. Wade era uno de los sospechosos. Al parecer, llegó a correr el rumor de que Ángela no era hija suya, y que él lo sabía...

Ethel se levantó bruscamente.

—Puede que Wade Dennison sea un estúpido, eso creo que ha quedado demostrado. Pero él jamás habría hecho ningún daño a ese bebé. Ni siquiera aunque no hubiera sido suyo.

—¿Lo era?

—Supongo que eso tendrás que preguntárselo a su esposa —con la mirada le dejó una cosa bastante clara: que no le profesaba ninguna simpatía a Daisy.

—Gracias por el café. Estaba estupendo —comentó Mitch, levantándose—. Le agradecería que no...

—Jamás se me ocurriría mencionarle a nadie esta conversación —lo interrumpió Ethel.

—Perdone, es la costumbre. Pero si de repente se acuerda de alguien que pueda saber algo sobre Nina...

—Yo no descartaría que la propia Nina hubiera urdido su desaparición. O incluso que hubiera manipulado a Charity para salirse con la suya.

—¿A Charity?

—Sí. Ayer estuvo haciendo preguntas sobre ella en la fábrica.

Mitch se quedó atónito. ¿Charity había estado haciendo preguntas sobre Nina Monroe el mismo día de su desaparición?

—¿Qué tipo de preguntas?

Ethel negó con la cabeza.

—No habló conmigo. Creo que sabe que yo jamás hablaría con un periodista de un asunto relacionado con Dennison Ducks. Eso tendrás que preguntárselo a ella.

Mitch se volvió para marcharse, deseoso de ver cuanto antes a Charity para hacer precisamente eso mismo.

—Mitchell.

Sintió sus dedos apretándole suavemente el brazo.

—Hagas lo que hagas, no subestimes a Nina... o lo que pueda ser capaz de hacer —pronunció con voz vibrante por la emoción—. Ten cuidado. Mucho cuidado.

Mitch asintió, sorprendido por su tono de intensa preocupación.

—Ya sabes dónde encontrarme si lo... necesitas —le dijo, y le soltó el brazo, ruborizada.

Casi pareció avergonzarse de haberle hecho una advertencia semejante.

## Capítulo 6

Charity alzó la mirada de su ordenador, sorprendida al ver entrar a Mitch en la oficina del periódico. Parecía enfadado.

—¿Has encontrado la camioneta negra? —le preguntó, levantándose.

—¿Por qué estuviste haciendo preguntas sobre Nina Monroe?

—¿Qué? —se quedó mirándolo fijamente.

—Es cierto, ¿verdad?

Charity se preguntó cómo se habría enterado. Y, lo más importante: ¿por qué parecía molestarlo tanto?

—A no ser que esté equivocada, tú y yo ya no solemos hablar gran cosa de nada. Y, ciertamente, tampoco has mostrado mucho interés por mis artículos.

—¿Estabas preparando un artículo sobre Nina?

No pensaba decirle que había encontrado una buena historia con ese tema.

—¿Y a ti qué te importa?

Mitch se quitó el sombrero, se pasó una mano por el pelo y soltó un gruñido.

—Acabo de enterarme de que estuviste haciendo preguntas sobre ella el mismo día que desapareció.

Charity parpadeó asombrada.

—¿Que desapareció, has dicho? —eso sí que era una buena historia.

—Nina no se presentó a trabajar esta mañana, y a Wade le preocupa que haya podido sucederle algo.

Aturdida, se dejó caer en su sillón.

—Había oído rumores acerca de la nueva pintora de la fábrica, pero...

—¿Qué tipo de rumores?

Charity alzó la mirada.

—Rumores de que había algo entre Wade y ella.

—¿Y?

—Nada. Hice algunas preguntas y no conseguí respuestas —¿se habría olvidado de algo? Evidentemente—. Iba a hacerle una entrevista a Nina para el semanario. Me prometió que me escribiría unas líneas.

—Charity, si sabes algo sobre la desaparición de Nina Monroe, será mejor que me lo digas ahora mismo.

—No tengo la menor idea, de verdad...

Mitch suspiró, lanzándole una mirada cargada de sospecha.

—Pues resulta muy extraño que estuvieras haciendo preguntas sobre ella el

mismo día de su desaparición, ¿no te parece?

Sí que se lo parecía. Miró su reloj.

—¿Y bien? —insistió Mitch.

—Sólo estaba pensando —su estómago escogió aquel momento para quejarse.

—¿En comida?

Charity sonrió.

—Me conoces tan bien...

—Charity, ni siquiera tengo tiempo para una comida rápida.

—Precisamente le he encargado a Betty dos pedazos de pastel de merengue de limón —esbozó su sonrisa más seductora.

—¿Tan segura estabas de que íbamos a comer juntos?

—Hay cosas que están determinadas de antemano, Mitch. Sobre todo si quieres continuar con esta conversación —y recogió su impermeable antes de que pudiera oponerse a la idea.

Mitch intentó decirse que tenía que comer algo. Por lo demás, sabía que le resultaría más fácil arrancarle respuestas con el estómago lleno... el de ella, no el suyo. Como sabía también que le estaba ocultando algo acerca de Nina Monroe.

A primera hora de la tarde, el café de Betty estaba relativamente vacío. Todo el mundo debía de estar fuera, buscando al Bigfoot.

Charity y Mitch se sentaron al fondo y pidieron lo de siempre: hamburguesas con patatas fritas.

Aquello le recordó a Mitch cuando estudiaban juntos en el instituto. Eran buenos recuerdos. De hecho, de Charity conservaba un montón de buenos recuerdos. Pero eso era antes de que se convirtiera en la periodista del pueblo y él en el *sheriff*. Antes de que se diera cuenta de que casarse con ella sería un desastre... dados los genes de sus respectivas familias.

—Muy bien, soy todo oídos.

Charity tomó con los dedos una larga patata frita mojada en ketchup y la mordió, cerrando los ojos como si se tratara de una experiencia erótica. Mitch tuvo la sensación de que probablemente así era. El simple hecho de observarla le provocaba el mismo efecto a él.

Sonrió cuando volvió a abrir los ojos. Y le lanzó una mirada que le hizo sentirse algo más que inquieto.

—Nina —le recordó Mitch. Betty estaba ocupada ayudando a la cocinera, y no podía oírlos. Pero estaban en Timber Falls. Y Betty era famosa por su oído.

Charity dejó a un lado la patata mordida para limpiarse los dedos. En un impulso, Mitch extendió una mano para quitarle una mancha de ketchup de la comisura de los labios. Tenía la boca más sensual del mundo...

Pero sabía a dónde podía llevarle ese tipo de pensamientos. A una ducha fría. Charity se lo había dejado innumerables veces claro: o matrimonio o nada. Y la nada era la mayor de las frustraciones.

Sonriendo levemente, Charity se humedeció los labios con la punta de la lengua, justo allí donde Mitch le había limpiado la mancha. Aquella mujer era incorregible.

—Charity.

—Ya te lo dije. Oí rumores acerca de Nina y Wade, y también que no era muy popular en la planta, así que decidí escribir un artículo sobre ella.

—¿Y?

Charity tomó otra patata frita y lo miró, sonriente.

—Te toca. Dime lo que has averiguado tú.

—Esa táctica no te va a funcionar, y lo sabes.

—Quizá sí —dio otro mordisco a la patata.

Mitch soltó un gruñido.

—El bungalow que le había alquilado a tu tía ha sido saqueado —suponía que, a esas alturas, Florie ya se lo habría contado—. Tu turno. ¿Tenía Wade una aventura con Nina?

—No lo creo. Francamente, la mayor parte de los rumores que he oído me suenan a resentimiento de empleados amargados intentando amargarles a su vez la vida a su jefe y a Nina. Sheryl, por ejemplo. Si Nina hubiera desaparecido, ella sería mi primera sospechosa.

En aquel momento Mitch se arrepintió de haber abierto la boca. Acababa de ofrecerle en bandeja una historia aún más interesante que la que había pensado escribir. Pero, en cualquier caso, la culpable era Nina por haber desaparecido. Lo cual le recordó lo que le había dicho Ethel... ¿No se trataría de una manera de llamar la atención? ¿Habría saqueado su propio apartamento dejando aposta la cucharilla para que la descubrieran, sabiendo que Wade llamaría al *sheriff* cuando la echara en falta en el trabajo? Tal vez ella misma había ayudado a que se difundieran los rumores sobre su supuesta relación con Wade para atraer precisamente la curiosidad de Charity. Ethel le había sugerido que Nina pudo haber manipulado a Charity. De hecho, había aceptado entrevistarse con ella. Si Nina era Ángela Dennison, tal vez había esperado que la propia Charity publicara la noticia.

Mitch frunció el ceño.

—Dijiste que Nina iba a escribir algo para ti. ¿Cómo qué?

—Me dijo que había tenido una vida muy interesante. Aunque eso es lo que suele decir todo el mundo, ¿no? Que con su vida se podría escribir un libro. Me pregunto qué es lo que pudo atraer a Wade de Nina...

Mitch se encogió de hombros. No quería darle más pistas.

—¿Sabes? Quizá hubo algo realmente entre ellos... —añadió.

—No lo creo —Mitch intentó pensar en algo para cambiar de tema.

Charity pareció decepcionada. Pero no se dio por vencida.

—Eso explicaría por qué Wade la contrató sin tener experiencia alguna, con tanta rapidez. Y por qué parecía pensar que todo lo hacía tan bien y que jamás cometía ningún error. Incluso el hecho de que en estos momentos esté tan preocupado por ella...

Mitch tuvo que darle la razón en silencio.

—Pero luego está lo de la pistola que Nina compró para protegerse —añadió Charity.

—¿La pistola? —ese dato lo desconocía. No aparecía registrada con un permiso de armas. ¿Y por qué pensaba que necesitaba protección?

—Se la enseñó a Hank Bridges una noche, en el Duck-In.

—¿Se la enseñó al camarero? —definitivamente aquello no le gustaba nada.

—Supongo que habría bebido bastante. Fue la última en abandonar el local. A Hank le preocupaba que volviera sola a casa. Ella le dijo que podía cuidar perfectamente de sí misma y, abriendo el bolso, le enseñó el arma.

—¿Qué tipo de arma?

—Ya conoces a Hank —dijo alzando los ojos al cielo.

Hank Bridges todavía vivía con sus padres. Su madre, Sarah, era la encargada de la oficina de correos y Buzz, el padre, era tallista en Dennison Ducks. Su hermano menor, Blaine, estudiaba en el instituto y trabajaba a tiempo parcial para Charity. Ninguno de los hermanos destacaba por su valentía. A Hank le aterraban las armas y las arañas. En general, cualquier tipo de peligro exterior.

—Hank no reconoció el tipo de arma —dedujo Mitch.

Charity asintió.

—Sólo me comentó que era pequeña, pero de aspecto letal.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Mitch.

—La noche del sábado. ¿Y si Nina llegó a escribir algo y me lo mandó por correo?

—¿Como qué?

—La historia de su vida. O quizá el motivo por el que necesitaba un arma para protegerse.

—Eso es mucho suponer.

—Es una teoría, ¿no?

«Charity y sus teorías», pensó Mitch, maldiciendo en silencio. ¿Nina había estado en el Duck-In, emborrachándose y exhibiendo un arma, apenas un par de noches antes de desaparecer? También había discutido con un tipo en su bungalow el martes de aquella semana, por la noche, según Florie.

—¿Le mencionó a Hank por qué pensaba que necesitaba protección?

Charity meneó la cabeza.

—Hank no quería saber nada...

—¿Es eso todo lo que sabes de Nina? —vio que asentía con la cabeza. Se quedó

mirándola detenidamente. ¿Por qué tenía la sensación de que no se lo había contado todo?

—No puedes evitar que escriba este artículo. Y lo sabes.

Tenía razón. Muy pronto sería de dominio público que una de las pintoras de Dennison Ducks había desaparecido. No podía evitar que Charity publicara la noticia.

Lo que le preocupaba era lo que pudiera hacer después, dada su enorme curiosidad. Gruñó para sus adentros, recordando lo que le había dicho Ethel.

—Esto podría ser peligroso —le advirtió.

Charity arqueó una ceja.

—Soy periodista. Y los periodistas nunca renuncian a una historia sólo porque sea peligrosa. Es como si tú te echaras atrás en tu trabajo por el mismo motivo.

No pudo menos que darle la razón.

—De acuerdo. Bueno, ¿cómo están tus hermanas? —le preguntó, consciente de que no iba a convencerla. Cuanto más lo intentara, más lejos estaría de conseguirlo.

—¿Por qué me preguntas ahora por mis hermanas? —inquirió con recelo—. ¿Es que también ha desaparecido alguna?

—No, yo sólo... —deseó haberse callado—. Era simple curiosidad. Vi a Hope hace poco, eso es todo.

Charity seguía mirándolo como si hubiera sacado el tema de su familia precisamente para recordarle por qué los dos eran tan distintos e... incompatibles. Su familia de locos. Por no hablar de la de Mitch. Y eso cuando lo único que había querido él era cambiar de tema. Nada más.

—Hope me dijo que había roto con su novio —dijo Mitch.

Charity hizo una mueca.

—Me alegro. Se merece algo mejor.

—¿Entonces la has visto? —le preguntó, sorprendido. Tenía la impresión de que Charity intentaba mantenerse lo más alejada posible de su familia. Casi como si quisiera cambiarse el ADN.

—Hope se presentó en mi casa una noche de la semana pasada con una botella de vino y una pizza del Duck-In. Nos achispamos un poco y nos reímos un montón —sonrió al recordarlo.

Mitch pensó que le habría gustado verlo. Se imaginó los sensuales labios de Charity rojos de vino. Maldijo en silencio. ¡Cuánto echaba de menos sus besos!

—Ese novio suyo era un auténtico canalla —le explicó ella mientras se llevaba un pedazo de pastel de merengue de limón a los labios. Una vez más cerró los ojos para disfrutar del sabor.

Mitch maldijo para sus adentros, intentando no recordar los momentos en que él mismo, y no el pastel, había puesto en su rostro una expresión de placer semejante...

—¿Por qué? ¿Qué es lo que hizo? —preguntó él.

—Aprovechase de ella.



—¿En qué sentido?

Mitch se estaba temiendo lo peor. Charity lo miró fijamente, con una expresión maliciosa en los ojos.

—La quería... pero no lo suficiente para casarse con ella.

—Hablando de novios... —intentó nuevamente un cambio de tema—. ¿Sabes si Nina se estaba viendo con alguien?

Negó con la cabeza. Pero Mitch sabía que su cerebro estaba trabajando a toda velocidad. Y Charity era asombrosa a la hora de reunir información para una historia.

—Si te enteras de algo más relacionado con Nina y su desaparición...

—Tengo tu número —contestó Charity sonriendo.

Miró su reloj, y luego a ella. Era hora de irse. Pero vaciló. Aquella estúpida piedra en forma de corazón no dejaba de inquietarlo, así como la historia de Charity sobre la camioneta negra y el hombre que la había derribado en la puerta de la oficina de correos.

Mitch temía que aquel hombre estuviera relacionado de algún modo con la desaparición de Nina. Si realmente Nina había desaparecido. Aún conservaba la esperanza de que apareciera a lo largo de ese día.

—Y lo mismo si vuelves a ver esa camioneta negra o recibes más regalos —no podía evitar preocuparse por Charity. Sobre todo cuando había estado haciendo preguntas acerca de Nina el mismo día de su desaparición. Sin embargo, ¿qué podía hacer al respecto? ¿Encerrarla en su casa bajo llave? ¿Vigilarla constantemente?—. ¿Vas a volver a la oficina?

—Sí.

—¿Irá Blaine a ayudarte a componer el periódico esta noche?

Charity sonrió al percibir su preocupación. Parecía saborearla con tanta delicia como el pastel de merengue de limón.

—No estaré sola, si es eso lo que te preocupa.

Quiso negarlo, pero al final no dijo nada. Se puso su sombrero.

—Lo de la comida ha sido una buena idea.

—La comida siempre es una buena idea —sonrió mientras Mitch se levantaba del asiento.

Tenía una sonrisa letal. Durante unos segundos se quedó de pie, mirándola, tentado. Tentado de pedirle que lo acompañara al baile del centro comunal, que se celebraría a la semana siguiente. Tentado de muchas cosas...

Entonces ocurrió algo extraño: oyó campanas de boda. O al menos eso fue lo que le parecieron a él. Sólo era la vieja campana de la iglesia anunciando el fin de las clases del colegio. Pero el efecto fue el mismo. Una ducha de agua fría.

—Hasta luego —se despidió, reprimiendo las ganas de echar a correr.

Suspirando, Charity se esforzó por tranquilizarse. Se le había acelerado el pulso. Aquel hombre no tenía ni la menor idea del efecto que le producía. Afortunadamente.

—¿Qué tal ha ido? —inquirió Betty, sentándose en el banco del que se había levantado Mitch. No le estaba preguntando precisamente por la comida.

Charity no pudo evitar sonreír.

—Creo que está a punto de caer.

Betty se echó a reír, sacudiendo la cabeza.

—Yo me habría rendido hace años.

—Yo no puedo.

—Diablos, niña, hay docenas de hombres que se arrastrarían a tus pies a la menor oportunidad... —le lanzó una mirada compasiva—. Hay tipos que, simplemente, no están hechos para el matrimonio, cariño. Mitch cree que tiene... el género estropeado debido a su familia. Ya lo sabes. Le aterra el matrimonio. Y contigo quizá aún más.

Charity asintió. Sabía perfectamente lo que pensaba Mitch al respecto.

—Entonces me convertiré en una vieja solterona.

Betty soltó una carcajada incrédula antes de levantarse para atender a un grupo de forasteros que acababa de entrar. Mientras sacudían sus impermeables, preguntaron por dos cosas: el plato especial de la casa y el lugar exacto donde Frank, el repartidor del pan, había visto al Bigfoot.

Charity se quedó sentada, muy quieta, reflexionando seriamente sobre la idea de convertirse en una vieja solterona. No la atraía demasiado. Pero si ocurría, toda la culpa sería de Mitch. Algún consuelo tendría que tener...

Cuando se disponía a marcharse, volvió a ver la camioneta negra. Pasó delante de la cafetería lentamente, acelerando de pronto como si el conductor se hubiera sabido descubierto.

Corrió hacia su coche, que había aparcado delante del periódico. Le temblaban las manos cuando agarró el volante. Arrancó de inmediato.

Al ver que la camioneta negra giraba al final de Main Street, hacia Mili Creek Road, partió a toda velocidad tras ella. Mientras aceleraba sacó el móvil del bolso y marcó el número de la oficina del *sheriff*. Le respondió Sissy, la secretaria.

—¿Dónde está Mitch?

Sissy soltó su característico suspiro de «vaya, otra vez tú».

—Fuera, en el patrulla.

Charity dobló la esquina del Spit Curl. La camioneta ya había salido del pueblo y estaba enfilando la estrecha carretera que llevaba a Dennison Ducks.

—Dígale a Mitch que he localizado la camioneta. Sí, él lo entenderá... Y que ahora mismo voy tras ella. Nos dirigimos al este, hacia la fábrica. ¡Que se dé prisa!

Fue entonces cuando vio el segundo regalo. Estaba clavado al asiento por una larga y afilada espina del tallo. Una rosa roja.

—¿En qué diablos está pensando esa mujer? —exclamó Mitch cuando, minutos

después, llamó a la oficina por la radio del coche patrulla.

—Estamos hablando de Charity, ¿no? —replicó Sissy.

Mitch maldijo entre dientes mientras daba un giro de ciento ochenta grados. Se había pasado por la oficina postal para hablar con Sarah Bridges. No había podido ver bien a la persona que había derribado a Charity en la puerta. De hecho, ni siquiera estaba segura de que fuera un hombre. Sólo alguien que llevaba un gran impermeable oscuro con capucha.

Después de eso se había dedicado a recorrer el pueblo, con la remota esperanza de encontrarse con el viejo coche de Nina. Wade ignoraba su número de matrícula. Solamente le había dado una descripción del vehículo.

Pero Mitch no había visto el coche. Ni la camioneta negra. Ni a nadie con un impermeable oscuro y aspecto sospechoso. Había, sin embargo, contado las razones por las que debería permanecer alejado de Charity Jenkins. Eran muchas. La primera era la falta de sentido común de aquella mujer y, peor todavía, que se lo robara también a él. Cuando estaba a su lado, era como si lo drogase; el deseo que sentía por ella era una especie de veneno.

Se dirigió hacia Dermison a toda velocidad, intentando calcular la distancia a la que se encontraría Charity. Sabía que si Charity alcanzaba a la camioneta una vez pasada la fábrica, podría tener problemas. La zona estaba aislada y la carretera era una simple pista forestal, muy estrecha, que casi nadie utilizaba. Además, la vegetación era tan espesa que cualquiera podría perderse fácilmente. ¿Acaso no era consciente del peligro que entrañaba perseguir a alguien que, al parecer, la había estado vigilando?

Justo antes de llegar a Dermison Ducks, la llamó al móvil. O estaba fuera de cobertura o lo había desconectado. Estupendo.

Sissy le había dicho que se había enterado de que Charity había abordado a Liam Sawyer en la calle, de manera poco ortodoxa. La esposa de Liam había llamado para protestar. Quizá Charity estuviera persiguiendo en aquel momento al propio Liam.

Pero no. Estaba en problemas. Podía sentirlo.

En el aparcamiento de Dermison Ducks no había ningún vehículo. Ni la camioneta negra ni el Volkswagen amarillo de Charity. Maldijo entre dientes y siguió adelante, acelerando todo lo posible. Sintió una punzada de culpa. De eso no tenían la culpa sus genes. Realmente no se había creído su historia, y ella lo sabía. Pero era Charity quien iba a pagar las consecuencias de su incredulidad...

Dobló una curva y frenó bruscamente. El Volkswagen estaba detenido en medio de la carretera, con la puerta del conductor abierta y la luz interior encendida. Pero estaba vacío.

¿Dónde diablos estaba Charity?

## Capítulo 7

Charity se internó en la espesura, ladera abajo, sujetando bien su cámara contra el pecho, convencida de que había perdido el juicio.

Demasiado tarde se había dado cuenta de que, muy probablemente, el conductor de aquella camioneta negra le estaba tendiendo una trampa. Había dejado la rosa roja en su coche. ¿Se habría dejado ver también a propósito con la esperanza de que saliera tras él?

Todo indicaba que sí. Había tomado una carretera poco o nada transitada. La estaba atrayendo a una zona salvaje, desierta, a pesar de que habría podido escaparse fácilmente, ya que la camioneta era mucho más potente que su vehículo.

Al mismo tiempo, sin embargo, Charity ansiaba con verdadera desesperación descubrir quién era... y demostrarle a Mitch que el hombre de la camioneta negra existía.

Fue entonces cuando se le ocurrió aquella disparatada idea. Cuando la camioneta desapareció detrás de una curva, pisó el freno, sacó su cámara, salió del coche y se internó en el bosque. El plan era sencillo. Interceptaría la camioneta a pie. El vehículo no tardaría en dar otra curva y, siguiendo la pendiente, pasaría justamente debajo del lugar donde ella había dejado el coche.

Lo único que tenía que hacer era atravesar aquel tramo de espesura, procurando no caerse rodando, y llegar a la carretera antes que la camioneta. Una vez allí se escondería y sacaría una foto del vehículo, así como de su conductor.

Estaba decidida a conseguir esa fotografía para mostrársela a Mitch... o morir en el intento. Al principio la idea le había parecido buena, inspirada. Pero en aquel momento, mientras intentaba proteger la cámara y de paso salvar la vida, bajando a trompicones en medio de la vegetación empapada, estaba dispuesta a admitir que no era en absoluto un plan brillante.

—¡Ay! —gritó cuando, demasiado tarde, vio una inmensa telaraña y la atravesó. Intentó quitársela frenéticamente mientras continuaba descendiendo entre arbustos y heléchos, pendiente abajo, sin poder detenerse.

A lo lejos, creyó oír el motor de la camioneta. Muy pronto pasaría justamente debajo de ella. Aún no podía ver la carretera, pero sabía que estaba muy cerca.

Sólo esperaba que pudiera detenerse en el último momento, para que el vehículo no la arrollara. Por desgracia, todo indicaba que iba a llegar a la carretera al mismo tiempo que la camioneta.

¿Cómo había podido parecerle tan brillante su plan? Estaba a punto de descubrir

las intenciones del conductor, pero de la peor manera posible. Eso si no se rompía el cuello antes de llegar, o si la camioneta no la atrepellaba...

Fue entonces cuando lo oyó. Algo abriéndose paso entre los árboles y el follaje justo debajo de ella, en la ladera. Algo grande. Vislumbró una especie de pelaje castaño. Contuvo el aliento mientras se agarraba a unas ramas, intentando frenar su descenso. ¡Estaba a punto de darse de bruces con un oso!

Por desgracia, llevaba demasiada velocidad para poder detenerse...

De pronto salió de la espesura, en medio de una lluvia de agujas de pino, ramas de helécho y hojas secas, y se vio en medio de la carretera. Estaba intentando levantarse penosamente cuando oyó el motor de la camioneta, acercándose cada vez más.

En aquel instante, algo grande y oscuro saltó a la carretera justo delante del vehículo. Inconscientemente, Charity alzó la cámara y disparó. Con el corazón acelerado, escuchó el ensordecedor chirrido de los neumáticos al frenar. Entre ella y el morro de la camioneta había algo grande, oscuro y peludo.

El vehículo negro se vio obligado a aparcar en la cuneta, en medio del barro, hasta detenerse muy cerca de donde se hallaba Charity.

Reaccionando en el último segundo, se lanzó nuevamente a la espesura, ladera abajo, perdiéndose entre el follaje. Cuando al fin se detuvo, se quedó muy quieta. Encima de ella oyó el portazo de la camioneta y el sonido de unos pasos chapoteando en el barro. Podía escuchar también el rumor de una respiración profunda, pesada. Una rama se rompió a un par de metros de ella, y comprendió que el conductor estaba muy cerca, contemplando fijamente el lugar donde permanecía escondida entre los heléchos.

Mitch bajó del coche patrulla pistola en mano y corrió hacia el Volkswagen de Charity. Sin ninguna duda, estaba vacío. Y las llaves seguían en el encendido.

Al parecer, Charity no había tenido tiempo de agarrar su bolso. Estaba en el asiento contiguo. El corazón se le subió a la garganta cuando vio la rosa roja.

—Oh, Dios mío... ¿Charity? —se le quebró la voz—. ¡Charity!

Un cuervo le respondió desde la copa de un árbol. La lluvia se filtraba por aquel dosel de verdor, empapando el suelo. Por encima del repiqueteo de las gotas, alcanzó a oír algo parecido al portazo de un coche, seguido del rumor de un motor, montaña abajo. Maldijo entre dientes.

—¡Charity!

Subió a toda prisa al Volkswagen, encendió el motor y lo apartó de la carretera. Luego volvió al coche patrulla y aceleró a fondo. Nada más doblar la siguiente curva, la vio. Una pequeña figura empapada, con un impermeable lleno de barro, avanzaba trabajosamente hacia él. Caminaba encogida, como si se estuviera agarrando el pecho.

Frenó bruscamente, bajó del coche y echó a correr hacia ella. Mientras se acercaba,

vio que tenía el pelo lleno de hojas y ramitas, el impermeable rasgado y el rostro lleno de arañazos. Se moría de ganas de estrecharla en sus brazos.

—¿Estás bien? —apenas había terminado de pronunciar las palabras cuando vio lo que estaba apretando contra el pecho. Su cámara fotográfica.

Alzando la cámara, Charity consiguió esbozar una sonrisa.

—Tengo una foto de la camioneta negra.

Se detuvo a poca distancia de ella, para no alzarla en volandas y abrazarla de puro terror.

—¿Que tú qué?

—Tengo una foto de la camioneta que me ha estado siguiendo. Tuve que bajar por la ladera, pero la conseguí —pronunció, triunfante.

—¿Es que has perdido completamente el juicio?

—¿Qué esperabas que hiciera?

—Contigo, Charity, uno nunca sabe qué esperar —meneó la cabeza. La podían haber matado. Bajar por aquella montaña ya era de por sí suficientemente peligroso, por no hablar de exponerse a fotografiar al tipo que la había estado siguiendo.

—Cuando gritaste mi nombre, lo ahuyentaste —le confesó ella—. Justo a tiempo —se estremeció, desviando la mirada—. Gracias.

Mitch aspiró profundamente varias veces y contó hasta diez. Intentó decirse que estaba bien, a salvo, y que eso era lo único importante.

—Podías haberte matado —estalló al fin, entre furioso y asustado—. Ha sido una maniobra estúpida.

—Pero tengo la foto —echó a andar y pasó de largo frente a él, con la cabeza bien alta.

En sus ojos había un brillo sospechoso, que no era solamente de desafío. Ella también estaba asustada. Era una lástima que no hubiera aprendido de aquel tipo de experiencias.

—Charity... —le dijo, caminando detrás. ¿Por qué tenía que ser tan... tan ella misma? Pero, cuando pensaba sobre ello, no se la podía imaginar de ninguna otra manera. Ese pensamiento lo sorprendió, dada su opinión sobre el matrimonio y sobre la simple posibilidad de llegar a mezclar sus genes—. Charity, perdona por...

—¿Por no haberme creído? —le espetó.

—Cuando hace un momento estuve buscando el coche de Nina, también estuve pendiente de la camioneta negra. Si al menos me hubieses dado una oportunidad...

—Sigues sin creer que esa camioneta me ha estado siguiendo, ¿verdad? —pronunció, deteniéndose en seco—. Pues me ha dejado otro regalo. Una rosa. La encontré clavada en el asiento de mi coche cuando me marché de la cafetería.

—Lo sé. La he visto —alguien la había dejado en su coche mientras ellos comían tranquilamente en el café de Betty. Le aterraba que el tipo se hubiera atrevido a tanto.

—No crees que era el hombre de la camioneta negra, ¿verdad? —sacudió la

cabeza, disgustada—. Bueno, pues tan pronto como revele este carrete de fotos, lo verás por ti mismo.

—¿Tienes una foto del conductor?

Distinguió un brillo de incertidumbre en sus ojos.

—Ya lo verás —replicó, y continuó caminando por la carretera.

Mitch se quitó el sombrero, pasándose una mano por el pelo.

—Sube —le gritó a su espalda—. Yo te llevo.

Se volvió el tiempo suficiente para lanzarle una mirada asesina. Mitch la sabía capaz de calarse hasta los huesos mientras llegaba hasta su coche, sólo para demostrarle que no lo necesitaba.

—Charity, vamos. Déjame que te lleve.

Para su sorpresa, se detuvo en seco a la altura del coche patrulla y subió al asiento del pasajero, aunque a regañadientes.

Mitch se sentó al volante, dio media vuelta y condujo de regreso a donde había dejado aparcado su Volkswagen, pensando todo el tiempo en algo que decir. Aún seguía furioso con ella. Y ella con él.

Nada más aminorar la velocidad, Charity abrió la puerta y se bajó.

—Avísame cuando tengas reveladas las fotos —le dijo Mitch desde el coche patrulla.

Charity no contestó. Ni siquiera se volvió.

Mitch esperó a que arrancara y luego la siguió hasta la oficina del periódico. Las persianas estaban alzadas y la luz encendida, de modo que se podía ver a su ayudante, el estudiante de secundaria Blaine Bridges, trabajando dentro.

Charity aparcó en la entrada y entró en el local con su cámara al cuello. En ningún momento se dignó mirar a Mitch.

Sólo entonces regresó Mitch a la oficina. No pensaba decírselo a Charity, pero una foto de aquella camioneta no demostraría que el conductor la había estado siguiendo. Ni que le había dejado los regalos. La fotografía por la que había arriesgado la vida no valía nada.

Pero sí que podría aportarle a Mitch algún dato fundamental: una cara, un número de matrícula, un nombre. Y quizá también un móvil de acción, si realmente aquella camioneta la había estado siguiendo. Bajó del coche patrulla y se encaminó al Ayuntamiento, donde la oficina del *sheriff* ocupaba la mitad del edificio.

De repente un pensamiento lo sobresaltó. ¿Por qué había estado tan segura Charity de que aquella camioneta la había estado siguiendo? ¿Lo pensaría por alguna razón de la que no le había hablado? ¿Se habría enredado en algún peligro del que no era consciente? Era bastante probable...

Lo que le preocupaba era la posibilidad de que todo aquello tuviera que ver con la desaparición de Nina y con las preguntas que había estado haciendo Charity sobre ella. Y luego estaba aquella maldita cucharilla que había encontrado en el bungalow de

Nina. Si Nina había planeado hacer público su caso en el pueblo, utilizar a Charity y a su periódico habría sido la mejor forma de hacerlo.

—¿Y bien? —inquirió Sissy cuando lo vio entrar. «¿Qué es lo que ha hecho Charity ahora?», era la pregunta que podía leerse en su cara.

—¿Conoces a alguien que conduzca una camioneta negra con los cristales tintados?

—En Timber Falls, no.

Mitch asintió con la cabeza y pasó a su despacho.

—Ha llamado Wade Dennison. Quiere hablar contigo —Sissy se levantó para seguirlo—. Le dije que lo llamarías tan pronto como...

Se quedó con la palabra en la boca, porque en ese momento Mitch cerró la puerta de su despacho. Maldijo a Charity una vez más. No quería admitir lo mucho que le preocupaba, o le aterraba, su seguridad. Colgó su impermeable y se sentó ante la mesa, todavía estremecido.

Apoyó los codos en el escritorio y se pasó las manos por la cara. Quizá, después de todo, no se hubiera tomado a Charity lo suficientemente en serio. Excepto su decisión de llevarlo ante el altar. De eso no había dudado nunca.

De repente sonó el timbre del intercomunicador. Pulsó el botón, pensando que Charity no había podido tener tiempo para revelar el carrete de fotos.

—Wade Dennison por la línea uno. Le dije que estabas volviendo hacia aquí cuando llamó. Me debes una...

«Hay demasiadas mujeres en mi vida», reflexionó Mitch mientras aceptaba la llamada.

—Hola, Wade.

—¿Qué es lo que ha averiguado?

«Lo suficiente para ganarme un buen dolor de cabeza», respondió para sus adentros.

—He estado buscando a Nina, preguntando a todo el mundo, rastreando su coche. Y hasta el momento —detestaba tener que admitirlo—, no he descubierto gran cosa.

—¡No puede haberse desvanecido en el aire! —exclamó Wade, soltando un suspiro de irritación.

—Este tipo de investigaciones lleva tiempo.

—Cada hora que pasa es una hora perdida.

—Lo sé, pero en las grandes ciudades, la policía ni siquiera comienza una búsqueda hasta pasadas cuarenta y ocho horas de la supuesta desaparición.

—Esto no es una gran ciudad —replicó Wade.

—No, claro, y por eso ya he empezado a buscarla y aún sigo haciéndolo. Wade, tengo una llamada por la otra línea. Ya lo llamaré yo.

Mitch cortó la comunicación, sacudiendo la cabeza. Wade parecía aún mucho más preocupado que antes. ¿Qué tipo de relación habría estado manteniendo con la mujer



que se había hecho llamar Nina Monroe?

Tracy Shank, la trabajadora de Dennison, sospechaba que Nina había estado presionando a Wade, o influyendo sobre él. ¿Chantajista? Pero la gente que sufría chantaje rara vez se preocupaba tanto cuando su chantajista desaparecía del mapa. ¿Era posible que jefe y empleada hubieran estado manteniendo una aventura?

Esa posibilidad seguía sin convencerlo. Tal vez Wade hubiera descubierto las mentiras de Nina... Pero entonces no habría acudido a Mitch fingiendo no saber nada sobre ella.

Volvió a pensar en la maldita cucharilla. Si Nina Monroe era realmente Ángela Dennison, eso podría explicar muchas cosas. Como el propio comportamiento de Wade, por ejemplo. Pero no entendía por qué Wade habría querido guardar el secreto. Lo razonable habría sido desvelarlo... A no ser que tuviera alguna razón para no desear que se supiera que Ángela había sido encontrada.

Le dolía la cabeza de tanto pensar. Acababa de tomarse una aspirina cuando Sissy abrió la puerta del despacho.

—Me voy —anunció—. Son más de las cinco.

Mitch miró su reloj, sorprendido de lo rápido que había pasado el día. Había confiado en encontrar a Nina antes de que terminara la jornada. Todavía disponía hasta las doce, pero la caída de la noche no haría sino entorpecer la búsqueda.

—Hasta mañana —le dijo a Sissy.

La mujer se quedó en el umbral, observándolo.

—¿Te encuentras bien?

—¿Por qué?

—¿Ni siquiera se te ocurre algo ingenioso que decirme antes de que me marche? —parecía decepcionada.

—He gastado todas mis frases con Charity.

Sissy se echó a reír.

—Buenas noches, jefe.

Charity no podía esperar para ver las fotos. Así que se dirigió directamente al cuarto oscuro.

—¿Quieres algo de Betty? —le había preguntado Blaine—. Voy a por algo de cenar.

—No, gracias. He comido tarde —ni siquiera la comida podía distraerla—. Tómame tu tiempo. No te necesitaré de momento.

—Cuando vuelva, colocaré los libros en los estantes.

Había un enorme montón de libros en el suelo, al lado de la habitación que usaban como almacén. Blaine había insistido en clasificarlos por orden alfabético de autor. Era un maniático del orden, no podía evitarlo.

Cuando Blaine se marchó, Charity pasó al cuarto oscuro, corrió la cortina y sacó su

cámara. Estaba calada hasta los huesos y le castañeteaban los dientes. Las manos le temblaban tanto que fue incapaz de sacar el carrete. En la oficina guardaba una vieja sudadera y unos vaqueros para el trabajo sucio. Se desnudó y se cambió de ropa, calzándose unas zapatillas rojas, sus favoritas. Sólo entonces, una vez que entró en calor, pudo retirar el carrete y empezar a revelarlo.

La mayor parte de los periódicos se habían pasado a la fotografía digital, pero a ella le gustaba el proceso clásico de revelado. Lo encontraba singularmente satisfactorio. Aunque en aquel momento le habría encantado poder ver directamente las fotos en el ordenador.

Sacó los negativos y los puso a secar. Tenía una foto muy clara del morro de la camioneta negra. A un lado se distinguía una sombra borrosa, la del animal que se había interpuesto entre el vehículo y ella... Al parecer se trataba de un oso. No del Bigfoot.

La camioneta, sin embargo, se distinguía perfectamente. De hecho, hasta se podían leer los cuatro últimos números de la matrícula: 4AKS. Estaba ansiosa por que los negativos se secaran para poder ampliar la imagen.

Tras un primer vistazo, vio que en aquel carrete estaban todas las imágenes que necesitaba para el número de aquella semana. La foto de Frank, el repartidor del pan, posando en la carretera donde había visto al Bigfoot, parecía la más adecuada para la portada.

Estaba pensando en ello cuando oyó un ruido al otro lado de la puerta. Se volvió, frunciendo el ceño.

—¿Te has olvidado de algo? —preguntó, suponiendo que se trataba de Blaine. Al salir se había asegurado de cerrar bien, y él era el único que tenía llave.

No hubo respuesta. Debía de haberse marchado de nuevo.

Pero de repente escuchó otro ruido, como si alguien hubiera chocado contra una de las mesas. ¿Qué estaría haciendo?

Otro golpe, esa vez más cerca del cuarto oscuro. Se quedó helada cuando vio moverse el pomo de la puerta.

La puerta se abrió. Y Charity supo, antes incluso de ver aquel rostro distorsionado por la media de nailon, que no se trataba de Blaine.

Mitch miró su reloj, sorprendido de que Charity no lo hubiese llamado todavía. Por fuerza tenía que haber revelado ya el carrete de fotos. Pensó que tal vez no había conseguido una buena imagen de la camioneta, después de todo. No podía imaginar otra razón para que aún no se hubiese puesto en contacto con él.

Se levantó de su escritorio. Tenía hambre, lo que significaba que Charity debía de estar al borde de la inanición. Quizá podría disculparse con ella invitándola a cenar algo en la cafetería de Betty. Descolgó su impermeable y salió de la oficina. La lluvia

había cesado. De momento. La niebla se extendía por el pueblo, densa como un mal augurio.

Mientras se dirigía hacia el periódico, no consiguió sacudirse una extraña inquietud. Charity trabajaba hasta muy tarde, lo habitual en un negocio como el suyo, pero no le gustaba nada que pasara tanto tiempo sola... ¿Por qué no se buscaba un trabajo normal, como todo el mundo? Pero, por mucho que lo intentaba, no se la imaginaba haciendo otra cosa.

Las persianas estaban echadas, y a través de las rendijas se distinguía una luz débil, como de emergencia. Aparte de la que proyectaba la bombilla roja del cuarto oscuro del revelado. No podía ver ni a Charity ni a Blaine. ¿Estaría aún Charity en el cuarto oscuro, o se habría ido quizá a cenar? Esa última posibilidad le extrañaba y preocupaba a la vez. Charity había tenido tantas ganas de revelar las fotos... No podía haberse marchado. Eso significaba que en aquel momento debía de estar tratándolas, sacando ampliaciones... Jugando a los detectives, en suma. Algo muy propio de ella.

Probó a abrir la puerta principal. Estaba cerrada. Llamó una vez, esperó y luego volvió a llamar. Nadie respondió. Inquieto, decidió rodear la casa.

Cuando se acercaba a la puerta trasera, vio que estaba entreabierta, y por ella se filtraba algo de luz. Tal vez Charity la había dejado así por alguna razón. Pero se llevó una sorpresa al descubrir que la cerradura había sido forzada.

Con el corazón en la garganta, sacó su arma y terminó de abrir la puerta con el pie. La única luz procedía del cuarto de baño. Estaba vacío, al igual que el resto de la oficina. Se dirigió al cuarto de revelado. Nada más abrir la puerta, vislumbró algo rojo en el suelo.

La sangre se le agolpaba en las sienes, resonando en sus oídos. La habitación se hallaba desierta. Una de las zapatillas rojas de Charity estaba en el suelo, con los cordones blancos todavía atados.

## Capítulo 8

Charity. El estómago se le encogió de miedo cuando vio el montón de ropa húmeda en una esquina del cuarto, al lado de las botas que llevaba puestas cuando se dedicó a perseguir a la camioneta negra.

Había botes de carretes vacíos por el suelo, y la cámara estaba encima del mostrador, abierta. Pero no había negativos puestos a secar. Ni fotos positivadas pinchadas en el tablón de corcho. Se volvió luego hacia la pequeña oficina, barriéndola con la mirada. La zona de diseño, la mesa iluminada, las otras tres mesas, la fotocopidora en la esquina...

Hasta que lo vio. La correspondencia volcada sobre una de las mesas. Algunas cartas habían caído al suelo, como si alguien las hubiera estado registrando precipitadamente. En realidad, los tres escritorios estaban hechos un desastre. Con los cajones abiertos, obviamente registrados. Como el apartamento de Nina. El intruso había estado buscando algo muy concreto.

¿Pero dónde estaba Charity? Tenía que haber estado en el cuarto oscuro, trabajando. No habría oído entrar a nadie por la puerta trasera... hasta que fue demasiado tarde.

Mitch sintió náuseas. ¿Era posible que el intruso la hubiera secuestrado? Era un pensamiento aterrador. Se quedó inmóvil, aguzando los oídos. Creía haber oído algo.

Lo oyó de nuevo. Un gemido ahogado. Parecía provenir del montón de libros que había apilados en una esquina. Era como si alguien hubiera estado vaciando la estantería para limpiarla, dejando interrumpida la tarea.

Al otro lado de los libros había una puerta. La del almacén.

Se acercó sigilosamente, consciente de que el intruso podía seguir allí, amenazando a Charity. Se detuvo ante la puerta, escuchando. Otro gemido ahogado. Probó a girar lentamente el picaporte. La puerta estaba cerrada.

Miró a su alrededor, buscando algo con que forzarla. En uno de los escritorios había un gran pisapapeles de piedra. Alzándolo con una mano, empuñando la pistola con la otra, lo descargó contra la cerradura.

El pomo cayó al suelo, destrozado. Y Mitch abrió de golpe la puerta, esgrimiendo su arma.

Estaba muy oscuro. Pudo distinguir varias cajas de papel amontonadas. El espacio era tan pequeño que no cabían ni dos personas. Al principio no la vio. Charity estaba encogida entre dos cajas, amordazada con cinta aislante.

Parpadeó, cegada por la luz. Mitch distinguió un brillo de alivio en sus ojos

castaños... Un alivio que no fue nada comparado con el suyo. Se apresuró a quitarle la cinta de la boca.

Charity soltó un grito, más de temor e impotencia que de verdadero dolor.

—¿Estás bien? —le preguntó mientras apartaba las cajas para sacarla de allí. La puso de pie. También tenía las manos atadas a la espalda, con cinta, al igual que los tobillos. No parecía estar herida.

Cortó las ligaduras con su navaja de bolsillo. Charity movió enérgicamente las manos y los pies para acelerar la circulación de la sangre. Estaba temblando.

—¿Charity? —le preguntó, preocupado, dado que todavía no había abierto la boca. Había esperado que se pondría a hablar atropelladamente, sin parar. Por primera vez, le aterraba que no lo hiciera.

Alzándole la barbilla, la miró a los ojos. Estaban llenos de lágrimas. Seguía temblando de manera incontrolable y le castañeteaban los dientes. Jamás la había visto tan asustada. Ni siquiera antes, cuando se lanzó montaña abajo persiguiendo a la camioneta negra. La estrechó con fuerza en sus brazos.

—Tranquila —susurró contra su pelo—. Estás a salvo.

Charity asintió y aspiró profundamente varias veces antes de apartarse para mirarlo. Parecía como si estuviera a punto de decir algo. Un par de lágrimas resbalaron por sus mejillas.

En aquel preciso instante, besarla le pareció lo más natural del mundo, tanto como respirar. Le acunó el rostro entre las manos. Podía sentir el pulso acelerado de Charity bajo sus yemas. Inclino la cabeza y la besó en los labios, deseoso de borrar el miedo y el dolor que había sentido. Ansiando asegurarse, desesperadamente, de que se encontraba bien.

Su boca era puro néctar. Charity entreabrió los labios, ofreciéndose como una flor. Atayéndola aún más hacia sí, profundizó el beso. El pulso le tronaba en los oídos.

Al principio la sintió pequeña y frágil en sus brazos, pero no tardó en ser agudamente consciente de sus maravillosas y deliciosas curvas... Y volvió a experimentar la química de costumbre, extraña y familiar a la vez, siempre sorprendente.

Charity le echó los brazos al cuello. Aquel beso fue como un poderoso elixir, tan adictivo como una droga. ¡Cuánto había echado de menos besarla, abrazarla de aquella manera! Era como si jamás pudiera cansarse, saciarse de ella. Jamás.

Estaba aturdido y mareado, y de repente se sintió caer. Como un peso muerto cayendo por un precipicio sin fondo, completamente fuera de control. Se apartó, interrumpiendo el beso. Siempre le ocurría lo mismo. Cada vez que se acercaba a ella, lo asaltaba aquella sensación de vértigo. Incluso cuando soñaba por las noches con ella se incorporaba sobresaltado, con el corazón latiendo a toda velocidad...

Lo mismo le estaba ocurriendo en aquel instante, cuando la apartó suavemente de sí, aclarándose la garganta. Pudo leer la decepción en su mirada seguida de cierta

diversión, como si pensara que estaba loco por luchar contra la química que siempre surgía entre ellos, segura de que jamás lograría resistirse. Una seguridad que lo aterraba más que cualquier otra cosa.

—Perdona. Sólo quería asegurarme de que estabas bien.

—Ya, claro —Charity se humedeció los labios con la lengua, como saboreando todavía el beso, y sonrió. Evidentemente, no se había creído su disculpa—. ¿Y estoy bien?

—Sí —Mitch dio un paso atrás.

Charity se preguntó si realmente creería que un solo paso de distancia iba a significar alguna diferencia. No había habido error posible con aquel beso. Había sido un beso tremendamente elocuente. Seguía temblando. Pero aquel temblor no tenía nada que ver con el susto que se había llevado.

Por la expresión de Mitch podía ver, sin embargo, que tenía miedo de que se llevara una idea equivocada con aquel beso. No quería que pensara que la deseaba tan desesperadamente como ella a él. O que, simplemente, era cuestión de tiempo que ambos terminaran ante el altar.

—No ha sido más que un beso —comentó con una expresión maliciosa que sugería precisamente todo lo contrario.

—Cierto.

—Ese canalla me ha robado los negativos —pronunció. La cabeza se le estaba empezando a aclarar, por fin. Se dirigió hacia el cuarto oscuro, pasando de largo delante de él.

Mientras la seguía, la oyó maldecir entre dientes.

—¿Lo viste?

—No. Llevaba una media de nailon en la cabeza. Pero conseguí darle una patada. Por el grito que soltó, obviamente era un hombre.

Mitch hizo una mueca. ¿Quién dijo que no tenía imaginación? Se lo imaginaba perfectamente, tanto que casi hasta le dolía a él.

—¿Pudiste ver algo en los negativos antes de que se los llevara?

—No. Pero estaba allí. La camioneta y quizá también el conductor.

—Debí haber vuelto aquí contigo, para revelar juntos la película...

—No puedes protegerme las veinticuatro horas del día. Yo no me podía imaginar que el tipo se atrevería a entrar aquí. Menos mal que Blaine estaba fuera...

—¿Dónde está Blaine?

Charity miró su reloj.

—A estas horas ya debería haber vuelto. Oh, Mitch, no pensarás que...

—¿Adónde fue?

—Al Café de Betty, a buscar algo de comer.

—Quédate aquí —le ordenó Mitch—. Cierra bien cuando me vaya y atranca la puerta trasera con una silla. Ahora vuelvo.

Charity asintió con la cabeza, terriblemente preocupada por Blaine.

Mitch fue fiel a su palabra. Minutos después estaba de regreso en la oficina.

—Está bien. Alguien saltó sobre él cuando se estaba acercando a la cafetería. Lo dejó amordazado con cinta, como a ti, en la calle. Lo envié a casa, con su madre.

—¿Seguro que se encuentra bien?

—Sí. Su ego ha salido un tanto lastimado, pero no ha sufrido ningún daño —Mitch alzó una mano—. Le dije que no te había pasado nada. El pobre no se explica lo sucedido.

Charity soltó un suspiro de alivio. No quería que el pobre Blaine se preocupara. Y tampoco que el pueblo entero se enterara de lo que acababa de pasar. Con lo aficionada a los chismes que era Sarah, la madre de Blaine...

—Vi algo en los negativos. La matrícula terminaba en 4AKS. Perdona, pero no conseguí leer ningún número más...

—Creo que eso, junto con la descripción de la camioneta, estrechará mucho las posibilidades —comentó Mitch—. ¿Crees que el intruso era el mismo tipo de la camioneta?

—¿Quién si no podría ser?

Ni siquiera estaba segura de que el conductor la hubiera visto tomar la foto. Seguro que había estado demasiado ocupado frenando y desviando la camioneta para no chocar contra la bestia peluda que había saltado a la carretera, probablemente un oso gris. Y ella había estado justo detrás del animal cuando sacó la foto.

El conductor la había visto, sin embargo. Se había detenido en la cuneta para buscarla en la espesura, hasta que oyó a Mitch gritando su nombre. Eso lo hizo huir.

—¿Estás segura de que cerraste la puerta trasera con llave? —le preguntó Mitch en aquel instante.

Charity asintió con la cabeza.

—¿Sabes? No me parece el trabajo de un profesional.

¿Se suponía que eso tenía que hacer que se sintiera mejor? Había capturado la imagen de la camioneta, probablemente también incluso la de su conductor. Una vez revelada y ampliada la foto, habría sido capaz de identificarlo. Y quizá, sólo quizá, habría tenido asimismo una instantánea del Bigfoot, o del oso gris, o lo que fuera. Más que miedo, lo que sentía en aquel momento era ira.

—¿Qué más había en aquel carrete?

—Las fotos que había tomado para el número de esta semana —le entraron ganas de llorar de rabia y de frustración. Tendría que repetir las fotos. Lo que significaría que el semanario saldría con retraso.

—Lo siento —pronunció Mitch, a su espalda.

Se volvió para mirarlo. Parecía sentirlo de verdad. Y resultaba obvio que no sabía qué decir. ¡Hombres! Aquel habría sido un momento inmejorable para besarla de nuevo en los labios y decirle que la amaba. Aunque se habría conformado con una

simple confesión de que le gustaba...

— Puedo tomar las huellas...

— Llevaba guantes.

Mitch asintió, incómodo. Cualquier esperanza de que se le declarara se estaba desvaneciendo por segundos. Junto con cualquier posibilidad de que volviera a besarla. Parecía un hombre desesperado por marcharse. Lo cual, por otra parte, no era nada nuevo.

— ¿Cuánto tiempo te llevará hacer un inventario de lo robado?

Charity contempló el desorden de la oficina.

— Mi último carrete de fotos, para empezar — sospechaba que era eso lo que había estado buscando. ¿Pero por qué se había dedicado a registrar la oficina de esa forma? ¿Acaso habría estado buscando algo más? ¿O simplemente había querido hacerle pensar justamente eso?

Mitch la estaba mirando, preocupado.

— No quiero que pases esta noche sola en casa.

Aquello era como música para sus oídos. Sonrió.

— ¿Qué es lo que sugieres?

Mitch empezó a marcar un número en su móvil.

— ¿Qué estás haciendo? — volvió a preguntar Charity. Aunque ya lo sospechaba.

— Llamar a tu tía Florie.

— ¡Ni se te ocurra! — intentó quitarle el móvil, pero él fue más rápido.

— Charity, me sentiría muchísimo mejor si esta noche la pasaras con tu tía...

— Quizá tú sí, pero yo no.

— Vamos, no será más que una noche. ¿Qué daño puede hacerte?

Charity soltó un gruñido. Ya se lo estaba imaginando.

— Tú vives al lado de mi casa. ¿Dónde podría estar más segura?

Mitch negó con la cabeza mientras seguía marcando un número.

— También puedo llamar a tu madre — añadió él.

Aquello sí que era una amenaza.

— ¡Lo que faltaba!

— O puedo encerrarte en una celda para protegerte. Sissy viene muy temprano. Su cara será lo primero que verás por la mañana. Y su voz, la primera que oirás nada más despertarte...

— No te atreverías — la única cara que quería ver por la mañana era la de Mitch. Pero esa posibilidad parecía bastante descabellada.

Quiso decirle que estaría perfectamente a salvo en su propia casa. El ladrón ya había conseguido lo que quería, así que, ¿para qué insistir? Pero después de lo que había hecho en su oficina, no las tenía todas consigo. ¿Sería la misma persona que la había derribado en la puerta de la oficina de correos, la había seguido y le había dejado dos regalos en un mismo día?



Pudo ver la expresión de férrea decisión que se dibujaba en los maravillosos ojos azules de Mitch. Estaba claro que no vacilaría en cumplir cualquiera de sus amenazas.

—¿Y qué pasa con mi gato? Tengo que volver a casa para darle de comer.

—¿Tienes un gato? —inquirió Mitch, sorprendido. Frunció el ceño—. ¿Por qué me resulta tan difícil imaginarte con un gato? ¿Cómo se llama?

—Winky.

—¿Winky?

—Winky detesta quedarse solo por las noches, y tu estarás al lado si por cualquier motivo te necesito. Estoy dispuesta incluso a gritar —recogió su bolso del suelo, volviendo a guardar su contenido. A primera vista, no echó en falta nada. Ni siquiera los doce dólares que llevaba en efectivo.

Mirándola con el ceño fruncido, Mitch terminó de hacer la llamada por el móvil.

—Florie —pronunció—. Charity necesita que te quedes con ella esta noche.

Charity cruzó los dedos, rezando para que Florie estuviera demasiado ocupada leyéndole el horóscopo a alguien.

—¡Estupendo! —exclamó Mitch con tono entusiasta.

Charity maldijo para sus adentros.

—Dile que no se traiga las cartas de tarot —le dijo. Pero era demasiado tarde. Mitch ya había colgado.

—Nos encontraremos con ella en tu casa dentro de cinco minutos. Añade esta a la lista de cosas que no me perdonarás jamás. Vete a casa. Yo te sigo.

—¿No confías en mí?

—Ni por un momento —replicó Mitch, señalándole la puerta—. Apagaré las luces y cerraré la puerta con llave. Te sugiero que instales mañana una buena cerradura y una luz de seguridad en la puerta trasera.

Aquel hombre era imposible. Y su falta de confianza la dejaba consternada. Pero le gustaba su compañía, no podía evitarlo.

La tía Florie llegó corriendo a su casa minutos después, con su túnica flotando al viento, cargada con una maleta y una gran cazuela.

—No tenías que haberte molestado... —le dijo Charity. Aquello iba a ser peor de lo que pensaba.

—No ha sido ninguna molestia. Yo siempre voy a donde me necesitan —entró en la cocina y dejó su carga sobre la mesa—. Vamos, cuéntamelo todo.

Mitch le informó de todo, a regañadientes.

—¡Oh, has debido de pasar mucho miedo! —exclamó—. Pero no te preocupes, ya estoy aquí. Ahora estarás a salvo conmigo.

—¿Dónde está tu gato? —le preguntó Mitch.

—Debe de estar escondido...

—¿Tienes un gato? —le preguntó Florie—. No sé por qué, pero no consigo imaginarte con un gato.

Era la segunda vez que Charity oía aquella frase. Mitch subió a la habitación de invitados la enorme maleta de Florie. Charity lo sorprendió buscando al gato, pero salió disparado en cuanto Florie lo amenazó con darle a probar uno de sus guisos de tofu.

—Ese tipo que entró en la oficina del periódico... —le dijo su tía cuando se quedaron a solas, mientras metía la cazuela en el microondas—. No me gustan las vibraciones que estoy percibiendo. Tendremos que consultar el tarot.

Charity maldijo para sus adentros. ¡Se había traído las condenadas cartas de tarot! Cuando era jovencita, le habían encantado las predicciones. Incluso su mejor amiga, Roz, solía pedirle que le echara las cartas. Las dos habían pasado muchas noches en vela riendo y haciendo cabalas sobre su futuro.

Pero ahora, cuando se acercaba peligrosamente a la treintena, habría preferido tener una tía mucho más convencional.

—Voy a tener que echarte las cartas pronto —le advirtió, estudiándola con los ojos entrecerrados—. Percibo problemas acumulándose en tu horizonte.

Charity se dijo que, para soltar una afirmación semejante, no se necesitaba ser adivina. Subió a darse una ducha caliente mientras su tía calentaba la comida y deshacía su maleta. La casa de dos pisos era pequeña, con un salón decorado con muebles antiguos que había vuelto a tapizar ella misma. También se había encargado de pintarla y de empapelar la cocina y el diminuto comedor. En el piso bajo había un pequeño aseo con un cuarto de lavado. La pequeña habitación contigua al salón la había convertido en un despacho. Los dormitorios estaban en el primer piso.

—¿Sabes? Tu aura está mejorando mucho —le comentó Florie cuando la vio salir del cuarto de baño, un rato después. Tenía la maleta abierta sobre la cama. Un camisón de franela, un bate de madera, velas y demás parafernalia esotérica, incluido un viejo mazo de cartas de tarot. Alzó el bate, sonriendo—. Ya te decía yo que ahora ibas a estar a salvo conmigo, cariño...

Lo que Florie carecía en estatura, lo compensaba sobradamente con su actitud.

—¿Lista para cenar? Debes de estar hambrienta.

Charity soltó un gruñido. Le habría encantado poder cenar con Mitch en el Café de Betty. Habría matado por una hamburguesa con patatas fritas y un pedazo de pastel.

—No pongas esa cara —le dijo Florie mientras empezaba a bajar las escaleras—. Las cartas nos dirán qué es lo que está pasando realmente en tu vida.

Esa era precisamente la razón por la que Charity odiaba tanto las cartas y las predicciones. No podía soportar pensar que su futuro estaba escrito de antemano en alguna parte, sobre todo cuando no podía leerlo de la manera que a ella le habría gustado.

—¿Dónde guardas la comida para gatos? —le gritó desde la cocina—. Voy a darle de comer.

—No tengo ningún gato.

—Pero Mitch dijo que...

—¿Qué sabrá Mitch? —maldiciendo entre dientes, Charity se puso un suéter y unos vaqueros—. Estoy perfectamente a salvo —rezongó en voz baja para que no la escuchara Florie—. O al menos lo habría estado sin mi tía. Si se me ocurre ir al baño en algún momento de esta noche, no me extrañaría que me golpearan con ese bate...

Intentó convencerse a sí misma de que el ladrón había conseguido lo que quería: los negativos. Pero seguía inquietándole el detalle de que se hubiera tomado su tiempo para registrar la oficina. ¿Qué era lo que había estado buscando? ¿Algo de valor para empeñar?

No, estaba segura de que no era eso. Había estado rebuscando en su correspondencia. Al igual que aquella misma mañana, cuando la derribó en la puerta de la oficina de correos.



## Capítulo 9

Mitch tecleó en el ordenador los cuatro últimos números de la matrícula de la camioneta negra y cruzó los dedos.

Minutos después tenía los resultados de su búsqueda. Una camioneta coincidente con la descripción de Charity, con una matrícula terminando con esos números, pertenecía a un tal Kyle L. Rogers, investigador privado de Portland.

Buscó en la guía el número de la agencia y lo marcó. Un contestador automático le informó de que el señor Rogers no regresaría a la oficina hasta la semana siguiente. Mitch no dejó ningún mensaje. ¿Un detective privado?

Cerró la oficina y se dirigió a casa de Charity. Fue a abrirla vestida con un pijama de franela amarillo y negro, con el dibujo de un pingüino estampado. Estaba recién duchada y llevaba el cabello recogido en una cola de caballo. Olía maravillosamente bien.

Se lanzó a sus brazos, eufórica.

Todo sucedió tan rápido que Mitch ni siquiera supo si fue él quien empezó el beso. Afortunadamente, pudo separarse con cierta rapidez. Charity lo miraba con expresión risueña, divertida.

—No abras a nadie sin preguntar antes quién es —la recriminó, irritado consigo mismo por haberla besado.

—Florie me avisó de que eras tú.

—¿Cómo lo hace? ¿Lo ve en su bola de cristal? —sabía por qué se sentía tan molesto, tan incómodo. Estaba aterrado. Aterrado de que Charity estuviera en peligro. Y de que se le estuviera metiendo de aquella manera debajo de la piel...

—Te vi aparcando el coche patrulla —gritó Florie desde el primer piso.

—Tengo algo importante que decirte —le dijo a Charity.

—Has encontrado la carta de Nina, ¿verdad? —exclamó, jubilosa—. ¿Ves como tenía razón? El tipo de la camioneta negra. Por eso me derribó en la puerta de la oficina de correos. Y por eso irrumpió en mi oficina...

Mitch negó con la cabeza.

—He revisado tu correspondencia, y no había ninguna carta de Nina.

Charity pareció decepcionada, pero sólo por un instante.

—Pero tienes noticias nuevas, ¿no? Has descubierto al propietario de la camioneta.

—Sí. He identificado a la camioneta que te ha estado siguiendo. Está registrada a nombre de un tal Kyle Rogers, investigador privado de Portland. ¿Lo conoces?

—No. ¿Debería?

—¿Sabes de alguna razón por la que alguien habría decidido investigarte?

—No. ¿Crees que alguien de aquí pudo haberlo contratado?

Mitch pensó en la teoría de Charity de que Nina pudo haber escrito algo para enviárselo a ella. ¿Sería eso lo que Rogers estaba buscando? ¿Existiría realmente esa carta? No sabía qué pensar.

—Quizá. O quizá vino aquí buscando al Bigfoot.

Después de lo que había averiguado, dudaba que aquel tal Rogers hubiera ido al pueblo con intención de hacerle daño a Charity. Y dudaba asimismo que hubiera sido él quien le había dejado los regalos. De todas formas, procuraría tenerla bien vigilada aquella noche. Se dispuso a marcharse.

—Si vuelves a ver la camioneta o me necesitas para cualquier cosa...

Charity asintió, sonriendo, mientras lo acompañaba hasta la puerta.

—Te agradezco la visita.

—¿Seguro que no te apetece un poco de comida vegetariana? —le preguntó Florie, bajando las escaleras.

—No, gracias —esbozó una mueca de asco que sólo Charity pudo ver.

Salió de la casa. Cuando se marchaba, vio que Florie salía al umbral para hacerle un gesto, señalando el bate que llevaba en la mano. Estupendo. Charity estaría segura aquella noche.

Mientras conducía por Main Street, pasando por delante de la oficina del *Timber Falls Courier*, intentó concentrarse en el caso que tenía entre manos.

Pero seguía pensando en cierto pijama de color amarillo y negro, con un pingüino estampado. Se humedeció los labios con la punta de la lengua. Todavía conservaba su sabor, la sensación de su boca contra la suya... ¿Qué clase de estúpido era para haberla besado? ¿Y no una, sino dos veces en el mismo día? Estaban en la estación de las lluvias. Aquella estación volvía loca a la gente.

Una vez más, se prometió guardar las distancias con ella. La distancia era lo único que podía salvarlo.

Cuando pasaba frente al bar Duck-In, vio el pequeño coche azul de Sheryl aparcado en la puerta. Antes, en la fábrica de reclamos, se había llevado la impresión de que deseaba hablar con él y contarle más cosas, pero que temía represalias de Wade.

Aparcó el coche patrulla, albergando aún la esperanza de encontrar a Nina antes de la medianoche. Nada más entrar en el bar, no se sorprendió al ver a Sheryl sentada ante la barra, sola en su rincón habitual, con la mirada clavada en su vaso de cerveza. Una canción country sonaba en la máquina de discos. El local estaba sumido en una penumbra de humo.

—Hola —lo saludó Hank Bridges, el camarero—. ¿Qué va a ser, *sheriff*?

Sheryl desvió la mirada de su cerveza y sonrió. Le brillaban los ojos por el alcohol.

—Una soda —respondió Mitch, y se sentó a su lado.

—Hacia siglos que no te veía por aquí —comentó ella, bebiendo un trago de cerveza.

Mitch miró a su alrededor, reparando en los parroquianos de costumbre. Y en algunas caras que no reconocía. Los forasteros eran escasos en aquella época del año. Excepto los que habían acudido en busca del Bigfoot.

Se volvió de nuevo hacia Sheryl, aliviado de no ver a su padre entre la clientela. En el espejo del fondo del bar, distinguió el reflejo de una pareja bailando. Ambos casados, pero no entre sí...

Esa era otra singularidad de la estación de las lluvias. Precipitaba las aventuras y en consecuencia, los divorcios, que solían tramitarse en primavera.

—Quería hablar contigo —le dijo Mitch a Sheryl. Bebió un trago de soda. Jamás probaba el alcohol. Su padre ya había bebido suficiente por los dos.

—Déjame adivinar... Quieres hablar de Nina —pronunció, decepcionada—. Me lo imaginaba. ¿Cómo es que nunca has querido salir conmigo? Jamás has aceptado mis invitaciones para cenar en casa...

Mitch sacudió la cabeza, sonriendo. Muchas veces él se había preguntado lo mismo. Y, al parecer, ambos conocían la respuesta.

—Es por esa maldita Charity Jenkins, ¿verdad?

No podía negarlo. Pero no había ido allí a hablar de su vida amorosa. O de su inexistente vida amorosa.

—Tengo la sensación de que esta mañana querías decirme algo más. Y que no lo hiciste porque Wade nos estaba observando.

—Nina era una zorra traidora.

Mitch arqueó una ceja.

—Ese comentario... ¿es producto de la cerveza?

—Ese comentario es la verdad. A esa mujer no le importaba a quién tenía que pisar la cabeza para conseguir lo que quería.

—Te la pisó a ti —adivinó él.

—Se hizo amiga mía, pero sólo durante el tiempo suficiente para robarme mis diseños de patos, y los presentó como suyos.

Mitch sabía que las pintoras de la fábrica cobraban derechos por los diseños que inventaban.

—¿Qué hiciste tú?

—Fui a hablar con Wade —apuró su cerveza y dejó el vaso sobre la barra con un golpe seco. Hank acudió presuroso y le abrió otra botella.

—Ese maldito Wade se enfadó conmigo. Me dijo que estaba intentando aprovecharme del trabajo de Nina y me advirtió que, si le causaba más problemas, me echaría a la calle —miró a Mitch, entrecerrando los ojos—. ¿Te lo quieres creer? Llevo allí diez años. ¡Diez años! Y esa zorra, ¿cuánto lleva? ¿Un mes?

—¿Cómo consiguió hacerse amiga de Wade tan rápidamente? —le preguntó

Mitch. Aunque hubieran mantenido una relación sentimental, todo aquello le parecía demasiado rápido, demasiado acelerado, por no hablar de la diferencia de edad.

Sheryl respondió, sacudiendo la cabeza.

—Quizá la conocía desde antes. Eso parece, a juzgar por la manera en que la contrató. La trataba como... si fuera una princesa. Ella lo tenía agarrado por donde tú ya sabes —estaba a punto de llorar.

—¿Te contó Nina algo de su pasado durante el tiempo en que fuisteis amigas?

Sheryl se encogió de hombros y bebió otro trago de cerveza.

—Aquello no duró mucho, pero en cierta ocasión me mencionó a una tía suya. La tía Em. Te juro que era así como la llamaba. Como el personaje de *El Mago de Oz*. Me dijo que no había llegado a conocer a sus padres y que no soportaba a su tía.

—Todo indica que debió de haber llevado una vida muy dura —comentó Mitch. Todo encajaba, en caso de que Nina Monroe fuera realmente Ángela Dennison... o al menos si quería que la gente pensara que lo era.

—Probablemente todo lo que me dijo era mentira —se quedó mirando el fondo del vaso con expresión abatida—. ¿Sigue desaparecida?

—Así es.

—Pues espero de todo corazón que siga así.

Mientras apuraba su soda, Mitch pensó que tenía una nueva sospechosa, en caso de que Nina se hubiese metido realmente en problemas. Decidió marcharse antes de que su padre o Bud Farnsworth, el director de producción de Dennison Ducks, apareciese por el local.

Por desgracia, era demasiado tarde. Bud empujó la puerta e intercambiaron una mirada. Luego se fue hacia el otro extremo del bar. Parecía culpable, como si estuviera avergonzado de algo, pensó Mitch mientras se iba.

Una vez en el coche patrulla, pasó lentamente por delante de la casa de Charity. Las luces estaban encendidas, y podía ver a dos figuras sentadas en la mesa de la cocina. Luego se dirigió a la casa de Florie. No había ningún coche rojo aparcado delante del bungalow Aries. Había albergado la remota esperanza de que Nina se hubiera saltado un día de trabajo para escaparse de compras a Eugene. Si ese había sido el caso, aún estaba a tiempo de regresar. Pero eso no explicaba el saqueo de su apartamento. Ni la inquietud de Wade.

El letrero luminoso de «Completo», en el Ho Hum, brillaba encima de los coches aparcados delante de las siete unidades del motel. No había ninguna camioneta negra. Y tampoco estaba el coche rojo de Nina. Se preguntó dónde se alojaría Kyle Rogers. Probablemente en Oakridge, a unos treinta kilómetros al sur.

En la oficina del *Courier*, revisó las cerraduras de puertas y ventanas. Nadie parecía haber regresado. El pueblo estaba silencioso, solamente se oía lo lejos la música del Duck-In. El coche de Sheryl seguía aparcado delante, y también la camioneta de Bud. La cafetería de Betty estaba cerrada. El neón de la gasolinera brillaba al fondo.

Inquieto, Mitch salió del pueblo. Ni siquiera fue consciente del rumbo que había tomado hasta que aparcó en el arcén y apagó las luces. La casa estaba algo alejada de la carretera. Había una luz encendida, pero no se distinguía ninguna figura. Su padre probablemente habría salido al Duck-In, a pie, para consumir su dosis nocturna de alcohol.

El simple hecho de ver la casa en la que había crecido le hacía ser consciente del doloroso vacío que se abría en su alma. Cerró los ojos, intentando recordar el rostro de su madre, su voz, su contacto, aquella parte de su vida que había transcurrido feliz, a salvo de cualquier reproche. Cualquier cosa que pudiera contrarrestar la otra, la horrible. Pero no le quedaba ningún recuerdo, todo lo había borrado la enorme amargura que sentía hacia su padre.

Abrió los ojos y se dispuso a marcharse, diciéndose que no debería haber ido allí. Habitualmente lo evitaba a toda costa. Pero cuando ya tenía una mano en la palanca de marchas, lo vio. Una gran silueta oscura recortándose contra la luz de la casa. Su padre se hallaba de pie en el porche, con sus enormes manos apoyadas en la barandilla, la cabeza vuelta hacia Mitch como si estuviera... esperándolo.

Mitch metió primera, encendió las luces y se puso en movimiento. Cuando miró hacia atrás, su padre seguía en el mismo sitio, viéndolo alejarse.

Al igual que había visto alejarse a su esposa, la madre de Mitch. Sin que ninguno de los dos regresara jamás.

Al principio fue como si el ruido formara parte del sueño. El crujido de un tablón, el rumor de una cortina, y luego el más absoluto silencio. Fue ese sobrecogedor silencio lo que la despertó, con la aterradora convicción de que no estaba sola.

Charity abrió los ojos de golpe. La oscuridad era completa, tanto dentro como fuera de la casa. No había luz por ninguna parte. Pero sabía que había alguien justo a los pies de la cama. Aquella seguridad le quitaba el aliento, acelerándole el corazón.

Intentó convencerse de que sería la tía Florie, pero la figura era demasiado grande, demasiado masculina. No podía verlo, pero sí podría sentirlo, oírlo respirar, sentir su mirada clavada en ella. ¿Cuánto tiempo llevaría allí, observándola? Aterrada, soltó un grito.

Se volvió hacia la mesilla con la intención de sacar su pistola del cajón. La silueta se puso en movimiento. Por un instante, Charity estuvo segura de que se lanzaría sobre ella antes de que pudiera agarrar el arma y disparar...

Pero no fue así. Su mano se cerró sobre la pistola y se incorporó. No había oído sus pasos, debido al latido ensordecedor de su propio corazón. Pero supo que había huido antes incluso de escuchar el portazo que dio al salir de la casa.

Una luz se encendió en el pasillo. La silueta de su tía se recortó en el umbral, vestida con su largo camisón de franela y agarrando con ambas manos el bate de



béisbol.

Poco después de la madrugada, cuando el bar Duck-In ya había cerrado y Timber Falls era un pueblo muerto, fantasma, Mitch regresó a casa. Había patrullado durante horas y, finalmente, había renunciado a la esperanza de encontrar a Nina. O a su coche.

Se calentó una lata de sopa de tomate. Después de asegurarse de que todo en la casa de su vecina parecía normal, se tumbó en el sofá y se quedó dormido.

Como era habitual, soñó con Charity. Al principio, el grito formó parte del sueño.

Se despertó sobresaltado. Antes incluso de levantarse, supo de dónde procedía aquel grito. Abrió la puerta y corrió hacia la casa de Charity, con la pistola en la mano.

Cuando llegó a los escalones del porche, se detuvo en seco al ver a Florie amenazándolo con un bate de béisbol y a Charity apuntándolo con lo que parecía una pistola. Ambas mujeres parecían aterradas... y aterradoras.

—¡Había un hombre en casa! —gritó Charity—. Ahora mismo acaba de huir.

—¿Viste por dónde se fue?

Las dos mujeres señalaron el otro lado de la calle, hacia el centro del pueblo.

—Métete dentro. Cierra bien la puerta. Y baja ese arma.

La calle estaba vacía. Mitch salió corriendo en la dirección que las mujeres le habían indicado, por una calle estrecha. No había ido muy lejos cuando descubrió una sombra caminando por delante de él. No corría, simplemente caminaba a buen paso hacia Main Street.

—¡Quieto! —le ordenó, apuntándolo con su arma.

El hombre se detuvo, pero no se volvió. Era tan alto como Mitch, y de aspecto corpulento. Llevaba una cazadora negra de cuero, vaqueros y botas de motorista.

Mitch se acercó corriendo, sin bajar el arma.

—Pon las manos detrás de la cabeza.

Lentamente, el hombre hizo lo que le decía. Era moreno, y llevaba el pelo largo. Un pendiente brilló en su oreja izquierda. También lucía un grueso anillo de oro en la mano derecha. Había algo en su actitud distante, despreocupada, que le resultaba terriblemente familiar...

—Vuélvete. Despacio.

Se volvió, riendo entre dientes. A la débil luz del farol más cercano, Mitch distinguió su rostro bronceado, de rasgos duros, angulosos. Una mujer lo habría encontrado terriblemente atractivo. Era lo normal.

—Buenas noches, *sheriff*.

—Hola, Jesse —Mitch bajó el arma, meneando la cabeza.

—Cuánto tiempo, hermanito... —pronunció Jesse Tanner, bajando los brazos y tendiéndole la mano.

Mitch enfundó su pistola y se la estrechó, reacio. Jesse no pareció advertir su reluctancia mientras le daba cariñosas palmadas en la espalda.

—Me alegro mucho de verte.

Mitch procuró separarse. Había transcurrido mucho tiempo y Jesse no se había marchado precisamente en las mejores circunstancias.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó. Se dijo que no podía haber sido Jesse quien había entrado en la casa de Charity hacía apenas unos minutos...

—Este es mi hogar, ¿recuerdas?

—Recuerdo que dijiste que el infierno se congelaría antes de que volvieres a este pueblo.

Jesse se encogió de hombros, sonriendo. Los característicos hoyuelos de los Tanner se dibujaron en sus mejillas.

—La gente cambia.

«Pero tú no», pensó Mitch. Su hermano mayor nunca cambiaba.

—Alguien acaba de darle un buen susto a Charity Jenkins. ¿Fuiste tú, por casualidad? ¿Entraste en su casa?

Su hermano arqueó una ceja.

—¿Es que quieres volver a detenerme?

—¿Qué andas haciendo por aquí?

—Oh, sólo estaba dando un paseo. Quería ver si había cambiado este pueblo. Ya veo que no.

—¿A las cuatro de la madrugada?

—Me gusta el silencio.

Mitch se quedó mirando a su hermano, sorprendido de lo mucho que deseaba creer en su palabra.

—¿Cuándo has vuelto?

—Hace tres días. Pensaba pasar esta noche fuera de casa —añadió, adelantándose a su siguiente pregunta.

Era extraño que nadie le hubiera dicho a Mitch que su hermano había vuelto, después de casi cinco años de ausencia. Ni que se estuviera alojando con su padre.

—¿Cómo está Charity, hermanito?

Mitch sintió que se le encogía el estómago.

—He oído que sigue como siempre, igual de guapa, lista y espabilada. Siempre fue un portento de chica. Lástima que haya estado colgada durante tanto tiempo del hermano equivocado...

Mitch recordaba perfectamente la época en que Jesse se había esforzado a fondo por robarle el corazón a Charity, con escaso éxito. Después de aquello, Jesse no tardó mucho en abandonar el pueblo... esposado.

Como era habitual, había tenido problemas con la ley, pero Mitch también recordaba la irritada reacción de Charity...

—Dime, ¿qué vehículo conduces ahora? —le preguntó Mitch, pensando en la camioneta negra de los cristales tintados.

—Me he comprado una moto. Una Harley.

—¿Conoces a alguien que conduzca una camioneta negra?

—Conozco mucha gente que conduce camionetas negras.

—Una que tiene los cristales tintados.

Jesse pareció reflexionar por un momento.

—No me suena de nada —meneó la cabeza—. Lo siento.

Mitch no podía estar completamente seguro de que la camioneta negra que había visto Charity fuera la de Kyle Rogers. Tal vez no había leído bien los números de la matrícula. Y tampoco podía imaginarse a su hermano contratando a un detective privado para espiarla. Aunque lo cierto era que jamás había entendido a su hermano.

—Alguien con una camioneta negra ha estado siguiendo a Charity. Y anoche le destrozaron la oficina del periódico.

Lo que sí podía imaginarse perfectamente era que Jesse forzara la entrada en la sede de cualquier periódico para robar unos negativos. Había dejado Timber Falls tras haber sido absuelto de un delito de allanamiento de morada, pero sólo porque su padre había salido en su defensa con una coartada. Una coartada que Mitch había sabido que era falsa, pero que no había podido demostrar.

Y, sin embargo, resultaba impensable que su hermano hubiera querido perjudicar a Charity, de la manera que fuese. Si Jesse hubiera querido aquellos negativos por alguna razón, habría intentando seducirla para que se los entregara. Jamás la habría atacado y amordazado.

—El ladrón ató a Charity y la encerró en una habitación.

—Vaya, veo que tienes bastante trabajo. ¿Hay algún delito más cuya autoría te gustaría endosarme?

—No te lo tomes a mal. Simplemente me estaba preguntando qué diablos estabas haciendo en Timber Falls.

—¿Es que no puedo sentir nostalgia de mi hogar?

—No.

Jesse se echó a reír.

—Te lo dije antes, hermanito. La gente cambia.

«¿Pero para mejor?», se preguntó Mitch, irónico.

—De acuerdo, seré sincero —pronunció Jesse, sonriendo—. Me fui a México y empecé a pensar en Charity. Supuse que a estas alturas probablemente se habría cansado de suspirar por mi hermano. Y como estaba seguro de que tú no habrías aceptado casarte con ella, me dije a mí mismo: «Jesse, ¿por qué no agarras la moto y te vas a verla?» Pensé que quizá podría largarse conmigo, huir juntos a algún lado —su vibrante risa resonó en el callejón—. Espero que no te opondrás a la idea, ¿verdad, hermanito?

Mitch apretó los dientes.

—Ya me lo parecía —de repente Jesse se puso serio—. Me dio nostalgia, Mitch. Así de sencillo. Sabía que a nuestro viejo no le quedaba mucho tiempo. Y no me sentía nada orgulloso de cómo quedaron las cosas entre tú y yo cuando me marché —parecía terriblemente sincero—. Deberías pasarte a ver a papá. A él le gustaría.

—Pero a mí no —replicó Mitch.

—Todavía sigues con eso, ¿verdad? —Jesse sacudió la cabeza—. Han pasado años, hombre. Y él ha cambiado.

—Ya, parece que todo el mundo ha cambiado. Menos yo.

—Ese es el problema —sonrió de nuevo—. Saluda a Charity de mi parte. No quiero engañarte, hermano. Tengo intención de verla —se volvió, echando a andar—. Hasta luego.

Mitch lo vio detenerse. El rumor de una potente moto resonó en la calle. Segundos después, Jesse partió hacia la casa que antaño Mitch había llamado su hogar.

Jesse estaba de regreso en el pueblo, y precisamente cuando la estación de las lluvias acababa de empezar. Mitch dudaba seriamente que hubiera vuelto por nostalgia. Y también que tuviera alguna oportunidad de que Charity aceptara subirse a su moto y los dos se largaran juntos... Aunque a lo mejor se equivocaba.

Maldijo entre dientes mientras se encaminaba a casa de Charity. ¿Cómo se tomaría ella el regreso de Jesse? Mitch detestaba pensar que su hermano pudiera estar en lo cierto. Por supuesto, no podía culpar a Charity de que se cansara de esperarlo, era lo normal. ¡Pero la última persona del mundo a la que desearía ver con Charity era precisamente su hermano mayor!

## Capítulo 10

*Jueves, 29 de octubre*

Charity se despertó a la mañana siguiente después de una noche sin haber pegado apenas ojo. Mitch había vuelto y había insistido en quedarse a dormir en el sofá del salón. El simple hecho de saber que estaba abajo, en su propia casa, a sólo unos metros, había bastado para quitarle el sueño.

Peor aún: Mitch había vuelto de un humor pésimo. Ni siquiera había pronunciado dos palabras. Había encontrado una ventana trasera que había sido forzada, pero ningún indicio de la presencia del intruso, aparte de unos papeles revueltos en su escritorio.

Quizá por eso estaba de tan mal humor. Evidentemente, estaba muy preocupado por ella, y ella misma estaba empezando a preocuparse. ¿Qué habría estado buscando aquel intruso? ¿Una carta? Era la única posibilidad que tenía algún sentido.

Charity se dio cuenta de que debió de haberse dormido en algún momento, porque la despertó el ruido de unos cacharros en la cocina. Tomó una ducha rápida y bajó a desayunar.

—¿Dónde está Mitch? —le preguntó a su tía.

—Ya se había marchado cuando me levanté —le dijo Florie—. Anoche estaba de un humor de perros. Y esta mañana no me gustó ni un poquito el aspecto de su aura.

Justo en aquel instante sonó el timbre. Charity sonrió, dejando vagar su imaginación. Se imaginaba a Mitch en el porche, con expresión tímida y contrita, ofreciéndole un ramo de flores... No, flores no. Mejor un pastel de crema de plátano del café de Betty.

Pero cuando abrió la puerta, no era Mitch quien estaba en el porche. Y no había pastel por ningún lado.

—¿Jesse? —era como la versión malvada de su hermano menor. Tenía los mismos hoyuelos en las mejillas.

Antes de que pudiera pronunciar otra palabra, soltó el casco y la alzó en volandas.

—Maldita sea... ¡Cuánto me alegro de verte!

Tenía la cazadora de cuero mojada por la lluvia. Detrás de él podía ver su moto aparcada.

—Me he sentido tan solo sin ti...

Charity ignoró ese comentario.

—¿Sabe Mitch que has vuelto?

—Nos encontramos anoche, cerca de aquí —sonrió—. No pareces muy contenta

de verme.

—¿Cerca de aquí? —repitió—. ¡Fuiste tú! —le golpeó un par de veces en el pecho—. ¡Tú fuiste quien estuvo en mi dormitorio anoche!

Jesse se apresuró a soltarla.

—Espera un momento. Si yo hubiera estado en tu dormitorio anoche, te acordarías perfectamente. Y probablemente esta mañana aún seguiría allí —su sonrisa se amplió—. Y tú también.

—¿Quieres decir que no me has estado siguiendo?

Sacudió la cabeza, poniéndose serio.

—Mitch me dijo que alguien con una camioneta negra te había estado siguiendo.

—Sí. Y dejándome regalos también.

—¿De veras? —sonrió de nuevo.

—¡Fuiste tú!

—Pero te gustaron, ¿no, corazón?

—No, y no me llames así. ¿Qué haces aquí?

—He venido a buscarte.

—No, en serio —lo fulminó con la mirada.

Aquellos deliciosos hoyuelos volvieron a dibujarse en sus mejillas, recordándole lo mucho que se parecía a Mitch.

—Huye conmigo.

—¿Has tomado algo o qué te pasa?

Jesse soltó una carcajada.

—He recorrido tres mil kilómetros para verte. Lo menos que puedes hacer es invitarme a entrar.

—No estoy muy segura de que no hayas entrado ya. Y sin invitación —lo miró con expresión desconfiada, pero se hizo a un lado para dejarlo pasar.

—Te he echado de menos con locura, Charity —le confesó—. Incluso he echado de menos a Timber Falls y a Mitch. ¿Te lo puedes creer?

—No —respondió ella, cerrando la puerta.

—¿Jesse Tanner? —gritó Florie desde la cocina.

—¡Florie! —en dos zancadas, la alzó en brazos y empezó a dar vueltas, haciéndola gritar.

Cuando volvió a bajarla, estaba ruborizada y le brillaban los ojos.

—¡Bienvenido a casa!

—Qué bien que por lo menos alguien se alegre de tenerme de vuelta —repuso Jesse, mirando de reojo a Charity.

—Precisamente estaba preparando el desayuno —le dijo Florie—. Nos acompañaras, ¿verdad?

—Me encantaría.

—Yo no puedo —Charity ya estaba recogiendo el bolso y las llaves—. Me gustaría

quedarme, pero tengo que ir a trabajar —ignorando las protestas de su tía, salió por la puerta trasera.

Se dirigía en su coche a la oficina del periódico cuando vio el coche patrulla de Mitch aparcado delante del Café de Betty. No iba a perderse el desayuno, después de todo.

Mitch se hallaba en su lugar habitual de la barra cuando entró Charity. Se sentó a su lado. Demasiado ocupada para charlar, Betty le sirvió un refresco y un pedazo de pastel y corrió a atender a otros clientes.

—¿Por qué no me dijiste que Jesse había vuelto al pueblo? —le preguntó, bajando la voz.

Mitch se volvió hacia ella, fingiendo una expresión de sorpresa.

—Oh, buenos días a ti también, Charity. ¿Cómo has sabido lo de Jesse?

—Ahora mismo está desayunando en mi casa.

Maldijo entre dientes.

—Sabía que no tardarías en enterarte, ya que ha venido precisamente por ti.

—¿Y tú te lo crees?

—¿Tú no?

Charity esbozó una mueca.

—Es a ti a quien pagan por investigar, ¿no? —tomó un sorbo de refresco—. Me ha estado dejando regalos.

—¿Lo ha admitido?

—Sí. Y creo que también estuvo anoche en mi habitación, aunque eso lo niega. Sentí una presencia a los pies de mi cama, mirándome en la oscuridad...

Mitch la miraba fijamente.

—Pero no puedes estar segura.

—No.

—Una de las ventanas de la parte trasera de tu casa fue forzada —dijo Mitch. Evidentemente estaba pensando lo mismo que ella.

—¿Por qué habría de querer Jesse entrar en mi casa?

—¿Por qué habría de hacer mi hermano la mitad de las cosas que hace?

—¿Sabes cuánto tiempo lleva en el pueblo?

—Tres días —contestó Mitch.

—¿Y qué ha estado haciendo? ¿Escondiéndose? ¿O recorriendo el pueblo en una camioneta negra de cristales tintados?

—Se ha quedado en la casa del viejo.

Charity arqueó una ceja.

—¿Y hasta anoche no lo ha visto nadie?

Mitch le dio la razón en silencio. En una población del tamaño de Timber Falls, la

noticia del regreso de Jesse habría corrido como el rayo. Aun así, aparte de su padre, él había sido el primero en verlo, la noche anterior. O quizá Charity, si realmente se había colado en su habitación a escondidas. Aunque eso le parecía muy impropio de su hermano...

—Bueno, definitivamente no fue Jesse quien entró en mi oficina —añadió ella—. No tenía ningún motivo para robar los negativos. Pero la coincidencia de fechas no puede menos que hacerme sospechar.

Lo mismo le ocurría a Mitch. Después de pasar cinco años fuera, Jesse había regresado al pueblo la víspera del día en que desapareció Nina y que Charity descubriera aquella camioneta siguiéndola.

Observó a Charity mientras mordía un pedazo de pastel y cerraba los ojos con deleite. Una sonrisa asomó a sus irresistibles labios. Habitualmente uno de sus máximos placeres consistía en verla comer. O, más bien, ese era el único placer que podía permitirse con ella. Cuando sus miradas se encontraron, se perdió literalmente en aquellos ojos de color miel. Como si su cuerpo tuviera voluntad propia, fue inclinándose lentamente hacia ella. Ya casi podía saborear por adelantado sus labios...

El teléfono de la cafetería sonó en aquel preciso instante.

—Es para usted, *sheriff* —le dijo Betty.

Parpadeó varias veces, volviendo a la realidad. Charity lo había vuelto a hacer otra vez: le había lanzado aquella mirada suya tan característica, de efecto absolutamente letal. Se levantó para atender el teléfono, temiendo quién pudiera haberlo llamado allí. Tenía una idea bastante exacta, aunque quizá fueran buenas noticias. Como que Nina Monroe se había presentado aquel día a trabajar, tranquilamente, como si no hubiera pasado nada.

—¿Qué tal está el pastel? —inquirió Betty, apoyándose en la barra. Por su expresión, resultaba obvio que tenía ganas de cotillear.

—Impresionante —respondió Charity viendo a Mitch atravesar el local, hacia el teléfono—. Creo que este de caramelo me gusta aún más que el de plátano.

Cuando mordió el primer pedazo, lo vio claro como el agua. Mitch vestido de frac, a su lado, ante el altar.

—¿Qué es eso que he oído de que alguien destruyó la oficina del periódico y te ató de pies y manos?

—¿Qué es lo que has oído exactamente?

—Twila me contó que alguien le había contado que Shirley a su vez le dijo que Florie...

Charity soltó un gruñido.

—Florie... Tenía que ser ella.

Su tía había hablado más la cuenta. Aunque, en realidad, la culpa era suya. La



noche anterior, había dejado que Mitch viera lo asustada que estaba. Craso error. Por eso se había empeñado en que Florie le hiciera compañía.

De hecho, seguía asustada. Por eso llevaba en aquel momento en el bolso su pistola y el spray de autodefensa. Además del juego de esposas.

—Vamos, cuéntamelo todo —la animó Betty, deseosa de escuchar toda la historia.

Charity mordió otro pedazo de pastel y cerró los ojos. Esa vez lo único que vio fue oscuridad. La maldita habitación donde aquel tipo la había dejado atada y amordazada, a oscuras. Aquello la había asustado bastante más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Abrió los ojos. Betty seguía esperando y Mitch la observaba desde el otro extremo del local, mientras hablaba por teléfono.

—Pues has oído bien —le confirmó Charity. Tras añadir algunos detalles sobre el suceso que sabía eran de su gusto, le preguntó—: Por cierto, ¿sabes si ya han encontrado a Nina Monroe?

Si alguien podía saberlo, esa era Betty. Y probablemente antes que Mitch.

—No. Nadie la ha visto por ninguna parte. Es extraño. Su desaparición coincidió con el avistamiento del Bigfoot.

Charity soltó otro gruñido.

—Estás sugiriendo que los dos hechos están relacionados, ¿verdad? —ridículo. Pero haría un excelente titular: Bigfoot secuestra a pintora local de patos de reclamo.

Betty se inclinó hacia ella, con expresión conspiratoria.

—¿Te acuerdas de aquel niño pequeño que desapareció en las Cascadas, al sur de Portland? Estuvo días perdido en las montañas. Ya nadie confiaba en que siguiera vivo, con aquellas temperaturas tan bajas, y sin agua —se irguió, asintiendo teatralmente con la cabeza—. ¿Y qué sucedió?

Charity conocía la historia.

—Encontraron al chico vivo y en perfectas condiciones.

—Así es. Y cuando le preguntaron cómo se las había arreglado para sobrevivir, dijo que un monstruo bueno había cuidado de él. Aunque tal vez a Nina no le haya ido tan bien —con una taza de café en cada mano, se fue a atender a otro cliente.

La cafetería estaba a rebosar de clientes y de curiosos que habían acudido en busca del Bigfoot. El fin de semana de Halloween no podía presentarse peor. Sobre todo si se producía otro avistamiento del animal. Charity pensó en la borrosa mancha peluda que había capturado con su cámara. ¿Habría sido realmente un oso gris, o tal vez...?

Perder aquellas fotos era lo que más le dolía. Más que el hecho de que la hubieran atado y encerrado en el almacén. Tenía que volver a hacerlas de nuevo.

Pero la desaparición de Nina se había convertido en una historia aún mejor que la del Bigfoot, a no ser que la llamada que en aquel instante estaba atendiendo Mitch fuera para informarle que finalmente había aparecido. Y si la camioneta negra que la

había estado siguiendo pertenecía realmente a un investigador privado...

¿Pero por qué alguien habría querido robarle el carrete de fotos? Un escalofrío le recorrió la espalda. Tenía que haber algo singularmente comprometedor en aquella película. Algo aún más comprometedor que la simple imagen de una camioneta negra.

Fue entonces cuando se dio cuenta. Nina Monroe. Había sacado una fotografía de Nina. Y eso no era lo peor, sino que ahora recordaba... quién pudo haberla visto hacerla.

Después de atender la denuncia de un residente que se quejaba del perro de un vecino, Mitch colgó el teléfono para seguir tomando su café, su pastel y para seguir hablando con Charity. O lo que fuera que estuviera haciendo con ella.

No podía creer que hubiera estado a punto de besarla. Otra vez. Y en el Café de Betty. Y eso que la estación de las lluvias apenas había comenzado. Diablos, si seguía así, cuando llegara la primavera ya estaría casado...

—¡Mitch! —exclamó Charity, excitada—. ¡Salgamos de aquí! Tengo que decirte algo.

—¿Florie ha leído algo malo en los posos del café esta mañana?

Charity apartó el resto de su pastel y se levantó.

—¿Estás enferma? —Mitch miró su pastel a medio comer, incrédulo.

Estaba lloviendo. La lluvia repiqueteaba en el tejado del porche. Mitch se arrebujó en su abrigo, estremecido, más que por el frío, por la expresión que veía en su rostro. Charity aspiró profundamente varias veces antes de hablar.

—El tipo de la camioneta negra tal vez no fue el mismo que se llevó los negativos. En aquel carrete había fotos de otra persona. Nina.

—¿Nina? ¿Le hiciste una fotografía a Nina y te acuerdas ahora? —dado que Charity había tenido en sus manos la única fotografía de Nina Monroe, después de haber preguntado en mil sitios, le resultaba inconcebible que no se lo hubiera dicho hasta ese momento—. Sube al coche patrulla —le ordenó.

Charity no se lo podía creer.

—¿Vas a arrestarme?

Su mirada le decía que sería más prudente que subiera al coche sin protestar, y se abstuvo de montar una escena delante del Café de Betty.

Bien pensado. Entró en el vehículo, que estaba aparcado en Main Street, mientras Mitch se sentaba al volante.

Sin pronunciar una palabra encendió el motor, pero no se puso en marcha. Conectó la calefacción. El vaho de las ventanillas comenzó a aclararse.

Se estaba bien allí, resguardada del frío. El sonido de la lluvia producía un efecto tranquilizador. Podía oler el aroma de la loción de Mitch...

Cerró los ojos. Por un instante, se vio a sí misma vestida de blanco y...

—Charity.

Abrió los ojos.

—Me había olvidado de que le había sacado una foto a Nina cuando estuve en Dennison Ducks. Tras hablar con ella para la entrevista, me quedé al acecho en el aparcamiento, ya que había oído que Wade se marchaba a menudo inmediatamente después que ella, a la hora de comer.

—¿Y?

—Ella salió, pero no fue a su coche. Se dirigió a pie hacia la parte trasera del edificio, se detuvo y se puso a discutir con alguien.

—¿Viste quién era?

—No. Y tampoco pude oír las palabras. Estaba de espaldas a mí. Pero estaba muy enfadada. Se dirigió corriendo a su coche, subió y se marchó. Yo conseguí hacerle una foto en el último momento.

—¿Eso fue todo?

—Pues no. Volví a esconderme entre los árboles, guardé mi cámara y ya me disponía a volver donde había dejado aparcado el coche, carretera abajo, cuando me encontré con Wade.

Mitch soltó un silbido de asombro.

—¿Te vio tomar la foto de Nina?

—Quizá. Pero no pudo haber sido la misma persona con quien estuvo discutiendo. Venía justamente de la dirección opuesta, entre los árboles —allí había un viejo sendero de ladrillo, detrás de la fábrica, que llevaba al pueblo y a la mansión Dennison.

—¿Su coche no estaba en el aparcamiento?

Charity negó con la cabeza.

—Creo que Wade estaba espiando a Nina.

—Eso tiene más sentido que una supuesta aventura entre ellos.

—Vas a pensar que estoy loca, pero tengo una teoría. Verás. La edad coincide. Y a juzgar por la manera en que la trataba Wade... —le sostuvo la mirada—. Creo que Nina es Ángela...

Mitch intentó fingir una expresión de asombro, pero no consiguió engañarla.

—¡Entonces es ella! ¡Nina es realmente Ángela!

—Oye, yo no he dicho una palabra —protestó él.

—Tú, la persona más cínica y escéptica sobre la tierra, jamás pensarías que Nina es la niña desaparecida de los Dennison a no ser que... ¡A no ser que tuvieras alguna prueba! ¿Has encontrado alguna?

—Para. Eres imposible —se frotó la frente, como aquejado por un súbito dolor de cabeza.

—¡Oh, disfruto tanto cuando tengo razón...! Dímelo, tienes que decírmelo. Por eso estabas tan preocupado por mí. Tú sabes algo. ¿Pero qué tiene eso que ver conmigo?

—Charity, yo no sé lo que puede tener que ver contigo. Por eso tengo que decírtelo. Pero se trata de una información absolutamente confidencial. Podría constituir una prueba en un caso de homicidio.

Charity detestaba el concepto confidencial, pero se moría de ganas de saber lo que había averiguado.

—Muy bien.

Mitch le habló entonces de la cucharilla de plata que había encontrado en el bungalow de Nina.

—¿Era de Ángela Dennison?

—Parece que sí. Pero antes tengo que llevársela al joyero de Eugene, para asegurarme.

Aquello era mucho mejor de lo que había esperado. Por su cerebro desfilaban infinitas posibilidades...

—El secuestrador pudo haberla robado, Nina la encontró y se dedicó a chantajearlo...

—¿Para qué robar una simple cucharilla?

Charity se encogió de hombros.

—Pudo haberla visto al lado de la cama, pensó que era de plata y se la llevó. O tal vez porque simbolizaba la riqueza de los Dennison.

Mitch asintió con la cabeza.

—¿Estás pensando en alguien celoso de un bebé que había nacido... con una cucharilla de plata en la boca, como suele decirse?

—Exactamente —sonrió—. Dado que no fue exigido rescate alguno, el secuestrador debió de haber vendido al bebé. O tal vez alguien le había pagado precisamente para secuestrarlo —pudo ver que Mitch ya había pensado en esa posibilidad—. Con esa cucharilla en su poder, Nina podía hacerse pasar por Ángela. O quizá fuera realmente ella.

—Si te he contado lo de la cucharilla es para que entiendas lo peligroso que puede ser todo esto. Sobre todo para una periodista curiosa que sacó una foto de Nina la víspera del día en que desapareció.

—Ojalá conservara esa foto...

—Hablo en serio —se acercó a ella, tomándole la mano—. Me preocupa que puedas estar en peligro. No quiero que escribas esta historia, al menos por ahora.

Charity estaba demasiado ocupada deleitándose con su contacto para objetar algo. Al menos por el momento...

Unos repentinos golpes en la ventanilla le hicieron dar un respingo. Medio borrado por la lluvia, el rostro de Wade Dennison se dibujó en el cristal. La estaba mirando directamente a ella.

—¡Charity Jenkins! Maldita mujer metomentodo... —bramó—. ¡Voy a matarte!

## Capítulo 11

Sissy se quedó con la boca abierta cuando vio entrar a Mitch con Wade Dennison en la oficina del *sheriff*, empapados. Sobre todo cuando Wade bramó:

—¡Quiero que encierren a esta mujer!

Por lo demás, Sissy sabía a qué mujer se estaba refiriendo. Y no podía menos que estar de acuerdo con él.

Mitch lo hizo entrar en su despacho y cerró la puerta.

—¿Qué diablos está haciendo Charity investigando por ahí y haciendo preguntas sobre Nina? —inquirió de inmediato Wade—. ¿Sabía usted que ha hablado con gente de mi plantilla? Les ha hecho un montón de preguntas personales. Haga algo con ella.

—Siéntese, Wade.

No lo hizo. Mitch rodeó su escritorio y se dejó caer en su sillón. Contó hasta diez antes de empezar:

—En primer lugar, Wade, no puedo hacer nada con Charity porque no ha quebrantado ninguna ley. Pero si vuelve a amenazarla de muerte, será usted quien acabará entre rejas. Como periodista de esta población, disfruta de ciertos derechos, derechos protegidos por la Constitución.

—¿Eso le permite meter las narices en los asuntos de los demás? —exclamó Wade, descargando un puñetazo sobre la mesa.

—Pues sí.

—Esa mujer es una amenaza —se sentó lentamente en la silla, ya más tranquilo.

Eso no pensaba discutirlo. Estaba terriblemente preocupado por ella, pero no podía impedirle que elaborara aquel reportaje. Y tampoco podía persuadir a Wade de que le contara toda la verdad sobre Nina.

Estudió al hombre que se hallaba sentado frente a él. Estaba pálido, tenía ojeras y aspecto de cansado. Aun así, parecía decidido a quemar el pueblo entero si no se salía con la suya. Sólo en ese sentido Wade podía ser un hombre peligroso.

Quizá lo fuera, a pesar de las apariencias. Hacía unos minutos, en la puerta del Café de Betty, había montado en cólera, amenazando a gritos a Charity. Mitch se preguntó si sería capaz de ejercer algún tipo de violencia contra ella, y si Nina Monroe habría sido la primera en averiguarlo, en carne propia...

—Wade, ya es hora de que me diga qué diablos está pasando...

Charity habría sido capaz de matar por saber lo que se estaba diciendo sobre ella en la oficina del *sheriff*. Pero tenía trabajo que hacer. Y Mitch no la había invitado a

pasar a su despacho, para que lo acompañara mientras hablaba con Wade. Aunque probablemente tampoco a ella le habría gustado estar allí.

Todavía no podía creer que Wade hubiera amenazado con matarla, y además delante del *sheriff* del pueblo. ¿Podría haber sido Wade quien saqueó la oficina del periódico, se llevó los negativos y la ató y encerró en el almacén? Wade podría pasar de los sesenta años, pero era fuerte como un roble.

Días atrás, si alguien le hubiera sugerido que Wade podía ser el asaltante de su periódico y el intruso que había entrado en su casa, se habría reído a carcajadas. Pero después de ser testigo de su ataque de rabia aquella mañana, ya no estaba tan segura. Aquel hombre parecía completamente fuera de control. Y todo por culpa de Nina Monroe. ¿Qué secreto escondería?

Llegó a su oficina a tiempo de pagar al empleado que le había instalado la luz de seguridad en la puerta trasera. Luego cerró con llave y, protegiéndose con su paraguas, se encaminó a la tienda de antigüedades Busy Bee.

No podía dominar su excitación. Lo único que había hecho era interrogar a un par de trabajadores de Dennison Ducks acerca de Nina, y a Wade le había acometido una rabia asesina. Por fuerza tenía que estar ante una buena historia. Nina Monroe podía ser realmente Ángela Dennison.

Sin embargo, ¿no se habría alegrado Wade con el regreso de Ángela? A esas alturas, ¿no se lo habría contado a todo el mundo? Su comportamiento resultaba extraño, absurdo, y eso fortalecía aún más su decisión de llegar hasta el fondo de aquel asunto.

Abrió la puerta, haciendo sonar la campanilla, y de inmediato se vio asaltada por un maravilloso olor a mueble antiguo recién restaurado y barnizado y a té de menta. Busy Bee era una tienda muy poco frecuentada. La propietaria, Lydia Abernathy, sonrió y la saludó desde el fondo. Era una mujer menuda, de cabello blanco y vivaces ojos azules.

—Llegas a tiempo para el té, querida. Con tus galletas favoritas.

—¿De azúcar? —inquirió Charity, avanzando por un pasillo flanqueado de antigüedades.

—Por supuesto —accionó su silla de ruedas eléctrica para acercarse a la mesa y recoger la tetera. Ya tenía preparada otra taza y otro plato.

—¿Sabía que iba a venir? —Charity sacó una silla.

Lydia se echó a reír.

—Claro. En cuanto me enteré del comportamiento de mi hermano esta mañana. Todo el pueblo se ha enterado —juntó las manos con evidente deleite—. Y ahora cuéntame qué has hecho para molestarlo tanto...

Cuando Mitch se cansó de las amenazas de Wade y de sus rodeos para que le

contara la verdad, renunció y le pidió que se marchara.

El hombretón se levantó, titubeante.

—Ya le he dicho que no sé lo que le pasó a Nina...

Mitch asintió, impaciente.

—¿Por qué no me dice por qué se muestra tan sumamente protector con ella?

—Es mi carácter. Lo hago con todo el mundo.

—Maldita sea, Wade, ni siquiera revisó sus referencias antes de contratarla. Nunca llegó a trabajar en los lugares que citó en su solicitud —alzó la voz al ver que se apresuraba a interrumpirlo—. Tampoco revisó su número de asegurada, ni ninguna otra identificación. Ni siquiera se llama realmente Nina Monroe.

Mitch no había tenido intención de decirle eso. Al menos por el momento. Pero una vez que lo hizo, esperó su reacción. Wade ni siquiera pestañeó.

—Así que lo sabía. Muy bien. ¿Quién es ella?

Wade miró al suelo, sacudiendo la cabeza.

—¿Entra dentro de lo posible que su reacción de ira se haya debido a que la mujer que dice llamarse Nina Monroe sea en realidad Ángela Dennison?

Wade alzó bruscamente la mirada.

—Eso es ridículo. ¿De dónde ha sacado eso? ¿De esa amiga suya, que dice llamarse periodista?

Mitch podía imaginarse perfectamente a Sissy escuchando al otro lado de la puerta.

—Le he hecho una pregunta. Límitese a responderla. ¿Hay alguna posibilidad de que Nina sea Ángela?

—Diablos, no.

—Explíquese.

—Déjeme en paz y encuentre de una vez a Nina. Tengo que ausentarme del pueblo. Lo llamaré cuando regrese esta noche —y se marchó, dando un portazo.

Minutos después, Sissy asomó la cabeza por la puerta.

—¿Te apetece que te traiga un café?

Sissy jamás le llevaba café. Siempre decía que tenía piernas para andar e irse a buscarlo él solo. El nivel de cotilleo de aquel pueblo era insufrible.

—No. Y cierra la puerta.

—Qué carácter —dijo Sissy antes de desaparecer.

Mitch intentó calmarse, pero no pudo. Abrió el cajón del escritorio y sacó de nuevo el informe de Ángela Dennison.

Si alguien del interior de la casa había secuestrado al bebé, haciéndolo parecer un secuestro convencional, ¿qué habría hecho con él? ¿Matarlo? ¿Enterrarlo en el jardín, en los bosques? ¿Dejarlo en la puerta de otra casa? ¿Venderlo?

¿Eso era lo que había hecho Wade? ¿Desembarazarse de Ángela? Tal vez Nina lo había averiguado y lo estaba chantajeando. O quizá Nina fuera Ángela.

Mitch revisó las entrevistas que había realizado el *sheriff* Hudson después del secuestro, temiendo que aquel antiguo caso fuera la clave de la desaparición de Nina Monroe. Apuntada en el margen había una nota. Un nombre llamó su atención. Se quedó mirándolo estupefacto. Ruth Anne Tanner. ¿Su madre? El *sheriff* había intentado contactar con Ruth Tanner para interrogarla sobre su visita a la mansión Dennison el mismo día del secuestro, apenas unas horas antes...

—¿Adónde te llamo por si surge alguna emergencia? —le preguntó Sissy cuando lo vio salir a toda prisa.

—A casa de los Dennison.

—Oh.

Mitch seguía sin poder dar crédito a lo que había leído mientras se alejaba del pueblo. ¿Para qué habría querido su madre ir a ver a Daisy, la mujer que había tenido una aventura con su marido? Lanzó su sombrero sobre el asiento y se pasó una mano por el pelo. Le dolía la cabeza, y no podía sacudirse el mal presentimiento que le atenazaba el estómago.

Ruth Tanner debía de haber ido a buscar a Daisy para echarle en cara su aventura. O para exigirle que dejara en paz a su marido. Por aquel entonces Mitch sólo tenía unos seis años, pero recordaba perfectamente aquel día. Había regresado del colegio para encontrarse con que su madre se había ido, llevándose todas sus cosas. Ni siquiera había dejado una nota. Había visto a su padre sentado en el porche, frente a la carretera. Le había dicho a Mitch que ignoraba por qué se había marchado, aunque ambos lo sabían perfectamente. Jamás había vuelto a saber de ella.

Años después Mitch había intentado localizarla, en vano. Probablemente se habría cambiado de nombre. Evidentemente, no quería que la encontraran, porque no había dejado el menor rastro.

¿Qué había sucedido en la casa de los Dennison aquel día? ¿Se habría negado Daisy a romper aquella aventura? ¿Por eso se había marchado su madre de aquella forma?

Sacudió la cabeza. La coincidencia temporal resultaba sospechosa. Había ido a ver a Daisy apenas unas horas antes de que su bebé fuera secuestrado, y antes de que ella misma se desvaneciera en el aire. Aquellos dos hechos... ¿estarían relacionados? Ansiaba con toda su alma que no fuera así.

La mansión de los Dennison era una enorme casa de estilo colonial y aspecto pretencioso, con pórticos y columnas blancas. Detrás había una piscina interior y una sala de juegos. Al fondo estaban los corrales y las cuadras, donde antaño Daisy se había dedicado a la cría de caballos de carreras.

Mitch aparcó el coche patrulla en el bosque, a unos cien metros del edificio. Miró su reloj y esperó, consciente de que una vez que llamara a aquella puerta, ya no podría



echarse atrás. Minutos después vio marcharse al ama de llaves. Era puntual como un reloj. Cada día salía a hacer las compras al pueblo a la misma hora.

Supuso que Desiree aún no se habría levantado, de manera que Daisy se vería obligada a abrir la puerta. Pulsó el timbre por lo menos una docena de veces hasta que por fin ella abrió.

Parecía furiosa. A Mitch no le sorprendió, teniendo en cuenta sus antecedentes. Intentó recordar la última vez que la había visto. Nunca bajaba al pueblo, ni tenía trato con los residentes. Su carácter altivo, así como sus legendarios viajes de compras a Nueva York y a París, habían convertido a Daisy Dennison en la comidilla del Café de Betty durante años. En aquel entonces solía vestir con gran elegancia, montaba los mejores caballos y hacía lo que le apetecía, como le apetecía y donde le apetecía. Y delante de todo el mundo, incluido su marido.

Pero eso fue hasta el secuestro de Ángela. Después de aquello se había convertido en una reclusa, lo cual había dado lugar a una nueva oleada de rumores. Pero incluso esos rumores habían llegado a extinguirse con los años, por falta de nuevas noticias.

Por lo que sabía Mitch, Daisy Dennison rara vez se veía con alguien a excepción de su familia inmediata y de su ama de llaves, una alemana de rostro severo llamada Zinnia.

Lo que lo sorprendió fue lo mucho que había envejecido. Wade había dejado a todo el mundo boquiabierto cuando un día apareció en Timber Falls con su flamante y misteriosa esposa. Daisy, una auténtica belleza de pelo negro, contaba solamente diecinueve años por aquel entonces. Pero ahora, cuando todavía no tenía ni cincuenta, parecía aún mayor que su marido, de setenta. Estaba extremadamente delgada. Se recogía su preciosa melena de antaño, ahora teñida de gris, en un severo moño. Y vestía con desaliño: llevaba un ancho chándal negro y unas gastadas zapatillas del mismo color.

Estaba pálida, no había luz alguna en sus ojos. En nada se parecía a la elegante joven que solía ver montando a caballo los veranos, detrás de su casa. Entonces Mitch sólo era un niño. Pero recordaba que su padre solía desaparecer en los bosques, aquellas mañanas soleadas, para regresar después del mediodía... oliendo a vino y a perfume.

Procuró ahuyentar aquel recuerdo, como solía hacer con la mayoría de los que conservaba de su padre. Era mejor el olvido.

—Lamento molestarla, señora Dennison, pero estoy trabajando en el caso de una persona desaparecida y necesito hacerle algunas preguntas.

Lo fulminó con la mirada por no haber llamado primero, aunque ambos sabían por qué no lo había hecho.

—Sólo serán unos minutos.

Daisy miró su reloj como si estuviera buscando una excusa. Pero no necesitaba ninguna para no querer hablar con él, y eso también lo sabían los dos. Con un suspiro

de irritación, se hizo a un lado y lo dejó pasar.

Acto seguido lo guió hasta un gran salón, en un ala de la casa. Lleno de altos ventanales, la vista habría sido magnífica, si las persianas no hubieran estado cerradas. Aquella habitación era tan oscura y deprimente como el tiempo que estaba haciendo fuera.

¿Qué haría Daisy Dennison en aquella enorme mansión durante todo el día? ¿Y por qué se habría encerrado allí durante tantos años, como una ermitaña? Se preguntó si le sucedería lo mismo a su hija Desiree, que también vivía en la casa. O quizá era por eso por lo que Desiree seguía allí, por su madre...

—¿Qué es lo que quiere? —le preguntó Daisy, impaciente, señalándole una silla.

—Una de las pintoras-decoradoras de la factoría ha desaparecido. Nina Monroe — esperó su reacción, pero no hubo ninguna. ¿Acaso su marido no le había hablado de Nina? Evidentemente no—. A Wade le preocupa que pueda haberle pasado algo.

—No me interesa nada que tenga que ver con la factoría.

—¿Tampoco le interesaría si resultase cierto que su marido mantenía una relación con Nina?

Daisy esbozó una amarga sonrisa.

—Aún menos si ese fuera el caso —se dispuso a levantarse—. Debería haber telefoneado. Así se habría ahorrado el viaje.

—¿Por qué vino a verla mi madre el día en que Ángela fue secuestrada?

Volvió a sentarse lentamente en su silla. Su expresión se había vuelto dura, pétrea.

—Quería dinero para abandonar el pueblo. Creyó que podría chantajearme.

—Eso es mentira —las palabras salieron de su boca antes de que pudiera evitarlo.

Daisy arqueó una ceja.

—Obviamente, no conocía a su madre. ¿Qué edad tenía usted cuando se marchó? ¿Seis años? La eché de esta casa y jamás volví a verla.

—¿Y a mi padre? ¿Volvió a verlo a él?

—No —su mirada se suavizó de repente—. No después de perder a Ángela. Supongo que esto tampoco se lo creerá, pero yo amaba a su padre.

Mitch se levantó.

—Me gustaría hablar con Desiree.

Aquella fue la primera reacción sincera y emotiva de Daisy. De miedo.

—Desiree no sabe nada de la relación que yo mantenía con su padre...

—Pero puede que sepa algo de Nina Monroe —replicó Mitch. Sabía que Daisy no podía impedirle que hablara con ella. Pero, por lo menos, podía intentarlo.

—Nada puede cambiar el pasado —pronunció de pronto con voz cansina, como si fuera una anciana débil y temblorosa. Su característica altivez había desaparecido por completo—. ¿Es que no puede dejarlo enterrado como está, por el bien de todo el mundo?

—Ojalá pudiera. Pero me temo que hay cosas que no se dejan enterrar.

Un brillo de lágrimas asomó a sus ojos oscuros. Se dirigió hacia el fondo del salón. Mitch creyó por un instante que iba a llamar a alguien para que lo echara de allí, pero en lugar de eso, las persianas de los ventanales se abrieron de golpe. Tras señalarle la puerta que llevaba a la piscina interior, descolgó el teléfono.

Mitch la oyó marcar un número, seguro de que estaría llamando a su marido. Wade se pondría furioso, pero no importaba. Habían transcurrido más de treinta y seis horas desde la última vez que Nina había sido vista en público.

No podía sacudirse la sensación de que estaba investigando un homicidio.

—Oh, estas galletas... —exclamó Charity, encantada.

—¿Son mejores que el sexo? —le preguntó Lydia, guiñándole maliciosamente un ojo.

—Si lo practicara, se lo diría.

La anciana se echó a reír.

—Vamos a ver... ¿cómo es que mi hermano anda liado con esa empleada suya?

—Esperaba que me lo dijera usted. Nadie parece saber nada sobre ella. ¿Había visto a Wade volverse tan loco antes?

—Sólo una vez. Cuando se llevaron a Ángela.

Charity asintió. Había previsto aquella respuesta.

—¿Recuerda algo de aquel suceso? —le preguntó mientras picaba otra galleta.

—Lo recuerdo todo como si hubiera sido ayer —respondió Lydia, y empezó su relato...

Una fina niebla se alzaba de las aguas azul turquesa de la piscina, empañando los cristales. A través del vaho, Mitch vio a Desiree Dennison tumbada cerca del agua, vestida con un traje de baño rosa claro, de una pieza. Acababa de bañarse. En la sala hacía tanto calor como en una sauna.

Alzó la mirada cuando lo oyó acercarse. Le recordaba a una adolescente. Y no sólo por su aspecto. Le costaba creer que fuera tres años mayor que Charity.

—¿*Sheriff* Tanner? —parecía sorprendida. ¿Era posible que no se hubiera enterado de la desaparición de Nina Monroe? O quizá no pudiera importarle menos, como a su madre...

—¿Hay algún lugar menos... húmedo donde podamos hablar?

Desiree gruñó entre dientes, llevándose una mano a la cabeza.

—Tengo una resaca horrible y no estoy de humor para sermones.

—No he venido aquí para sermonearla.

—¿Acaso he quebrantado alguna de sus leyes? —le preguntó, sin incorporarse.

«Probablemente una media docena», respondió Mitch para sus adentros.

—No son mis leyes. ¿Le importaría ponerse algo?

Bajó la mirada a su cuerpo esbelto y bronceado antes de sonreírle, burlona:

—Claro, *sheriff*. Si eso es lo que quiere...

Mitch desvió la mirada mientras ella se levantaba lentamente para ponerse una amplia camisa de hombre, de manga larga. Se preguntó a quién pertenecería.

—¿Le apetece beber algo? —le preguntó, guiándolo a la sala de juegos, repleta de pantallas de vídeo—. ¿Cerveza? ¿Soda? ¿Agua mineral? —abrió una pequeña nevera, detrás de una barra.

—Nada. Gracias.

Desiree se encogió de hombros mientras abría una botella de cerveza, cuidando de no estropearse el esmalte de sus largas uñas.

—Veamos. Mi papá le habrá pedido que me hable de... ¿qué? ¿De los males del alcohol? ¿De las drogas? —sonrió de nuevo—. ¿Del sexo?

—He venido porque estoy trabajando en un caso. La desaparición de Nina Monroe.

—¿Quién?

—La pintora-decoradora de la factoría de su padre, de la que todo el mundo está hablando —le explicó con tono paciente.

—Tal vez haya oído algo anoche, en el Duck-In. ¿Pero por qué me pregunta a mí sobre ella?

—¿No la conocía?

Desiree arrugó la nariz.

—Yo no frecuento a la gente de la fábrica.

—¿Nunca se encontró con ella en el Duck-In?

—Supongo que no —se encogió de hombros.

—Su padre piensa que pudo haberle pasado algo.

—¿Quiere decir que alguien la asesinó?

Lo dijo como si en Timber Falls jamás hubiera ocurrido nada tan interesante. Mitch se preguntó por qué esa mujer seguiría en aquella casa. ¿Por la piscina, las comodidades, la cuenta sin límite de su padre? ¿O acaso temía dejar a su madre sola en aquella enorme y vieja mansión?

—Dígame una cosa: ¿qué sucedería si ahora mismo volviera su hermana Ángela?

Desiree se atragantó con la cerveza.

—¿La maravillosa hermana menor cuya altura moral yo jamás pude alcanzar, entre otras razones porque aún sigo viva? —exclamó, irónica—. ¿Pero por qué me pregunta eso? No pensaré que Nina...

—Simple curiosidad.

—Mis padres la lapidarían hasta la muerte, porque... ¿cómo podría ella equiparse a la niña perfecta cuyo recuerdo han idolatrado durante veintisiete años? —le lanzó una mirada cargada de amargura—. ¿Pero sabe una cosa? Aun cuando ella no fuera la hija perfecta, yo seguiría siendo la oveja negra, a su lado...

## Capítulo 12

Cuando Mitch se alejaba de la mansión Dennison, Sissy lo llamó por radio.

—Creo que uno de tus fanáticos del Bigfoot ha encontrado algo que estabas buscando.

—Pásate al canal de seguridad.

—¿Sigues ahí? —le preguntó un par de segundos después.

—Adelante —respondió él.

—Acabo de recibir una llamada anónima de un tipo que dice que ha visto un pequeño coche rojo en el fondo de un barranco. Está demasiado empinado para bajar hasta allí. El tipo gritó unos cuantas veces, pero no recibió respuesta, así que decidí avisar. No quería complicaciones, por eso no quiso darme el nombre. Llamó desde la cabina de teléfonos que hay en la puerta del Duck-In.

Mitch masculló un juramento. ¿No era esa precisamente la noticia que llevaba temiendo toda la mañana?

—¿Dónde vio el coche?

—Nada más pasar las cascadas de Lost Creek, a unos doce kilómetros del pueblo.

—Voy para allá —llegó a Main Street y enfiló hacia el sur. No puso las luces ni la sirena. Vigiló la velocidad. No quería añadir más rumores a los que ya corrían por Timber Falls.

De repente una figura vestida con un impermeable rojo corrió hacia él, agitando los brazos. Lo único que vio fue una mancha roja antes de pisar el freno. El coche patrulla derrapó en el asfalto, a sólo unos centímetros de la catástrofe.

Charity le sonrió bajo la capucha y se apresuró a abrir la puerta.

—¿Has perdido la cabeza? He estado a punto de atropellarte —gritó. Pensó que Wade tenía razón: aquella mujer era una amenaza.

—Tú jamás me atropellarías —replicó mientras se abrochaba tranquilamente el cinturón de seguridad—. Tal vez te gustaría hacerlo, pero no podrías —dijo sonriendo.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Pensé que tal vez te apetecería comer algo. Betty ha hecho pastel de coco y he descubierto algunas cosas que seguro te interesarán, como que Wade y Daisy tuvieron una fuerte discusión la noche en que desapareció Ángela.

Mitch esperaba que aquella discusión no tuviera nada que ver con su madre. Hasta ese momento había creído que nadie se había enterado nunca de la aventura entre su padre y Daisy Dennison. ¿Se habría estado engañando a sí mismo?

Charity miró por el espejo retrovisor.

—¿Te das cuenta de que estás bloqueando el tráfico?

Estuvo a punto de decirle que no tenía tiempo para escucharla, pero si el coche de Nina se encontraba en aquel momento en el fondo de un barranco, entonces dejar a Charity en el pueblo era demasiado peligroso. Sobre todo después de lo que había ocurrido últimamente.

Arrancó de nuevo el coche y se puso en marcha.

—La cafetería de Betty está en la otra dirección —le recordó Charity cuando pasaron por delante de la casa de Florie, rebasando los límites del pueblo.

—Estás bajo custodia temporal.

—¿Custodia temporal? —le gustaba la expresión—. Creo que no la necesito —abriendo el bolso, le enseñó su pequeña pistola, el spray de autodefensa y el juego de esposas que llevaba.

Mitch soltó un gruñido.

—¿Qué diablos piensas hacer con las esposas?

—Hasta que tú me rescataras, quizá me vería obligada a detener a alguien —sonrió—. A no ser que a ti se te ocurra otro uso...

—No me hagas arrepentirme de no haberte encerrado en una celda.

—¿Adónde vamos?

—A comprobar una llamada anónima sobre un coche rojo que ha ido a parar al fondo de un barranco.

—¿Nina? —exclamó sorprendida.

—Quizá.

Charity se estremeció visiblemente.

—Seguimos sin saber quién era en realidad, ¿verdad?

—Así es.

A ambos lados de la carretera, la niebla se espesaba entre los árboles como un manto de algodón. Estaban entrando en una zona singularmente aislada. La ciudad más cercana, Oakridge, distaba más de cuarenta kilómetros. Desgraciadamente, sólo faltaban unas pocas horas para la caída del sol. Entre eso y la lluvia, el día ya se presentaba lo suficientemente oscuro y siniestro como para encima encontrarse con un cadáver.

—Háblame de esa presunta discusión entre Wade y Daisy.

—Bueno, la verdad es que siempre estaban discutiendo, pero aquella vez fue peor.

—¿Según quién?

—Ya sabes que no puedo revelar mis fuentes.

—Por supuesto.

—La niñera, Alma Bromdale, le dijo de manera estrictamente confidencial a mi informante que, después de acostar a Ángela, bajó a buscar el frasco de pastillas que había dejado en la cocina.

Las mismas pastillas que la habían dejado drogada. Y el motivo por el que no

había oído al intruso entrar en la casa y llevarse al bebé, pensó Mitch recordando la declaración de la propia Alma.

—Daisy estaba en el despacho del fondo del pasillo, al otro lado de la cocina, con Wade. Alma oyó a Wade decirle a Daisy que si realmente Ángela no era hija suya, las echaría a las dos de la casa sin darles ni un maldito céntimo. Que la devolvería a la calle, de donde la había recogido, y que jamás volvería a ver a Desiree.

—¿Qué?

—Es cierto. Mi informante descubrió que la familia de Daisy es de origen humilde. Lo de sus orígenes millonarios era todo mentira. Sólo se casó con Wade por dinero.

Mitch se dijo que no debería sorprenderse tanto. Pero si Daisy era pobre y Ángela era hija de otro hombre... En aquel momento sólo podía pensar en una cosa, en lo que Daisy le había dicho antes: que había amado realmente a su padre.

—Si Wade no era el padre... ¿entonces quién pudo ser? —inquirió Mitch con el estómago encogido. ¿Era posible que Ángela hubiera sido su hermanastra?

Charity sacudió la cabeza.

—Eso sí que no lo he podido averiguar.

Conociéndola, Mitch sabía que no tardaría mucho tiempo en hacerlo.

—Si todo lo que tu informante te ha dicho es cierto, ¿cómo pudo permanecer en secreto durante tanto tiempo?

—Supuestamente, Daisy despidió a Alma. Sin embargo, poco después de eso, Alma recibió una buena cantidad de dinero y desapareció. Mi informante permaneció en contacto con ella a través de una amiga común. La única razón por la que ha hablado ahora es porque Alma está muerta. Falleció de cáncer a mediados de septiembre, en Washington.

Mitch maldijo para sus adentros. Había esperado preguntarle a Alma acerca de la cucharilla de Ángela.

—¿De modo que no hay forma alguna de probar nada de eso?

Charity sonrió.

—Alma tenía una hermana, Harriet Bromdale, que aún vive en Coos Bay.

¿La única Bromdale que figuraba en la guía telefónica de Coos Bay era la hermana de Alma?

—Creo que Daisy pagó a Alma para que se mantuviera callada —le comentó Charity.

—¿Acerca de la discusión que tuvieron?

—No. Acerca del secuestro.

Mitch se echó a reír.

—Déjame adivinar... ¡Tienes una teoría!

—Daisy no podía dejar que Wade descubriera que Ángela no era suya. Habría perdido a Desiree, y se habría visto expulsada de la casa, sin dinero, con el bebé... Así que Daisy contrató a alguien para que secuestrara a Ángela. Por eso ha vivido

encerrada en su casa, como una reclusa, durante todos estos años. Tuvo que renunciar a una hija para salvar a la otra, y desde entonces jamás pudo tener la conciencia tranquila. ¿Por qué si no se enterró luego en vida en ese caserón?

Mitch se volvió para mirarla. A veces su imaginación lo dejaba anonadado.

—Es una teoría tan buena como cualquier otra. Pero si Nina es Ángela, ¿no se habría alegrado Daisy de volver a ver a su hija después de tantos años?

—No si con ello su antigua aventura quedaba al descubierto. O si esa misma hija se dedicaba a chantajearla.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Tuvo que reconocer que era una teoría endiabladamente buena. Lo que más le molestaba era su aspecto morboso...

—Por supuesto, también tengo una contrateoría —añadió Charity—. Wade se deshizo del bebé. Daisy lo sabe, pero no puede demostrarlo. Así que vive encerrada en aquella casa con un monstruo que ella misma ha contribuido a crear. Y se considera responsable de lo que le pasó a Ángela. Pero al menos tiene a Desiree, continúa siendo la señora Dennison, y sigue viviendo en su enorme mansión y disfrutando del dinero de su marido.

—Una contrateoría, ¿eh? En cualquier caso, Daisy queda como una mujer cruel, insensible. ¿Y si Ángela era hija de Wade?

—Mejor todavía. Se deshizo de su propia hija. Imagínate el cargo de conciencia que debe de tener Daisy, la ironía de su situación... Y ella es la única culpable.

—Oh, creo que a Daisy le encantaría ver a Wade entre rejas si realmente pensara que fue él quien secuestró a su bebé —comentó Mitch, aunque cualquiera de las dos teorías de Charity le parecía perfectamente plausible.

La indicación de las cascadas de Lost Creek apareció de pronto y Mitch aminoró la velocidad. Casi se arrepentía de haberse llevado consigo a Charity. Estaban en una zona muy aislada y tenía un mal presentimiento.

Cuando tomó el desvío que llevaba a las cascadas, la niebla se había espesado aún más. La carretera terminaba algunos kilómetros más adelante en un pequeño aparcamiento, al borde del precipicio.

Se detuvo, bajó la ventanilla y echó un vistazo. Había dos tipos de huellas en la pista de barro que salía del aparcamiento. Una motocicleta que había entrado y dado la vuelta, y un camión. Si el coche de Nina estaba abajo, en el fondo, tenía que haber entrado por allí antes de que comenzaran las lluvias y el camino se embarrara, porque sus huellas no estaban por ninguna parte.

Contuvo el aliento, preocupado. Su hermano Jesse era el único del pueblo que poseía una moto. Subió el cristal de la ventanilla con gesto preocupado y siguió adelante.

—Qué gran lugar para deshacerse de un coche —susurró Charity. Las ramas de los árboles golpeaban el parabrisas y los neumáticos se hundían en el fango—. O de un cadáver.



—Y también para una trampa.

Charity le lanzó una mirada de temor y se apresuró a poner el seguro de la puerta. Mitch no pudo disimular una sonrisa.

Las luces hendían la oscuridad. El único sonido era el chapoteo de las ruedas y el repiqueteo de la lluvia en el techo del coche patrulla. Cuando habían recorrido unos quinientos metros, distinguieron algo pendiente abajo. El brillo de un parachoques cromado.

Mientras aminoraba la velocidad, pudo percibir la tensión de Charity. El coche rojo se había deslizado por una empinada cuesta para terminar en el fondo del barranco, parcialmente oculto por las ramas de un gran pino.

Mitch se detuvo, echó el freno de mano y sacó sus prismáticos de la guantera. Luego abrió la puerta y bajó del coche. El vehículo parecía haber resbalado sin control hasta chocar contra el tronco del pino.

Limpió el vaho de los prismáticos y lo enfocó de nuevo, dudando entre bajar a verlo en aquel mismo momento o esperar y pedir ayuda: No le gustaba dejar a Charity sola en el coche. Además, sabía que el vehículo llevaba días allí, antes de la llegada de las lluvias. Probablemente desde el martes, la noche de la desaparición de Nina, o a la mañana siguiente, antes de que empezara a llover. ¿Podría Nina seguir viva si no había fallecido en el accidente?

No lo sabía. Pero por eso mismo no podía esperar para averiguarlo.

A través de la lluvia, Charity podía ver la parte trasera del coche rojo, bajo las frondosas ramas del árbol.

—Vas a pensar que estoy tan chalada como Florie —le dijo a Mitch cuando volvió al coche—, pero este lugar me da malas vibraciones.

Mitch le lanzó una sonrisa tranquilizadora.

—No te preocupes. No tardaré mucho.

—¿Y si tardas demasiado?

—El coche patrulla tiene tracción a las cuatro ruedas. Conduciendo con cuidado, podrás salir de aquí... en caso de que yo no vuelva.

—Me estás asustando.

—Sólo estoy contemplando todas las posibilidades —bajó de nuevo y abrió el maletero.

Contra toda precaución, Charity bajó también. Vio que Mitch se ponía un mono impermeable y unas botas de montaña.

—¿No deberías llamar pidiendo ayuda? —le preguntó. Oscurecía por momentos. Y no podía sacudirse la sensación de que alguien los estaba observando.

—Tendríamos que salir a la carretera principal para que pudiera comunicarme por radio. Y la policía del estado tardaría varias horas en llegar. Sólo disponemos de una

hora antes de que se haga de noche. Ni siquiera estoy seguro de que se trate del coche de Nina. Si lo estuviera, te habría pedido que salieras de aquí y pidieras refuerzos.

Detestaba que se mostrara tan irritantemente lógico. Lanzó una mirada tentativa por el borde del barranco. Le entraban mareos sólo de pensar que pudiera haber alguien allí abajo...

—No te preocupes. Daré un rodeo y bajaré por la zona menos empinada. Tal vez tarde un poco. Quiero que te quedes dentro del coche, con el seguro echado. Espérame hasta media hora después de que anochezca. Si para entonces no he regresado, sal a la carretera y pide ayuda por radio.

Mientras se colgaba una mochila a la espalda, la miró como si temiera dejarla sola. Charity pensó que no era el único.

—Tengo mi pistola y mi spray de autodefensa —le recordó.

—Ah, sí. Y las esposas. No te olvides de usarlas.

—¿Te estás riendo de mí?

—Me conoces lo suficiente para saber que no.

—Deberías alegrarte de que vaya armada.

Pero esa respuesta no pareció ofrecerle ningún consuelo.

—Ya hablaremos luego de la legalidad de llevar un arma sin permiso.

—Así tendremos tema de conversación para cuando volvamos al pueblo —replicó, sarcástica.

Mitch le señaló el coche patrulla, esperando a que subiera para poder marcharse. Charity se sentó al volante y echó el seguro.

Cuando pasó a su lado, Mitch vaciló como si fuera a decirle algo más. Una frase del tipo «siempre te he amado» habría sido la más apropiada, pensó Charity. Pero, en lugar de ello, continuó caminando, de espaldas a ella.

En un impulso, bajó el cristal y le gritó:

—¡En caso de que no regreses... —vio que se detenía, sin volverse—... que sepas que te echaré de menos!

Continuó andando como si no la hubiera oído. Pero ella sabía que lo había hecho. ¿Por qué no le había dicho que lo amaba? ¿Por qué diablos no se había atrevido?

Porque no era eso lo que Mitch habría querido escuchar, se dijo mientras volvía a subir el cristal y se preparaba para una larga espera. Dejó su pistola cargada sobre el asiento del pasajero, y el spray al alcance de la mano. Las llaves estaban en el contacto.

Empezó a llover con más fuerza. Las ventanillas se llenaron de vaho al instante. Pensó en arrancar el motor y encender la calefacción, para que desapareciera el vaho, pero temía consumir demasiada gasolina. Quizá la necesitara más tarde.

Le ponía nerviosa no poder ver lo que tenía justamente delante. Limpió el parabrisas, frenética, pero segundos después volvió a llenarse de vaho. Cuando miró su reloj, descubrió que sólo habían pasado cinco minutos desde que Mitch se había marchado.

Mitch bajó por la pista de barro hasta que encontró un sendero que serpenteaba por la cuesta. Descendió con precaución, abriéndose paso entre el follaje. Estaba oscureciendo muy rápido y llovía aún más que antes. Una espesa niebla se acumulaba en el fondo del barranco. Intentó apresurarse, pensando en Charity, sola en el coche...

De repente distinguió el reflejo cromado del parachoques. Lo enfocó con una linterna que sacó de la mochila y continuó acercándose. La niebla era tan densa que casi se podía cortar con un cuchillo. Por encima de él, apenas una rendija de cielo se recortaba entre las copas de los árboles.

Un escalofrío le recorrió la espalda cuando enfocó el coche rojo. Se había detenido al chocar contra el tronco de un pino, entre unas rocas. La parte trasera apenas resultaba visible bajo las ramas.

Se preguntó de nuevo cómo el autor de la llamada anónima habría descubierto el coche. Sospechaba que la única persona que podía saberlo era precisamente la responsable de que en aquel momento estuviera allí. Recordó las huellas de motocicleta que había visto en la pista de barro.

Conforme se fue acercando al vehículo, pudo ver que el maletero estaba abierto... y vacío. Las ramas del pino ocultaban completamente la puerta del conductor. Arrastrándose por debajo de las ramas, iluminó el interior del coche. No había nadie en el asiento del conductor.

Pero había algo en el suelo. Se acercó para examinarlo mejor. A la luz de la linterna descubrió un pato de reclamo de la marca Dennison. Sólo estaba pintado parcialmente. El resto parecía estar cubierto de sangre seca y restos de piel humana.

Cuando iluminó el asiento trasero, ya sabía lo que iba a encontrar: el cadáver de Nina Monroe.

## Capítulo 13

*Viernes, 30 de octubre*

Ya había amanecido cuando la policía del estado pudo meter el cuerpo de Nina en el vehículo del forense y acordonar la zona. El equipo de la policía científica había llegado con las primeras luces del alba, para examinar las huellas del coche.

Según los papeles del vehículo, la víctima se llamaba Nina Bromdale. El mismo apellido de la mujer que había trabajado de niñera de Ángela Dennison veintisiete años atrás.

Mitch estaba empezando a encajar las piezas en su lugar. Según Charity, Alma Bromdale había fallecido a mediados de septiembre. Un par de días después Nina había aparecido en Timber Falls para solicitar empleo en Dennison Ducks.

Miró a Charity mientras abandonaban la zona en el coche patrulla. Estaba pálida y cansada, pero también estaba increíblemente hermosa. Aunque se había ofrecido a llevarla a casa, ella había querido quedarse con él.

—Te invito a desayunar en Oakridge —propuso Mitch.

—No. Tenemos que ir a Coos Bay a hablar con la hermana de Alma Bromdale.

Mitch sabía que su cerebro no había dejado de funcionar desde que se enteró de que Nina se apellidaba Bromdale.

Cuando se acercaban a la autopista, vio un coche detenido ante el coche patrulla que bloqueaba la carretera. Wade Dennison bajó precipitadamente y se encaró con el policía de guardia.

—Quédate aquí, ¿de acuerdo? —le dijo Mitch a Charity antes de bajar.

—Descuida —repuso, estremecida.

—¿Qué diablos está pasando aquí? —gritó Wade cuando vio acercarse a Mitch—. Este maldito policía no quiere decirme nada.

—Hablaremos en su coche —le propuso Mitch mientras se dirigía al Lincoln de Wade. El motor estaba en marcha. El interior era amplio, lujoso.

Wade se sentó al volante. Tenía la respiración acelerada de rabia. Y quizá también de miedo.

—Hemos encontrado el coche de Nina.

Wade se volvió para mirarlo. Evidentemente, eso era lo que más había temido.

—Nina estaba dentro. Está muerta, Wade.

No estaba muy seguro de la reacción que había esperado. Pero aquella lo sorprendió.

—No —soltó un sollozo. Con la cabeza entre las manos, se desplomó sobre el

volante y estalló en llanto.

Mitch esperó a que se recuperara antes de añadir:

—Nina no era solamente su empleada.

Wade se enjugó las lágrimas.

—No puedo hablar de esto ahora —tenía la voz ronca, desgarrada.

—Wade...

—Sal de mi coche. Por favor, Mitch. Ahora no puedo, ¿es que no lo entiendes?

Era la primera vez que lo tuteaba. Siempre lo había llamado «Tanner», o «*sheriff*». Y tampoco nunca lo había oído pronunciar la expresión «por favor».

Se dijo que, en aquellas circunstancias, no podría sacar nada en claro de Wade. Bajó del coche. Vio que arrancaba y se marchaba a toda velocidad hacia Timber Falls.

—¿Cómo ha reaccionado? —le preguntó Charity. Ya no parecía pálida y cansada. La infatigable periodista había reaparecido.

—De una manera extraña.

—¿Te confesó la relación que mantenía con Nina?

Mitch negó con la cabeza. No quería admitir lo mucho que lo asustaba que la muerte de Nina pudiera suscitar una reacción en cadena de acontecimientos que cambiaran Timber Falls para siempre. Miró a Charity, estudiándola como si nunca antes la hubiera visto con tanta claridad. La lluvia había cesado. Le brillaban los ojos con un fulgor dorado. Su pelo era una llama de color.

No solamente era hermosa. Había tanta vida en ella... Estaba llena de energía, de entusiasmo, de ilusión.

—¿Qué pasa?

Sacudió la cabeza, sonriendo.

—Sólo me estaba preguntando si vamos a poder desayunar en Oakridge.

Harriet Bromdale vivía en una antigua granja de las afueras de Coos Bay. La casa había sido tan blanca como la valla que la rodeaba, pero el aire del mar la había vuelto gris con los años. Las petunias que flanqueaban el sendero de entrada aún conservaban sus flores.

Una anciana abrió la puerta. Parecía demasiado mayor incluso para ser la hermana de Alma.

—Soy el *sheriff* Tanner, de Timber Falls —se presentó Mitch, mostrándole su placa.

—¿Timber Falls? —Harriet sacudió la cabeza—. ¿Qué es lo que ha hecho ahora?

—¿Perdón?

—Nina —los miró extrañada—. Es por ella por lo que han venido, ¿no?

—Entonces conoce a Nina.

—¿Que si la conozco? —la mujer soltó una amarga carcajada—. Yo la crié.

—Así que usted es...

—Su tía. ¿No es de eso de lo que querían hablarme?

—Sí. También queríamos preguntarle por su hermana Alma.

Harriet frunció los labios.

—De tal palo, tal astilla...

—¿Nina era la hija de Alma? —inquirió Charity sin poder contenerse.

La anciana la miró detenidamente.

—¿No es eso lo que acabo de decir?

Mitch se dijo que aquella mujer parecía hablar con acertijos.

—¿Le importaría que pasáramos dentro?

Harriet vaciló, entrecerrando los ojos.

—Tengo trabajo que hacer.

—No le quitaremos más tiempo del estrictamente necesario —y entraron.

La casa era muy oscura y estaba impregnada de un olor rancio a cerrado y a tabaco. Harriet los llevó al salón, señalándoles un desvencijado sofá cubierto con una funda de plástico que debía de tener al menos cincuenta años. Harriet se sentó en una silla, frente a ellos, y sacó un cigarrillo del paquete que llevaba en el delantal. Lo encendió, soltando una bocanada de humo.

—¿Y bien? ¿Qué es lo que ha hecho ahora Nina?

Mitch se había quitado el sombrero y le estaba dando vueltas entre los dedos.

—Lamento tener que comunicarle que ha muerto. Aparentemente se trata de un homicidio.

—No me sorprende —resopló la anciana—. ¿La mató el novio?

—¿A quién se refiere?

—Un don nadie —se encogió de hombros—. Como todos los tipos con los que sé relacionaba. Nunca le duraban lo suficiente como para que pudiera retener sus nombres.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Nina?

—Hace un mes. Le dije que no fuera a Timber Falls. Fíjese, por ejemplo, en lo que le sucedió allí a su madre.

Charity imaginó que se estaría refiriendo al secuestro de Ángela y al subsiguiente despido de Alma, pero Harriet añadió:

—Terminó embarazada.

—¿Alma estaba embarazada cuando volvió de Timber Falls?

—Me dejó un bebé para que yo lo cuidase, antes de dedicarse a sus asuntos...

—¿Está segura de que el bebé era suyo? —le preguntó Charity sin poder evitarlo, pensando en Ángela. Podía sentir la mirada de Mitch clavada en ella. Demasiado tarde recordó la promesa que le había hecho de permanecer callada y dejarlo a él que hablara.

La anciana frunció el ceño.

—Por supuesto que era suyo.

—Antes dijo que usted crió a Nina. ¿Conserva su partida de nacimiento? —inquirió Mitch.

—Tengo una copia. Se están preguntando quién fue el padre, ¿verdad? Bueno, eso no figura en la partida, y Alma ya no puede decírselo. Era un hombre casado, claro está. ¿Por qué le habría dado todo ese dinero si no era para mantenerle callada la boca?

Charity lanzó una elocuente mirada a Mitch, como recordándole sus teorías.

—Alma se marchó después de dejarme a mí el bebé. Se desentendió de su propia hija —les estaba diciendo Harriet—. ¿Creen ustedes que Nina valoró los sacrificios que hice? ¡Ja! Siempre pensó que se merecía algo mejor.

—¿Podría ver esa copia del certificado de nacimiento? —le preguntó Mitch.

Harriet miró su reloj, puso cara de desagrado y abandonó la sala. Pudieron oírla rebuscando algo en la habitación contigua. Volvió minutos después y le entregó a Mitch el documento, expedido en Oregón a nombre de Nina Ann Bromdale. Charity se inclinó sobre su hombro para leerlo. Nina había nacido en marzo, sólo un par de meses después de que Ángela Dennison, tres meses mayor, hubiera sido secuestrada en Timber Falls.

—¿Qué tiempo tenía el bebé cuando Alma se lo dejó a usted? —quiso saber Charity.

Harriet se encogió de hombros.

—Seis, ocho meses... —era obvio que no le importaba demasiado.

—¿Podría prestármela? —Mitch señaló la partida de nacimiento.

—Quédesela. Yo no la quiero. Imagino que querrán que la entierren. Al igual que tuve que enterrar a su madre en septiembre. Cáncer —asintió enérgicamente con la cabeza, como si su hermana hubiera sido culpable de tener esa enfermedad.

—¿Alma le dijo algo sobre el padre de Nina antes de morir?

Harriet bajó la mirada al cigarrillo que sostenía entre los dedos.

—Ni siquiera me enteré de que había muerto hasta que Nina volvió de México y me lo contó. Al parecer, en su lecho de muerte había hecho que alguien la mandara a buscar, sólo para decirle unas cuantas cosas que le interesaba saber...

—¿Como cuáles? —inquirió Charity.

—Quizá algo acerca del padre de la niña. Con el cadáver aún caliente de su madre, Nina salió para Timber Falls, proclamando a los cuatro vientos que finalmente iba a tener lo que se merecía. Y vaya si lo tuvo.

—No creo que nadie se merezca que lo asesinen —replicó Mitch.

Harriet soltó una carcajada.

—Usted no conocía a Nina.

—¿Así que se fue a Timber Falls a ver a su padre?

—¿A verlo? —soltó otra risotada sarcástica—. Lo odiaba. Le echaba la culpa de todo. Fue allí a chantajearlo y sacarle hasta el último céntimo. Para vengarse.

—¿Le habló Alma alguna vez del bebé que fue secuestrado mientras ella trabajaba

de niñera en Timber Falls? —le preguntó Mitch.

—¿El bebé de esa familia rica? A mi hermana la despidieron precisamente por eso.

—¿Cuál era su versión de la historia?

—Alma decía que ella no sabía nada —Harriet alzó los ojos al cielo—. Aunque no me sorprendería que hubiera tenido algo que ver con la desaparición de aquel bebé.

—¿Por qué dice eso?

—Por todo el dinero que supuestamente recibió del padre de su hija. ¿Qué hombre habría hecho algo así?

Charity intercambió una mirada con Mitch.

—Jamás sospeché que el bebé que le trajo su hermana podía ser la niña desaparecida de los Dennison?

—No soy ninguna estúpida —masculló, furiosa—. Pero también sé mantener la boca bien cerrada. Todo eso no tenía nada que ver conmigo.

Mitch se pasó una mano por el pelo, frustrado.

—¿Reconoce esto? —sacó de un bolsillo la cucharilla de Ángela.

Harriet hizo amago de tomarla, pero retiró la mano.

—Eso era del bebé, ¿verdad?

Mitch asintió con la cabeza.

—¿Se lo mostró Alma alguna vez?

Harriet negó enérgicamente con la cabeza.

—Nina la tenía en su poder. La encontramos en su apartamento de Timber Falls —dijo Mitch.

—Tengo trabajo que hacer —Harriet se levantó de la silla, tambaleándose levemente.

Mitch y Charity se levantaron también.

—Si se le ocurre algo más... —Mitch le tendió su tarjeta.

La anciana la tomó, reacia, como si fuera a mancharse con ella.

—Es ese pueblo. Está maldito.

Mitch sabía que Charity se moría de ganas de decirle algo.

—Nina Anna Bromdale tal vez era Ángela —le espetó en el instante en que subieron al coche patrulla—. Incluso aunque la partida de nacimiento fuera verdadera, Harriet no tenía una idea exacta de la edad de Nina cuando su hermana se la entregó.

—Así es. Pero nada es definitivo sin una prueba de ADN, y no creo que Wade acepte hacérsela.

—Eso es absurdo. Si Nina era realmente Ángela... ¡Wade no pudo haber matado a su propia hija!

Mitch sacudió la cabeza, recordando la reacción de Wade.

—Creo que se nos escapa algo. Y sigo sin estar convencido de que Nina fuera



Ángela.

Charity permaneció callada durante unos minutos, reflexionando.

—Es mentira que el pueblo esté maldito.

—Es la lluvia —comentó Mitch—. La lluvia y el aislamiento, los días grises, con la gente encerrada en sus casas. Eso es lo que trastorna tanto a la gente de Timber Falls.

Charity se volvió para mirarlo.

—Si piensas eso... ¿entonces por qué sigues aquí?

La pregunta lo tomó por sorpresa. Frunció el ceño, incapaz de contestar.

Charity sonrió satisfecha, imaginándose la razón. Mitch solamente se había ausentado del pueblo el tiempo justo para graduarse en la universidad. Y ella había hecho lo mismo con su licenciatura en periodismo. ¿Se habría quedado por ella, porque ella seguía allí?

—Quiero hablar con el joyero de Eugene que hizo la cucharilla de plata —le dijo Mitch, cambiando de tema—. Aunque supongo que a estas horas ya tendrás otra vez hambre, ¿verdad?

Comieron en una pequeña cafetería cerca del puerto. Charity pidió ostras fritas, ensalada y patatas fritas, y de postre pastel de crema de coco. Mitch apenas probó su plato de marisco. No podía dejar de pensar en Nina, Wade, Ángela, en aquellas huellas de moto que había visto en la pista de barro... y en lo que Harriet le había dicho acerca de que Nina volvió de México para ver a su madre. México.

—Este pastel no está tan bueno como los que hace Betty —comentó Charity, sonriente.

¿Por qué se había quedado en Timber Falls? Era una buena pregunta. Tenía el presentimiento de que la culpa la tenía la mujer que tenía sentada delante. Y sospechaba que ella también lo sabía.

En la joyería Hart, una mujer de pelo gris, pulcramente vestida, se apresuró a atenderlos.

—Buenas tardes. Déjenme adivinar... Están buscando un anillo de compromiso. Eso siempre se nota.

Mitch vio que Charity se ruborizaba y él sintió un nudo en el estómago.

—Estamos aquí por motivos de trabajo —le dijo, mostrándole su placa.

—Perdone, yo sólo... ¿En qué puedo ayudarlo, *sheriff*? Soy Lois Hart, la propietaria.

Charity se alejó para contemplar el muestrario, deteniéndose a admirar una pulsera de plata. Mitch sacó la cucharilla de plata de un bolsillo y la dejó sobre el mostrador de cristal.

La mujer la examinó. Parecía reconocerla.

—Al parecer esta cucharilla fue hecha aquí, diseñada especialmente para Wade

Dennison, de Dennison Ducks —le informó Mitch, atento a su reacción.

—Sí, la hizo mi marido... —se le quebró la voz—. Falleció hace cuatro años.

—Lo siento. ¿Cuántos cubiertos de estos hizo?

—Dos juegos. Uno para la hija mayor, con su nombre grabado, y el segundo para la pequeña. El señor Dennison fue muy explícito en su encargo. Le hizo prometer a mi marido que jamás haría un juego igual. Por supuesto, mi marido cumplió la promesa.

—¿Está segura de que se trata de un trabajo de su marido?

—Oh, sí —respondió, sonriendo.

—¿Nadie le encargó otro juego?

—No. Nos quedamos consternados cuando nos enteramos del secuestro del bebé.

¿Lo encontraron alguna vez?

Mitch negó con la cabeza. La mujer le devolvió la cucharilla.

—¿Qué tipo de monstruo habría sido capaz de hacer algo así?

—Bueno, gracias por su colaboración —vio que Charity seguía admirando la pulsera—. Si se le ocurre algo más...

Le tendió su tarjeta y se despidió. Salieron juntos de la tienda. Cuando se dirigían hacia el coche patrulla, Mitch se sintió obligado a disculparse.

—Lamento el malentendido de hace unos minutos.

—Tranquilo —le sonrió—. Ya me he hecho a la idea de que terminaré convertida en una vieja solterona.

—Pues yo no te imagino así para nada —se echó a reír.

—¿Adónde vamos ahora?

—Vaya, me he olvidado de preguntarle algo a la señora Hart... —le entregó las llaves del coche—. Espérame un momento aquí, ¿quieres?

Corrió a la tienda. Lois Hart alzó la mirada, sorprendida.

—¿Le importaría envolverme esta pulsera de plata? —señaló la que había estado admirando Charity—. Me la llevo.

La mujer sonrió.

—Así que no me equivocaba con ustedes dos...

Mitch no se molestó en corregirla. Mientras volvía al coche patrulla, se palpó la pequeña caja que llevaba en el bolsillo de la camisa, preguntándose qué diablos le habría sucedido.

No podía entregarle aquel regalo. Se llevaría una impresión equivocada, y eso complicaría aún más las cosas entre ellos. Maldijo aquel momento de debilidad. No había pensado en nada, simplemente había querido que Charity tuviera aquella pulsera.

—¿Le hiciste la pregunta? —quiso saber ella mientras Mitch se sentaba al volante.

—Sí —encendió el motor. La diminuta caja con la pulsera le pesaba tanto en el bolsillo como la cucharilla de plata.

De regreso a Timber Falls, Charity renunció a seguir intentando darle

conversación. Finalmente, se hizo un ovillo y se quedó dormida.

Mitch recibió la llamada por radio justo cuando entraban en el pueblo.

—Nina Bromdale tenía antecedentes —le informó un agente de la policía del estado. Y le relató una larga lista de arrestos por robos, delitos menores y conducción bajo la influencia del alcohol—. Su última detención tuvo lugar en San Diego. Su novio y ella fueron arrestados cuando viajaban en un coche, a gran velocidad. Conducía él. A ella le cayeron treinta días por alteración del orden público y resistencia a la autoridad.

—¿Y su novio? ¿Qué se sabe de él?

—Déjame revisar el nombre... Sí. Jesse Tanner. ¿Te suena?

—Eso me temo.

Jesse no solamente conocía a Nina, sino que había compartido el asiento trasero de un coche de policía con ella. Y no había regresado a Timber Falls porque sintiera nostalgia del hogar, ni para marcharse con Charity. Había vuelto por Nina. Pero lo que más le preocupaba eran las huellas de motocicleta en la pista de barro que llevaba al barranco. Donde había sido encontrado el coche de Nina... y su cadáver.

Charity se había quedado profundamente dormida, acurrucada contra la puerta.

Mitch aparcó el coche frente a su propia casa. Cuando abrió la puerta del copiloto, Charity se desplomó prácticamente sobre él y le echó los brazos al cuello.

Mientras la metía en casa, alzándola en vilo, la oyó suspirar y murmurar algo parecido a... ¿pastel de crema de plátano?

Cuando la acostó en la cama de la habitación de invitados, estaba roncando suavemente. Sonriendo, Mitch le quitó las botas y la arropó con cuidado. Luego se quedó de pie durante un rato, contemplándola.

¿Cómo iba a protegerla de sí misma?

Fue entonces cuando se acordó del gato. Llamó por teléfono a casa de Charity. Al parecer, Florie se había marchado. Sacó una lata de atún del armario de la cocina y se acercó a la casa, abriendo con la llave que había tomado del bolso de Charity.

—¿Winky? ¿Winky? —abrió la lata. El gato seguía sin aparecer. ¿Acaso los gatos no aparecían corriendo cuando oían que alguien abría una lata?

Miró a su alrededor. Allí no había ningún gato. Lo había engañado, una vez más. Salió y cerró con llave.

Charity seguía profundamente dormida. Mitch sacudió la cabeza, sonriendo. Luego, sin desvestirse, se tumbó en el sofá de la habitación contigua. Estaba a salvo, al menos por aquella noche. Cerró los ojos, escuchando el rumor de su respiración al otro lado de la pared.

Ya no tenía sentido seguir engañándose. Si se había quedado en Timber Falls había sido por Charity.

## Capítulo 14

### *Halloween*

Charity abrió los ojos, somnolienta, cegada por la luz que entraba por la ventana. No quería salir del sueño en el que Mitch había vuelto a ponerse aquel frac negro y estaba tan guapo...

Parpadeó. ¿Por qué estaban abiertas las cortinas? ¿Por qué no había cortinas de ningún tipo? Parpadeó de nuevo. Porque no estaba en su dormitorio. Aquella no era su cama. ¡Ni siquiera era su casa!

Se sentó sobresaltada, sin saber al principio dónde estaba. Entonces vio el sombrero de Mitch en un escritorio, al lado de la puerta. Y a través de la puerta abierta distinguió sus botas en el extremo de un sofá.

Se levantó de la cama, decepcionada al ver que estaba completamente vestida. Maldijo para sus adentros. Mientras se dirigía de puntillas al salón, intentó recordar lo sucedido la noche anterior. Algo le decía que no había sucedido nada entre Mitch y ella. Nada en absoluto. O aquel hombre tenía la fuerza de voluntad de un santo o ella no era tan irresistible como había imaginado.

Fue entonces cuando se acordó de su campaña matrimonial. Claro. Ahora lo entendía.

Mitch seguía dormido en el sofá. Tenía un aspecto maravilloso. Se inclinó para admirar su rostro. De repente Mitch la agarró, tumbándola encima de él antes de que pudiera reaccionar.

—Nunca te acerques tan sigilosamente a un agente de la ley —gruñó—. Podría haberte disparado.

—Tú nunca me dispararías. Quizá te gustaría, pero...

La hizo callar con un beso, abrazándola. Tenía una boca tan maravillosamente perfecta... Podría haber seguido besándola hasta el día de Navidad...

Pero la apartó rápidamente cuando oyó que alguien llamaba a la puerta con fuerza. A través de las persianas distinguió la silueta grande y fornida de Wade Dennison. Miró a Charity. El deseo ardía en sus ojos, debilitando su voluntad.

Los golpes, sin embargo, eran demasiado insistentes para poder ignorarlos.

—Tengo que hablar con Wade —le dijo, incorporándose.

—Y yo tengo que ir al periódico. Porque no intentarás impedirme que escriba la historia del asesinato de Nina, ¿verdad?

Detectaba un claro tono de desafío en su voz.

—¿Me crees tan estúpido? —sabía que aquella era una empresa imposible—. Pero

tendrás un policía custodiándote. Y no acepto objeciones —recogió su teléfono móvil e hizo la llamada correspondiente. Mientras tanto, procuró calmar su excitación antes de abrir a Wade.

Sin discutir, Charity volvió a la habitación para recoger sus zapatos, pavoneándose. Finalmente Mitch se levantó para abrir la puerta.

—Tengo que hablar contigo —Wade lanzó una mirada ceñuda a Charity cuando pasó de largo a su lado, pero tuvo el buen sentido de no decirle nada.

En el instante en que Charity desapareció en la habitación contigua, cerrando la puerta a su espalda, Wade se dejó caer pesadamente en una silla.

—Nina era mi hija —le confesó, escondiendo la cabeza entre las manos.

—¿Ángela?

—¿Ángela? —Wade alzó la vista y frunció el ceño—. Ángela no. Nina. ¿Es que no me estás escuchando? ¿Tengo que deletreártelo? Yo tuve una aventura con Alma.

Mitch se quedó mirándolo fijamente.

—¿Alma? ¿Dejó embarazada a Alma?

—Sí. Daisy estaba embarazada y me estaba volviendo loco. Corrían rumores de que la criatura no era mía —agitó una mano con gesto cansino—. Alma nos oyó discutir una noche y me... consoló después de que Daisy se fuera a la cama —se interrumpió, mirándolo.

—¿Alma se quedó embarazada?

Wade asintió, avergonzado.

—¿Cuánto dinero le dio por mantenerse callada?

—¿Callada? No, yo le di dinero para que cuidase de nuestro bebé.

Mitch decidió no discutir ese punto.

—Wade, sé que Nina vino a Timber Falls para chantajearlo.

—No, no fue así. Ella era mi hija. Por supuesto que tenía que darle dinero. Yo sólo quería ayudarla.

—Ya. ¿Y cuánta ayuda le pidió?

Wade se levantó como un resorte de la silla.

—Precisamente por esto no te dije nada —estalló, furioso—. Sabía que intentarías ver cosas... sucias donde no las había. Nina quería hacer algo positivo con su vida. Yo le propuse ayudarla. Le di un trabajo y le ofrecí dinero. Su dinero.

Mitch suspiró profundamente.

—Wade, si Nina era su hija... ¿por qué lo mantuvo en secreto?

Cerrando los ojos, sacudió la cabeza mientras se dejaba caer nuevamente en la silla.

—No podía hacerle eso a Daisy. Ya sabes en qué estado se quedó después de la desaparición de Ángela. No podía contarle de golpe lo de Nina. Daisy y yo pasamos años intentando encontrar a Ángela, siguiendo desesperadamente hasta la menor pista, siempre en vano. Nina entendió perfectamente que yo no se lo dijera a Daisy. De

hecho, insistió en que guardáramos el secreto. Ella no quería destrozarme la vida. Solamente necesitaba una pequeña ayuda para realizar sus sueños.

Mitch se dijo que la Nina que le había descrito todo el mundo jamás habría dejado escapar a Wade tan fácilmente.

—¿Cuál era el precio de esos sueños?

Wade entrecerró los ojos, brillantes nuevamente de furia.

—Eres un cínico canalla, ¿lo sabías, Tanner?

Mitch siguió esperando su respuesta.

—Un millón —pronunció al fin, y alzó una mano—. Era el dinero que tenía reservado para Ángela, hace veintisiete años. Tuve suerte en un par de inversiones — se encogió de hombros.

¿Había entregado a Nina el dinero de Ángela? Mitch se preguntó cómo habría reaccionado Daisy si se hubiera enterado.

—Con un millón de dólares se pueden realizar muchos sueños. ¿Y si Ángela hubiese aparecido?

¿O quizá Wade estaba seguro de que no volvería a aparecer?

—Nina era mi hija —replicó a la defensiva.

—¿Está seguro?

—Alma era virgen la noche en que... lo sé y punto. ¿Es que no puedes creer nada de lo que te digo?

—La verdad es que no. ¿Cuándo pensaba entregarle el dinero?

—Ya se lo había ingresado en una cuenta a su nombre. Iba a encontrarme con ella el martes por la noche para darle los papeles, pero no estaba allí. Luego, cuando al día siguiente no se presentó a trabajar...

—¿A qué hora tenía que encontrarse con ella?

—A las diez. Fui allí, pero no vi ni rastro de ella.

—¿Por qué parecía tan convencido de que le había pasado algo?

Wade suspiró.

—Porque jamás se habría marchado sin el dinero —parecía cansado, derrotado. Un hombre roto.

—¿Contrató a un investigador privado para seguir a Charity?

Wade frunció el ceño.

—¿Por qué habría de hacer eso?

—Ayer mismo amenazó usted con matarla.

—Estaba furioso, colérico. Pero yo no contraté a nadie.

—¿No contrató usted a un investigador privado llamado Kyle L. Rogers, de Portland?

—Si estas pensando que Daisy...

—Sólo estoy preguntando, Wade. Es mi trabajo —Mitch se pasó una mano por el pelo. Le dolía la cabeza—. ¿Sabía si Nina tenía algún enemigo?

—No se llevaba muy bien con el resto de la gente. Tenía problemas con las otras pintoras, pero no puedo creer que alguna de ellas...

—¿Alguien más?

—Bueno, una vez la oí discutir con Bud. Pero todo el mundo discute con Bud.

En eso Mitch no podía menos que estar de acuerdo.

—¿Sabe de qué discutieron?

—No. Eso tendría que preguntárselo a él.

Bud le había dicho que jamás llegó a intercambiar más de dos palabras con ella.

—¿Cuándo fue eso y dónde?

—El lunes después de mediodía, en la planta.

Así que había sido con Bud con quien estuvo discutiendo Nina cuando Charity la vio y sacó la foto...

—Mire, Wade, sé que estuvo usted espiando a Nina. Charity lo descubrió escondido en los árboles. ¿Por qué?

—Tenía miedo de que se metiera en algún lío antes de que se marchara del pueblo.

—¿O más bien tenía miedo de que se replanteara su acuerdo y le contara a todo el mundo la verdad? —Mitch se preguntó si, después de todo, sería cierto que Nina le había enviado una carta a Charity. O quizá Wade había temido precisamente que así fuera.

Wade se levantó, ruborizado.

—Quizá Nina habría sido diferente si se hubiera criado con un padre al lado.

—Lamento lo de su hija, pero mi trabajo en este momento consiste en encontrar al asesino. ¿Saben Daisy o Desiree el acuerdo financiero al que llegó usted con ella?

—Deja a mi familia fuera de esto.

—Esta es una investigación por asesinato, Wade. Dígaselo a su familia antes de que tenga que hacerlo yo.

Charity se fue directamente a escribir sus reportajes. Primero el avistamiento del Bigfoot, que ya empezaba a perder actualidad. Y después la increíble historia del asesinato de Nina Bromdale.

Le habría gustado disponer de más información pero, por desgracia, Wade había frustrado todos sus intentos de hablar con alguien de Dennison Ducks. Al parecer debía de haber amenazado a la plantilla entera con despedir a quien se atreviera a contarle algo.

Tampoco podía publicar nada relacionado con la posibilidad de que Nina fuera Ángela Dennison. No sin pruebas. ¿Pero cómo iba a conseguirlas?

Mientras se sentaba ante el ordenador, sintió una punzada de inquietud, a pesar de que llevaba su pequeña pistola, el spray de autodefensa y el juego de esposas en el bolso. Nina había sido asesinada y el asesino todavía andaba suelto.

Peor aún, sabía que Mitch no le habría asignado un policía para que la custodiara si no pensara que se hallaba en peligro. Lo que quería decir que lo había convencido con su teoría sobre la carta que supuestamente le había enviado Nina. Mitch nunca creía en sus teorías... y además la había besado tres veces durante los últimos dos días. Por fuerza eso tenía que significar algo, ¿no?

Había ido a su casa a ducharse y cambiarse de ropa antes de dirigirse a la oficina del periódico, sabiendo en todo momento que un policía la seguía a prudente distancia. Aun así, no había podido evitar sentirse inquieta. Cuando repasaba lo sucedido durante los últimos días, seguía habiendo algo que no encajaba. Ese era el problema.

Además, le faltaban datos para elaborar el reportaje del asesinato de Nina. Ojalá Nina le hubiese escrito realmente la historia de su vida y se la hubiera enviado por correo...

Alzó la mirada cuando se abrió la puerta. A unos metros de ella, el policía también se había levantado, con la mano en el revólver.

—Tranquilo —le dijo Charity, indicándole que volviera a sentarse—. Es mi ayudante. Blaine.

Blaine no parecía nada afectado por el suceso de la otra noche, cuando alguien lo dejó atado y amordazado en plena calle. Al contrario, parecía eufórico. Charity advirtió que llevaba un cuaderno en la mano.

—He dibujado algo. Me enteré de que habías perdido tu foto de Nina Monroe. Yo la vi unas cuantas veces cuando subí a llevar papeles a Dennison Ducks. Así que... — abrió el cuaderno.

Cuando vio aquel dibujo tan perfecto de Nina Bromdale, alias Nina Monroe, se quedó asombrada. Sin habla.

Después de que Wade se marchara, con Charity trabajando en el periódico, Mitch pensó en lo terriblemente sola que se había quedado su casa. Se quedó en medio del salón, recordándola. Todavía podía oler el leve aroma de su perfume. Y paladear su sabor en los labios.

Debió de haber sabido que el hecho de tener a Charity allí, aunque sólo hubiera sido por una noche, terminaría cambiándole la vida. Incluida la percepción de su propia casa. Jamás podría volver del trabajo, de su rutina diaria, sin echar de menos su presencia.

Cuando subió al coche patrulla, vio calabazas luminosas colgadas de los porches y muñecos de cartón en las ventanas. Lo que faltaba: Halloween. Se había olvidado. Todo el mundo en el pueblo se volvería loco aquella noche, y además había un asesino suelto.

Su primera parada fue en la oficina postal, para revisar la correspondencia de



Charity. Una vez más se preguntó si Nina le habría escrito una carta para que la publicara en su semanario. ¿Habría tenido intención aquella mujer de denunciar públicamente a su padre? No podía olvidarse de la cucharilla de plata que todavía llevaba en el bolsillo.

Por lo que le habían dicho sobre Nina, dudaba que se hubiera conformado con tomar el dinero de Wade Dennison y marcharse. Habría buscado venganza. Y una carta enviada al semanario habría podido explicar la agresión que sufrió Charity en la puerta de la oficina de correos.

Pero no había ninguna carta de Nina en su apartado postal. Charity se sentiría decepcionada de que su teoría no se hubiera visto confirmada. Y Mitch también. Ansiaba cerrar aquel caso lo antes posible. Hubiera o no carta de por medio, Charity se hallaba en peligro. Podía sentirlo. Era un mal presentimiento que jamás lo abandonaba.

Pasó por la oficina del periódico para entregarle la correspondencia, y sintió alivio al ver que ella estaba trabajando en el ordenador bajo la mirada vigilante del policía.

—No hay carta, ¿verdad? —adivinó ella, leyendo su expresión.

Mitch negó con la cabeza.

—Si la envió antes de que la mataran, a estas alturas ya debería haber llegado.

—Tienes razón. Mira lo que ha dibujado Blaine —añadió, entusiasmada.

Miró en la pantalla del ordenador el perfecto retrato de Nina Bromdale, que acababa de escanear. Al lado leyó el titular del reportaje: «Buscando a su padre terminó asesinada». Y debajo del retrato: «¿Quién es realmente esta mujer?»

—¿Podemos hablar en el cuarto de revelado? —le preguntó Mitch.

Charity le sonrió, como si sospechara que se trataba de una táctica para besarla de nuevo. Se levantó y fueron al cuarto oscuro. Mitch cerró la puerta a su espalda.

—Necesito decirte algo.

—Déjame adivinar... ¿Confidencial? ¿Lo ves? Estoy empezando a leer el pensamiento.

Mitch esperaba que no.

—Wade era el padre de Nina.

—¡De Ángela, dirás!

—No. Parece que tuvo una aventura con Alma.

—¿Cómo?

—Lo único que tenemos es la palabra de Alma de que el bebé era suyo. Hasta que no hagamos una prueba de ADN, sigo siendo escéptico —afirmó Mitch—. Pero Wade así lo creía. Planeaba entregarle dinero a Nina la noche que desapareció.

—¿Cuánto?

—Un millón.

Charity soltó un silbido de asombro.

—Si Wade es realmente el padre de Nina, entonces pagó a Alma para que se

mantuviera callada, y ahora a Nina. O al menos pretendía pagarle antes de que fuera asesinada.

A Mitch le encantaba la forma de pensar de Charity. Habría sido una magnífica policía.

—¿No pensarás que Wade...?

—¿La mató? —Mitch negó con la cabeza—. No lo sé. Parece que Nina obró con bastante sangre fría. Wade tenía que saber que cuando recibiera aquel millón, le exigiría más.

—Crees que hay algo más en esto, ¿verdad? La cucharilla de Ángela.

—Creo que quizá había un chantaje más importante que el tema de la paternidad. Es posible que Nina supiera quién secuestró a Ángela.

Charity asintió.

—Eso es exactamente lo que pienso yo.

«Ya», pensó Mitch. Tal vez sintonizaban tan bien que, a esas alturas, podían leerse el pensamiento. Aunque eso lo inquietaba...

—Tengo que irme. Si me necesitas, llámame.

Charity se echó a reír.

—Te tomo la palabra.

Una vez fuera se dirigió al coche patrulla, con las palabras de Charity resonando en su cabeza. Ella siempre había aspirado al matrimonio, y eso era lo que lo había mantenido a salvo. No quería pensar en lo que sucedería si Charity cambiase de idea...

Salió de los límites del pueblo. No tenía ganas de enfrentarse con su hermano Jesse, y lo último que quería en aquel momento era ver a su padre. Con un poco de suerte, quizá el viejo estuviera en el bar...

Hacía meses que no veía a su padre, y sólo de paso. No se acordaba de la última vez que habían hablado. Cuando se marchó de casa con dieciocho años, ya no volvió más.

Lee Tanner abrió la puerta a la primera llamada de Mitch, casi como si lo estuviera esperando. Era un hombre grande, de rostro atractivo. Procedía de una familia adinerada, de prestigio. Un prestigio que él había echado a perder con su afición a la bebida.

—Necesito ver a Jesse.

La casa estaba inmaculadamente limpia. Aquello lo dejó sorprendido. Lee no olía en absoluto a alcohol cuando le informó:

—Jesse no tardará en volver. Pasa, hijo.

Aquel «hijo» le hizo daño al oído, pero no dijo nada. No había ido allí a discutir con Jesse, sino a intentar sonsacarle la verdad. Pero... ¿a quién quería engañar? Claro que terminarían discutiendo.

—Me alegro de verte. ¿Quieres beber algo?

—Yo no bebo.

Lee sonrió.

— Estaba pensando en una soda o un té helado.

¿Soda y té en su casa? Lo creería cuando lo viera.

— Un té con hielo, entonces.

Lee fue a la cocina y volvió con dos tazas y una jarra de té helado. La tenía preparada. Definitivamente, su padre lo había estado esperando. Se dijo que aquello tenía que estar previsto...

Mitch miró a su alrededor mientras su padre servía las tazas. El propio Lee había diseñado el edificio. Años atrás había trabajado de arquitecto en Seattle. Luego se casó con Ruth Marks, levantó aquella casa y tuvo dos hijos.

Su padre le tendió una taza y él tomó la otra.

— Gracias — Mitch jamás había visto a su padre tomando té.

— Siéntate. Jesse está al caer.

— Prefiero seguir de pie.

Su padre tomó un sorbo de té y ni siquiera hizo una mueca mientras lo saboreaba.

— ¿Cuánto tiempo lleva Jesse contigo?

— ¿Lo preguntas como hermano o como *sheriff*?

— ¿Importa acaso?

Lee sonrió de nuevo.

— Desde la noche del sábado. Llamó para decirme que quería volver y me preguntó si podía quedarse aquí durante una temporada — lo miró a los ojos —. Es bueno tener compañía. Estoy intentando convencerlo para que se quede más tiempo.

— ¿Ya está pensando en marcharse? — pensó que, si Jess se marchaba ahora, parecería aún más culpable.

— Quiere tener una casa propia. Está pensando en comprar la antigua finca de los Kramer, en las afueras de la ciudad. Te ha echado de menos. Quiere reconciliarse contigo. Ha cambiado, Mitch.

Mitch se quedó mirándolo, sin creerse una sola palabra.

— Ya. Él dice que también tú has cambiado — su tono no habría podido ser más cínico.

Lee rió entre dientes.

— Resulta difícil de creer, ¿eh?

— Casi imposible.

— A veces suceden las cosas más extrañas — comentó, sin dejar de sonreír.

— ¿Qué diablos pretende hacer Jesse en Timber Falls?

— ¿No te ha hablado de sus pinturas? Tu hermano es todo un artista.

De repente se abrió la puerta trasera. Mitch oyó unos pasos acercándose. Recordaba que a Jesse le gustaba mucho dibujar cuando era niño, pero de ahí a convertirse en un artista... ¿Desde cuándo su padre se había vuelto tan ingenuo?

Lee Tanner se volvió hacia Jesse cuando entró en la cocina.

—Ha venido Mitch. ¿Por qué no salís los dos al porche a hablar tranquilamente? —apuró el resto de su té y se levantó para lavar la taza en la pila.

—Sí, hablemos fuera —dijo Mitch.

Jesse se encogió de hombros y abrió la puerta principal. Salieron a la terraza cubierta que recorría todo un lateral de la casa.

—¿Y bien, hermanito? Me alegro de que siguieras mi consejo y decidieras visitarnos.

—Háblame de Nina Bromdale.

—Me preguntaba cuánto tiempo tardarías en preguntarme eso —Jesse se apoyó en la barandilla.

—Ella era tu novia.

—Lo era, efectivamente.

—Y por ella volviste a Timber Falls.

Jesse sacudió la cabeza.

—Es mucho más complicado que eso. ¿Llegaste a conocerla?

—No.

—Suerte que tuviste.

—Está muerta —le informó Mitch—. Asesinada, pero creo que ya lo sabes. Vi las huellas de tu moto en la pista de Lost Creek, donde fue encontrado el coche de Nina.

—¿Vas a detenerme por asesinato?

Mitch esperaba sinceramente que nunca tuviera que hacerlo.

—¿La mataste tú?

—No, pero... ¿qué posibilidades hay de que me creas?

—¿Por qué no pruebas a decirme la verdad?

—No te menté cuando te dije que os echaba de menos a ti y a papá.

—¿Y Charity? —Mitch había logrado identificar una huella dactilar en la piedra en forma de corazón que encontró Charity. Era de Jesse.

—Admito que le hice los regalos —sonrió—. Pensé que si descubría que tenía un admirador secreto, tal vez tú entrarías en razón y terminarías admitiendo lo que sientes por ella. O quizá confiaba en que estuviera disponible...

Eso último le parecía bastante más probable.

—Fuiste tú quien se coló en su casa la otra noche, ¿verdad?

Jesse asintió.

—Vi a alguien merodear por la parte trasera de su casa. Lo ahuyenté. Pero la ventana ya había sido forzada.

Mitch había descubierto aquel detalle cuando investigó el suceso, pero eso no significaba que lo hubiera hecho Jesse.

—¿Entraste por ella?

—Quería asegurarme de que no había nadie más dentro.

Mitch sacudió la cabeza.

—Siempre tienes una respuesta para todo, ¿verdad?

—Quizá simplemente sea la verdad.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Nina?

—El lunes.

La víspera de su desaparición.

—No tengo ninguna esperanza de que me creas, pero pensé que podría impedirlo  
—continuó Jesse.

—¿Impedir qué?

Jesse se frotó la mandíbula.

—Que la mataran.

—¿Sabías lo que estaba haciendo aquí? —preguntó Mitch.

—Sabía que Nina quería localizar a su padre para vengarse.

—¿Ella te dijo quién era su padre?

Negó con la cabeza.

—Al principio no lo sabía. Pero luego recibió el mensaje de su madre. Lo siguiente que supe fue que estaba en Timber Falls.

—Has dicho que la viste el lunes. ¿Dónde?

—En su bungalow —suspiró—. Me mandó al diablo.

—Vamos, Jesse. No irás a decirme que viniste aquí a salvar a Nina...

—De acuerdo —sonrió—, te lo diré. Me robó. Cuando se marchó a ver a su madre, se llevó cosas mías. Lienzos, si quieres saberlo. En México estuve pintando, y vendí algunos. Quería recuperar los cuadros.

—¿Lo conseguiste?

—Ya los había vendido. Me enfadé. Discutimos. Fue la última vez que la vi —se interrumpió—. No me crees, ¿verdad?

—¿Cómo te enteraste de dónde estaba su coche? —preguntó Mitch.

—Tú me dijiste que una camioneta negra había estado siguiendo a Charity. Yo seguí a una con esa descripción, fuera del pueblo. Fue así como descubrí el coche.

—¿Fuiste tú quien nos avisó? —inquirió Mitch, sorprendido.

Jesse asintió.

—¿Por qué no le diste tu nombre a Sissy?

—Ya sabes que nunca me ha gustado hablar con la poli.

—¿Y la camioneta?

—La perdí. O me despistó.

Mitch se quitó el sombrero y se pasó una mano por el pelo.

—¿Hay alguna posibilidad de que se encuentren huellas dactilares tuyas en el coche de Nina?

—Bastantes. Nina y yo pasamos los cuatro últimos meses juntos viajando por el sur.

—¿Cómo te enteraste de que Nina estaba en Timber Falls?

—Papá la vio y la reconoció por una foto en la que aparecíamos los dos juntos, en México, que yo le había enviado.

Mitch se quedó mirándolo por un momento, disponiéndose a marcharse.

—No dejes el pueblo.

—¿No vas a despedirte de papá? —le preguntó Jesse—. Ha dejado de beber.

—Me alegro.

—Dale una oportunidad, hermanito. Se está esforzando a tope, y todo por ti.

—¿Por mí?

—Sí, por ti. Se arrepiente de todos los años que pasó bebiendo, después de que mamá se marchara.

—Eso es precisamente lo que debe hacer. Si mamá nos abandonó fue por su culpa.

—Eso no es cierto.

Mitch se dispuso a marcharse de nuevo.

—No quiero seguir escuchándote...

—Pues vas a tener que hacerlo —replicó Jesse, agarrándolo de una manga y obligándolo a volverse—. Durante todos estos años has culpado a papá de la marcha de nuestra madre, pero ya es hora de que sepas la verdad. Se fue porque nunca lo quiso, ni a él ni a nosotros. Se casó con él por su dinero. Y porque el hombre que amaba se había casado con otra mujer.

—¡Eso es mentira! —le espetó Mitch, liberándose—. Ya estaba bebiendo, y tenía una aventura con Daisy Dennison.

Jesse negó con la cabeza.

—Yo era bastante mayor que tú. Recuerdo perfectamente la noche en que ella le dijo que nunca lo había amado, que nunca nos había querido a nosotros, que prefería estar muerta antes que quedarse con él. Papá la amaba de verdad, Mitch, y se quedó destrozado. Nuestra madre le exigió dinero para que pudiera marcharse. Él se negó a dárselo, no quería que se fuera.

—Porque tenía una aventura.

—Ya sé que en aquel entonces sólo tenías seis años, pero... ¿no te acuerdas de cómo era mamá con nosotros? Cada mañana se quedaba en la cama. Ni siquiera se levantaba para llevarnos al colegio.

—Era lógico que estuviera deprimida. ¡Se había casado con un borracho que la engañaba!

—Papá le dio finalmente el dinero que necesitaba para marcharse. Yo lo seguí al bosque aquel día —a Jesse se le hizo un nudo en la garganta—. Cayó de rodillas y... Jamás he visto a nadie llorar de esa manera.

Mitch se quedó mirando fijamente a su hermano. Sentía una opresión insoportable en el pecho. Quería defender a su madre, pero ninguna palabra salió de sus labios. Recuerdos negados durante toda una vida afloraron de repente. Su padre abrazando cariñosamente a su madre, y ella apartándose bruscamente, con rabia. El

dolor, la desesperación en los ojos de su padre...

—Nuestra madre era... —continuó Jesse.

—No —lo interrumpió Lee Tanner desde el umbral—. Vuestra madre os quería a los dos. Quería llevaros consigo, pero sabía que no sería capaz de criaros sola...

Era una mentira evidente. Mitch se encontró con la mirada de Jesse. Como una flecha disparada contra su pecho, la verdad le laceró el corazón. Cuando se volvió de nuevo hacia el umbral, su padre ya no estaba.

Jesse se acercó y lo abrazó con fuerza. Tenía lágrimas en los ojos. Segundos después se marchó, dejándolo solo en el porche.

Mitch sintió náuseas. ¿Sería posible que se hubiera equivocado con todo lo que había creído en su vida? Durante todos aquellos años... ¿por qué su padre no le había dicho nada?

Su teléfono móvil sonó en ese mismo momento.

—Pensé que querías saberlo cuanto antes —le dijo el jefe del equipo de la policía científica—. Hemos identificado las huellas del pato de reclamo que encontramos en el coche de la víctima. Coinciden con otras que tenemos archivadas. Las de Ethel Whiting.

## Capítulo 15

Ya era media tarde cuando Ethel Whiting abrió la puerta a Mitch. La lluvia había oscurecido aún más el día.

—Me preguntaba cuándo volvería a verte —se hizo a un lado para dejarlo pasar.

—Sus huellas han sido encontradas en el pato de reclamo con que Nina Bromdale fue asesinada —le dijo mientras la seguía al salón.

—¿Bromdale? —inquirió, sentándose.

—La hija de Alma y Wade. Alma Bromdale, la niñera de Ángela.

La expresión de Ethel pareció desencajarse.

—¿Ella no era... Ángela?

—No —Ethel debía de haber pensado que Nina era hija de Daisy y de otro hombre aparte de Wade—. Creo que debería llamar a un abogado, Ethel.

—Te lo habría dicho ayer, pero supuse que Nina aún seguía viva cuando no encontraron su cuerpo en Dennison Ducks. Yo no tenía intención de matarla cuando fui a la planta el martes por la noche. No sabía quién era realmente, sólo sabía que representaba un peligro para Wade. Pensé que, si la asustaba, lo dejaría en paz —rió suavemente—. Pero nada podía asustar a esa joven. Y tampoco había dinero suficiente en el mundo para hacer que se largara. Discutimos. Ella soltó el pato que estaba pintando. Estaba tan furiosa que ni me acuerdo del momento en que lo recogí del suelo para golpearla.

—¿Estaba muerta?

Ethel alzó la mirada.

—En aquel momento pensé que sí. No le tomé el pulso. Simplemente dejé el pato al lado de su cuerpo. Supuse que en cuanto encontraras el cadáver y el arma homicida...

—¿Era consciente de haber dejado sus huellas?

—Por supuesto. Sabía, además, que las tendríais archivadas. Mis padres me las tomaron de niña. Les preocupaba que, debido a su bienestar económico, alguien pudiera secuestrarme. Qué ironía, ¿verdad?

—¿Usted no metió a Nina en el coche y lo tiró a un barranco, varios kilómetros al sur del pueblo?

—Yo no soy una mentirosa, Mitchell. No hice nada para encubrir el crimen. Tenía algunos asuntos que arreglar y preferí pasar aquí, en mi casa, los pocos días que me quedaban de libertad. Estaba esperando a que me arrestaras.

—¿A qué hora fue usted a la planta?



—Todavía no eran las nueve. Su coche estaba en el aparcamiento. Sabía que se quedaba trabajando hasta tarde. Fuera quien fuera esa mujer, resultaba obvio lo que le estaba haciendo a Wade. Tenía que detenerla.

Había hecho aquello por Wade. Mitch sacudió la cabeza, recordando que Wade declaró haber ido a la planta a las diez y que Nina ya no estaba allí.

—O no estaba muerta, o alguien se llevó el cadáver.

—¿Por qué habría de hacer alguien algo así?

—¿Es posible que Wade la viera abandonar la planta el martes por la noche? ¿Que encontrara el cadáver de Nina e intentara encubrirla a usted?

Ethel negó con la cabeza.

—Wade ha tomado decisiones muy desafortunadas en su vida, pero jamás encubriría un asesinato.

Aquella mujer parecía tener mucha más confianza en él que Mitch. Al fin y acabo, ¿no decían que el amor era ciego?

Cuando estaba a punto de llamar a la comisaría, recibió otra llamada. Era de la policía del estado. El cadáver del investigador privado Kyle L. Rogers había sido encontrado en un motel de Oakridge. Lo habían disparado a bocajarro con un arma de bajo calibre. Su camioneta negra no estaba por ninguna parte.

—Voy para allá.

Charity sacó su última edición aquella tarde. Iba a ser, con toda seguridad, el número más vendido. Blaine estaba fuera, repartiéndolo. El policía que le había asignado Mitch estaba sentado en una esquina, hojeando una revista.

Sin nada que hacer, estaba pensando precisamente en Mitch cuando lo vio entrar por la puerta. En seguida adivinó que algo andaba mal.

—Han encontrado muerto a Kyle Rogers en un motel de Oakridge. Asesinado — les informó a los dos—. Quiero que te vayas a casa, Charity. Ya he avisado a Florie. Se encontrará contigo allí.

—De acuerdo.

Evidentemente había esperado que se resistiera, porque se quedó sorprendido cuando ella no lo hizo. Y complacido. ¿Tan fácil era aquel hombre de complacer?

—Tengo que salir para Oakridge; luego me pasaré por tu casa. No tardaré mucho.

—No te preocupes por mí. Tengo el bate de Florie y a un policía que me protege, ¿qué más puede desear una chica? —por ejemplo, sentir los fuertes brazos de Mitch en torno suyo. Eso de ser independiente siempre se estaba quedando anticuado.

—Prométeme que mantendrás esa pistola y ese spray lejos de los chicos que se pasarán esta noche por tu casa.

Charity asintió con la cabeza.

—Tan pronto como llegue.

—¿Te quedarás con ella? —le preguntó Mitch al agente.

—Claro.

Mitch la acompañó al coche de policía. Había dejado de llover, pero los nubarrones se arremolinaban sobre el pueblo, proyectando una luz fantasma. La niebla estaba bajando del bosque.

De repente Charity se dio cuenta de que se había olvidado de comprar chucherías para los niños, lo tradicional en las noches de Halloween. Tendría que hacer una parada de camino a casa.

—Ten cuidado —le dijo Mitch.

Aquel era otro de aquellos momentos que habrían exigido un beso. El problema era que el policía estaba delante.

—Lo tendré —y lo vio marcharse en el coche patrulla. Luego, cuando subía al coche, le dijo al agente—: Tendremos que pasar por la tienda de camino a casa. Mi tía Florie traerá consigo cosas como galletas de algarroba o palomitas de tofu. No quiero que los crios me destrocen los cristales a pedradas.

El policía se hizo perfectamente cargo de la situación, echándose a reír.

Las ventanas de las casas estaban llenas de muñecos de cartón y calabazas luminosas. Halloween se celebraba a lo grande en Timber Falls. Todo el mundo participaba en el gran baile de disfraces que organizaba el Duck-In. Después de pasar por la tienda, vieron grupos de niños y adultos vestidos de vampiros y zombies, brujas y marcianos.

Charity no pudo evitar un estremecimiento. Había un asesino suelto en el pueblo. Quizá más cerca de lo que cualquiera de los dos, el policía y ella, podían imaginar.

Cuando el policía se detuvo frente a la casa, un grupo de niños se acercó cantando y riendo al porche. Segundos después Florie abrió la puerta y empezaba a repartirles algo de un gran cuenco. «Nada bueno», pensó Charity.

Salió del coche con el enorme saco de caramelos que había comprado en la tienda. De repente se volvió al oír el motor de otro vehículo. Era una camioneta de reparto postal.

—Le traemos un paquete —le informó Chuck, el cartero.

El policía ya había bajado del coche.

—Tome —le dijo Charity, entregándole los caramelos—. Deje esto en el porche y salve mis ventanas.

El agente se apresuró a subir los escalones del porche. Chuck le dio el albarán a Charity para que lo firmara.

—Fírmame aquí, por favor.

Le entregó un gran sobre acolchado. Después de desearle un feliz Halloween, volvió a subir al camión y se marchó. Justo en aquel momento se puso a llover de nuevo.

Sólo entonces miró Charity lo que le habían entregado. A la débil luz de la calle,

pudo leer el nombre del remitente: Nina Monroe. Le temblaban las manos cuando lo abrió y extrajo un pequeño sobre blanco con su nombre escrito en el anverso.

La lluvia caía ya con fuerza cuando abrió el bolso para meterlo dentro. Por desgracia lo llevaba lleno, con la pistola, el spray y las esposas, de manera que se lo guardó rápidamente en el bolsillo interior de la cazadora.

Acababa de recibir una carta de una mujer muerta. ¿La carta que su perseguidor había estado buscando? Ardía en deseos de abrirla, aunque sabía que debería esperar a Mitch.

Detrás de ella, en el porche, los niños charlaban y reían. Más grupos se acercaban por la calle. Cuando se volvió hacia la casa, captó un movimiento entre los árboles, muy cerca. El corazón se le subió a la garganta cuando vio a una gigantesca figura dirigirse corriendo hacia ella.

Era un tipo vestido con una gran capa con capucha y una grotesca máscara de goma. Lo primero que pensó fue que sería el padre de alguno de los niños, que también se había disfrazado y deseaba darle un susto. Pero se quedó sin habla cuando la agarró bruscamente e intentó abrirla la cazadora. Fue entonces cuando se dio cuenta de que lo que quería era la carta...

Soltó un grito, resistiéndose. Podía ver al policía intentando abrirse paso entre la multitud de niños, hacia ella. En el forcejeo, consiguió levantarle la máscara por un instante. ¡Bud Farnsworth! El capataz de Dennison Ducks.

Cuando iba a soltar otro grito, el hombre le puso una mano enguantada en la boca y levantándola en vilo, corrió de nuevo hacia los árboles. La lluvia caía ya a cántaros.

Nada más internarse unos metros en el bosque, la casa desapareció de su vista. Sólo veía árboles. Oía al policía corriendo tras ellos. Pero, sin una linterna, el agente no podía verlos. Intentó gritar, pero el enmascarado no le había retirado la mano de la boca.

Hizo un nuevo esfuerzo por liberarse, pero Bud era mucho más fuerte que ella, y ahora que había visto su rostro, sabía que no la soltaría.

Salió de los árboles a una carretera secundaria y la llevó a una camioneta negra. La camioneta negra. Abrió la puerta del conductor, la metió dentro y él también subió al vehículo. El asa del bolso se le rompió, y varias cosas se le cayeron al suelo. Él agarró el bolso y lo lanzó al asiento de atrás, justo antes de activar el seguro automático de las puertas. Estaba atrapada.

—Maldita zorra... —le espetó, golpeándola en la cara. Arrancó la camioneta y partió a toda velocidad, con un chirrido de neumáticos.

Por el espejo retrovisor, Charity creyó ver al agente de policía saliendo a la calle. Pero Bud giró rápidamente y enfiló por la carretera que llevaba a Dennison Ducks.

—Dame la carta —le ordenó mientras se quitaba la máscara—. Ahora mismo.

Como no respondió, volvió a golpearla. Charity se había pegado todo lo posible al otro lado de la camioneta, apretando la carta contra su pecho.

—¡Dame la carta! —bramó—. ¡No me obligues a quitártela!

Una voz interior le advirtió que la mataría en cuanto se la entregara. Estaba segura. Quedaba poco para el desvío de Dennison Ducks. Sabía que si conseguía llevarla allí, a una zona tan aislada, perdería cualquier posibilidad de sobrevivir. Por el espejo retrovisor no vio ninguna luz. Nadie había salido en su busca.

Estaba sola. Abandonada a sus propios medios.

Se lanzó a agarrar el volante y tiró de él hacia la derecha. Lo oyó soltar un juramento y sintió el peligroso balanceo de la camioneta. Inmediatamente recibió otro golpe. Cuando volvió a encogerse contra la puerta, algo se le clavó en la cadera. El juego de esposas. Por desgracia, la pistola y el spray de autodefensa seguían en su bolso. Mientras que las esposas, lo más inútil, habían terminado cayendo al asiento...

Bud se esforzó por controlar la camioneta. Cuando lo consiguió, pisó a fondo el acelerador.

—Iba a esperar a alejarnos un poco más, pero... —desactivó el seguro de las puertas y se inclinó sobre ella para abrirla la puerta.

Fue entonces cuando Charity descubrió lo que planeaba hacer. ¡Echarla fuera! A esa velocidad, se mataría.

Instintivamente, se llevó una mano a la cadera para recoger las esposas. Bud la agarró por las solapas de la cazadora, intentando quitarle la carta. Una vez que lo consiguiera...

—¡Espera! ¡Te daré la carta! —gritó.

Bud volvió a poner las manos en el volante. Evidentemente, aunque pretendiera lo contrario, planeaba tirarla de la camioneta en cuanto se hiciera con la carta.

Un arriesgado plan empezó a cobrar forma en la mente de Charity. Más que arriesgado, era suicida. Se llevó una mano al interior de la cazadora y fingió perder el equilibrio cuando dieron una curva. Cayó encima de él.

Bud mantuvo firmemente agarrado el volante con las dos manos, imaginándose que intentaría dar un nuevo volantazo. Charity aprovechó el momento para colocarle una esposa en la muñeca derecha, con la idea de asegurar la otra al volante. De esa manera, si finalmente lograba escapar, Bud no podría salir tras ella.

Intentó golpearla, pero Charity se aferró al volante, esforzándose por cerrar la esposa. La camioneta empezó a bascular peligrosamente.

Con un fuerte manotazo, la lanzó nuevamente contra el otro lado, concentrándose en mantener el vehículo en la carretera.

Cuando Charity hizo un nuevo intento, la agarró del pelo y la obligó a bajar la cabeza mientras procuraba controlar la dirección. En aquella postura, ya no podía acceder al volante. Fue entonces cuando su plan tomó un giro inesperado, aún más peligroso. Pero no tenía más opciones.

Se aseguró la otra esposa a su muñeca izquierda justo antes de que la camioneta se saliera de la carretera y acabara detenida en la cuneta. Se golpeó en la cabeza con la

palanca de marchas y perdió el sentido.

Charity se despertó y fue consciente de que la estaban llevando en brazos. El suelo era irregular, accidentado. Abrió los ojos. La lluvia le caía en la cara. Al principio no vio ninguna luz. Luego distinguió la pequeña luz de emergencia de la entrada de Dennison Ducks. La estaba llevando a la planta.

Una vez en la puerta, se detuvo para bajarla al suelo. Se enjugó el sudor que le corría por la frente, del esfuerzo.

—Debería matarte ahora mismo —le espetó, apuntándola con una pistola—. Con Nina no tuve tantos problemas. Pero claro, Ethel ya la había golpeado previamente.

Sabía que quería dispararle en aquel momento, pero entonces estaría obligado a arrastrarla consigo, unidos como estaban por las esposas.

Sacó su llave, abrió la puerta y la empujó dentro. Como consecuencia del tirón, Charity sintió una punzada de dolor en la muñeca. Miró en torno suyo, buscando un arma. Su bolso se había quedado en la camioneta. Él la arrastró por entre los estantes llenos de patos, sin darle tiempo suficiente para agarrar alguno para defenderse. Todo estaba cada vez más oscuro conforme se alejaban de la luz de la entrada.

En la parte trasera del edificio, Bud encendió una pequeña lámpara en un banco de trabajo y agarró una sierra de mano. Con su mano libre, despejó la mesa de trastos. Cuando se volvió para mirarla, tenía el rostro desencajado por la ira.

—No puedo creer que hayas hecho algo tan estúpido —le espetó mientras tiraba de ella hacia el banco. Soltando la sierra, la agarró de las solapas con las dos manos y le rasgó la cazadora. La carta cayó al suelo.

La apartó para recoger la carta del suelo. Charity lo observó mientras la abría, muriéndose de ganas de leerla. ¿Qué podría haber en aquella misiva que justificara no uno, sino dos asesinatos? Seguro que no se trataba de la paternidad de Nina. ¿A quién podía importarle eso después de veintisiete años? Tenía que ser algo relacionado con el secuestro de Ángela.

—¡Tú secuestraste a Ángela!

—Demuéstralo —replicó Bud con una mueca burlona. Acto seguido sacó un mechero y lo acercó al papel, sin molestarse en mirarlo.

—¡No! —gritó Charity, intentando arrebatarle la carta. Pero era demasiado tarde. Bud ya la había destruido. Y ahora iba a deshacerse también de ella. Nadie sospecharía de él, después de todo. El agente de policía sólo había visto a un hombre enmascarado secuestrándola para marcharse luego con ella en una camioneta negra. Y con Kyle Rogers muerto, nadie imaginaría que el conductor era Bud Farnsworth. Iba a salir impune no sólo del secuestro de Ángela, sino de dos asesinatos.

Intentó decirse que Mitch acudiría en su auxilio. El policía lo había llamado por radio. Mitch encontraría la camioneta en la pista de Dennison Ducks. Sí, al final la

encontraría...

Bud recogió la sierra y pareció darse cuenta de que no podía sujetarla al mismo tiempo que la pistola. Así que colocó el arma fuera del alcance de Charity, agarró la sierra con la mano izquierda y empezó a serrar torpemente la cadena, maldiciendo entre dientes.

El cerebro de Charity trabajaba a toda velocidad. Sabía que cuando lograra cortar las esposas, la mataría. Tampoco podía esperar que Mitch llegara a tiempo...

Escuchó el siniestro chirrido de la sierra cortando el metal, horrorizada. Las esposas no debían de ser de muy buena calidad.

—Eres consciente de que no lograrás escaparte, ¿verdad? —se atrevió a decirle.

Bud la miró como diciéndole que ese tipo de frase sólo funcionaba en las películas. Por supuesto que iba a escaparse. Y sin ningún problema.

De repente, por encima del ruido de la sierra, Charity oyó un sonido leve, el rumor de una puerta al abrirse. ¿Mitch? No. Si alguien había abierto la puerta, tenía que haberlo hecho con una llave.

Algo se movió en la ventana, a su lado. Una sombra. Miró por el rabillo del ojo, pero solamente distinguió una rama de árbol arañando el cristal. Habían sido imaginaciones suyas. Al igual que el sonido de aquella puerta al abrirse...

Bud seguía serrando la cadena. No tardaría más de unos cuantos segundos en cortarla. Charity se dijo que tendría que salir disparada en aquel preciso instante...

Fue entonces cuando sintió la corriente de aire frío. Alguien había entrado en la planta por la puerta de los empleados, pero Bud no parecía haberse dado cuenta.

La sierra terminó de cortar la cadena. Inmediatamente Charity se estiró para agarrar uno de los patos de reclamo del estante que tenía a su izquierda. Tomando impulso, le asestó un fuerte golpe en la cabeza antes de que Bud pudiera recoger su pistola.

El arma cayó al suelo, rebotando en el cemento y yendo a parar debajo de uno de los estantes. Bud se tambaleó y Charity empezó a correr, pero se detuvo en seco cuando vio el cañón de otra pistola, apuntándola. Aquella era la última persona que había esperado ver.

—¿Daisy?

De repente recordó su teoría de que Daisy había contratado a alguien para deshacerse de Ángela.

—No te muevas. Y tú tampoco —le ordenó, apuntando a Bud. Miró las cenizas de la carta, a sus pies—. Así que conseguiste la carta y acabas de destruirla —pronunció con expresión fría, pétrea.

Charity esperaba con el aliento contenido, temiendo que Daisy disparara contra ella al menor movimiento. Si Daisy había contratado a Bud para deshacerse de Ángela, ¿entonces por qué lo estaba apuntando? A no ser que planeara matarlo para que no abriera la boca. Con Nina muerta y la carta destruida...

—Nina me dijo que sabía quién había secuestrado a Ángela —estaba diciendo Daisy—. Al principio pensé que se trataba de un farol. Me dijo también que tenía que sentirme agradecida de que le gustara aún más la venganza que el dinero, y que había escrito una carta para el periódico. Charity la recibiría en Halloween y todo el mundo quedaría desenmascarado. Tú, por ejemplo, Bud.

El hombretón se humedeció los labios, nervioso.

—¿Dónde está el investigador privado que contraté? —le preguntó Daisy—. He visto su camioneta fuera.

—Está muerto —le informó Charity—. Bud se apoderó de ella. Y estaba a punto de matarme a mí también cuando usted entró.

Pero Daisy no parecía escucharla.

—¿Dónde está mi hija? —le preguntó a Bud—. Oh, Dios, debí haberlo adivinado. Fuiste tú quien la secuestró. Harías lo que fuera por dinero. ¿Dónde está Ángela?

—No lo sé. Te lo juro por Dios, Daisy —tuvo que apoyarse en el banco, como si las piernas no lo sostuvieran—. La vendí a un abogado. Jamás me dio su nombre...

Bud miró entonces hacia un punto detrás de Daisy, como si hubiera descubierto algo en la oscuridad. Su rostro se desencajó de terror.

Charity vio lo que planeaba hacer. Quiso gritar, pero todo fue demasiado rápido. Bud se lanzó en plancha a por su arma, que había caído debajo de un estante. Se hizo con la pistola, rodó por el suelo y disparó contra Daisy.

Daisy se tambaleó, desplomándose con un hombro teñido de sangre. Charity oyó gritar a Bud cuando resonó otro tiro. En aquel preciso instante, la ventana más cercana reventó en mil pedazos y Mitch apareció frente a ella.

—Tranquila, cariño —susurró, abrazándola con fuerza—. Tranquila...

Wade también había entrado, apresurándose a atender a Daisy. Desde donde estaba, Charity era la única que podía ver la expresión de Bud. Estaba mirando a Wade como si quisiera decirle algo. Pero ninguna palabra salió de su boca mientras se llevaba las manos al pecho, expirando.



## Epílogo

Durante los días que siguieron, las conversaciones en el Café de Betty no giraron más que en torno a los asesinatos y al antiguo secuestro de Ángela Dennison. El segundo avistamiento del Bigfoot en las afueras del pueblo casi pasó desapercibido.

Mitch puso al tanto a Charity de lo sucedido. Nina había planeado encontrarse con Wade en la planta de reclamos la noche del martes, pero quien apareció poco antes de las nueve fue Ethel Whiting. Forcejearon y Ethel acabó golpeándola en la cabeza, dejándola inconsciente.

Bud había estado fuera, al acecho, decidido a asesinar a Nina. La encontró, la mató, la metió en su coche y lo tiró por el barranco. El problema era que no pudo haber hecho todo eso sin ayuda. Quizá su esposa había conducido el segundo coche. La mujer no había abierto la boca. De hecho, estaba haciendo las maletas, dispuesta a abandonar Timber Falls. O quizá había sido otra persona del pueblo. Charity se preguntó si algún día llegarían a descubrir la verdad.

Bud había asesinado a Nina para evitar que revelara su participación en el secuestro de Ángela. Al menos, esa era la teoría oficial, porque Charity tenía una propia. Si Bud había secuestrado a Ángela por dinero, entonces podía haber matado a Nina en nombre de la persona que había estado detrás de aquel secuestro...

O quizá no había existido ninguna conspiración, como se encargó de recordarle Mitch. Tal vez Nina había planeado chantajear a Bud, como había hecho con Wade. Sólo que Bud no había tenido ninguna intención de pagar.

Daisy se estaba recuperando de la herida de bala en el hombro en un hospital de Eugene. Cuando Charity entró a visitarla, encontró la habitación llena de flores que le habían enviado los residentes de Timber Falls. Al parecer, su enfrentamiento con Bud Farnsworth le había vuelto a granjear las simpatías del pueblo. La gente estaba deseosa de darle otra oportunidad.

—¿Pudiste leer la carta antes de que la quemara?

—No —respondió Charity—. Pero creo que Nina no sabía nada de Ángela.

Tampoco estaba muy segura de ello. En realidad, si se lo dijo fue para consolarla. Daisy había contratado a Kyle Rogers para que consiguiera aquella carta... si Nina había escrito realmente una carta para vengarse de ella, como le había revelado que pensaba hacer. Pero Rogers fue asesinado. De modo que la única persona que había llegado a conocer su contenido era Bud Farnsworth, que también estaba muerto.

Las pruebas de ADN habían confirmado que Wade era el padre de Nina. Al parecer, Desiree no se lo había tomado nada bien.



En cuanto a Daisy... Charity la veía demasiado tranquila, como si estuviera a punto de estallar.

Cuando Wade entró en la habitación del hospital, Charity se marchó. No podía dejar de recordar la expresión de miedo que vio en los ojos de Bud antes de que se lanzara a recuperar su arma. O su intento de decirle algo a Wade cuando estaba agonizando. Todavía tenía pesadillas con eso.

Ethel, que había sido puesta en libertad condicional, pendiente de juicio, no había vuelto a trabajar en Dennison Ducks. Ni siquiera después de que Wade le presentara disculpas. Nadie pensaba que fueran a encarcelarla. Wade había solicitado una nueva secretaria. Charity había multiplicado la tirada del semanario, que estaba rindiendo buenos beneficios.

De regreso al pueblo después de visitar a Daisy en el hospital, llegó a tiempo de hacer un desayuno tardío en el Café de Betty.

Cuando ocupó su mesa habitual, Betty se apresuró a servirle un pedazo de pastel de crema de plátano y un refresco dietético.

—¿Has visto a ese tipo de ahí?

Charity se volvió para ver a un hombre de unos treinta y tantos años, moreno, que estaba sentado en una mesa alejada revisando unos papeles. Era muy atractivo. Pero no era Mitch Tanner.

—Me da la impresión de que te aburrirías con él —comentó Charity—. Yo creía que te estabas ocupando del nuevo camarero del Duck-in...

—¿Bruno? —se ruborizó—. ¿Quién te dijo eso?

Charity se echó a reír.

—¡No me digas que ese tipo es el famoso Bruno!

—No, no... éste es el científico que escribió ese horrible artículo sobre Liam Sawyer. Dijo que las fotos que Liam sacó hace años formaban parte de una elaborada farsa.

Ford Lancaster. Charity se volvió para mirarlo de nuevo.

—¿Qué está haciendo en el pueblo?

—De eso se trata precisamente... Nadie lo sabe. Supongo que tendrá algo que ver con el último avistamiento del Bigfoot. Pero me pregunto si no estará también relacionado con el regreso de Liam al pueblo.

Charity esperaba que no fuera así. No quería que su gran amiga Roz siguiera sufriendo por culpa de aquel antiguo asunto en el que estuvo implicado su padre.

—Bueno, cuéntame cosas de ese dolor de cabeza tuyo, el chico del Duck-In. ¿Cómo es?

La campanilla de la puerta sonó en aquel momento.

—Hablando de dolores de cabeza... —murmuró entre dientes—. ¡Buenos días, *sheriff*! Le he reservado pastel de crema de plátano.

—Hoy no tomaré pastel, gracias.

Mitch se sentó frente a Charity. Después de servirle una taza de café solo, Betty desapareció discretamente detrás de la barra.

—Buenos días, Charity.

Sólo con verla, el corazón le dio un vuelco en el pecho. Fuera estaba nublado, y amenazaba lluvia otra vez. Pero era como si el sol brillara como un halo alrededor de Charity. Aquella mañana su melena parecía puro fuego, y tenía una expresión encendida, luminosa...

Se dijo que debía de tratarse de un efecto del pastel de plátano. No de él.

—Buenos días, *sheriff* —mordió un pedazo de pastel, cerró los ojos y sonrió.

Hacía días que Mitch no veía aquella sonrisa. Contemplándola, sintió una verdadera punzada de placer.

Charity abrió los ojos.

—¿Te apetece un poco?

Se sentía tentado, pero no precisamente por el pastel. Desde que se lanzó por la ventana de la planta de Dennison Ducks para salvar a Charity, había pensado mucho sobre los dos. Y ya no sabía qué pensar, aparte de que no podía estar lejos de ella. Ni quería hacerlo.

Además, esa perspectiva ya no lo asustaba como antes. La noche anterior había estado cenando con su padre y con Jesse. No había sido una experiencia tan mala. Estaba intentando ver al padre que Jesse siempre había conocido, y que él jamás había visto en realidad.

Llevaría tiempo.

Pero ya no tenía miedo de sí mismo. Siempre le había preocupado que se pareciera demasiado a su padre. Ahora ya no estaba tan seguro de que eso fuera tan malo...

En cuanto a Charity...

—Me estaba preguntando... —de repente se le quedó la boca seca. Tuvo que beber un sorbo de café—. ¿Tienes algún plan para este fin de semana?

Ella arqueó una ceja, sorprendida.

—El sábado por la noche —continuó Mitch—. Estaba pensando... que quizá te gustaría ir al baile del centro comunal. Podríamos cenar primero.

Charity se había quedado sin habla.

—¿Me estás pidiendo una... cita?

—Creo que sí.

—Vaya, pues estás de suerte —sonrió—. Da la casualidad de que este sábado estoy libre.

Mitch se llevó una mano al bolsillo. Sacó una pequeña caja y la dejó sobre la mesa.

—Pensé que tal vez querrías llevar esto.

Charity puso unos ojos como platos cuando reconoció la pulsera que tanto le había gustado en la joyería de Eugene.

—Oh, Mitch —se mordió el labio, con los ojos brillantes. Y lo besó.

Mitch experimentó la familiar sensación de vértigo, como si estuviera cayendo por un abismo, fuera de control... sólo que esa vez no le pareció tan aterradora. Pero entonces se vio a sí mismo, tan claro como el día, vestido con un frac negro, ante el altar, y a su lado...

—Es sólo un baile —se apresuró a aclararle cuando terminó el beso.

Charity esbozó una de sus enigmáticas sonrisas:

—Claro, lo que tú digas, Mitch...

\* \* \*

## RESEÑA BIBLIOGRÁFICA



### B.J. DANIELS

Nació en Houston, Texas, pero a los cinco años se trasladó a Montana, donde están ambientados muchos de sus libros. Desde que tenía 8 años escribía historias, aunque sólo escribía inicios en aquel entonces. Aunque fue a la escuela superior para ser profesora de Inglés, lo abandonó y trabajó un poco de todo, desde secretaria administrativa a operador telefónico. No fue hasta superar la treintena, cuando dejó su trabajo diario y comenzó a escribir para el periódico local, cuando decidió seguir el sueño de toda su vida. Comenzó escribiendo historias cortas en su tiempo libre que vendió a publicaciones femeninas. En total fueron 35 entre 1987-1994.



Entonces comprendió que estaba preparada para escribir un libro largo. Había oído sobre la línea de intriga de Harlequin, y le gustó: Romance y misterio. Escribió un libro ambientado en Hebgen Lake, donde había crecido, acerca de un amor perdido y el regreso a casa a causa de una muerte (que, por supuesto, fue un asesinato). Un año después estaba terminado y publicado. Ese libro, *Odd man out*, recibió cuatro estrellas y media en la revista *Romantic Times* y fue nominada a Mejor intriga ese año (1995).

Desde entonces ha ganado numerosos premios incluidos el premio a la mejor carrera por sus novelas de suspense romántico. Su libro, *Premeditated marriage* (Cuatro estrellas y media), ganó el premio *Romantic Times* al mejor libro de intriga en el 2002 y su libro *Mountain Sheriff* (Cuatro estrellas y media) fue nominado al mismo premio en el 2004. Otros premios incluyen el segundo puesto en el premio nacional de los lectores con la novela *The agent's secret child* (Cuatro estrellas y media) y el tercer puesto en la categoría PASIC en el concurso *El libro de tu corazón* (Book of your heart).

Daniels ha vendido veintiocho libros y una historia corta, *The lovebirds para Crimes of passion*, una antología de misterio.

Vive en Montana con su marido, Parker, y tres Springer Spaniels y un gato. Tiene una hija, dos hijastras y dos nietas. Cuando no escribe, hace snowboard, acampa, o juega al tenis. Es miembro del *Mystery Writers of America* y el *Romance Writers of America*.

### CUANDO LLEGARON LAS LLUVIAS

La lluvia volvía locos a los hombres de la zona

El sheriff Mitch Tanner, el soltero más atractivo del condado, sabía que no iba a faltarle el trabajo... pero no estaba preparado para enfrentarse a un caso de asesinato. Con un criminal suelto en su jurisdicción, iba a tener que estar muy atento a la investigación y a los numerosos sospechosos.

Por desgracia para él, la persona que le estaba causando más problemas era precisamente la mujer blanco de todos los chismorreos del pueblo y a quien él haría cualquier cosa para evitar, Charity Jenkins.

Esa mujer había echado por tierra su idea de permanecer soltero y le había hecho imaginar algo mucho más permanente. Lo que no sabía era que el asesino tenía otros planes para Charity...

## **SERIE TIMBER FALLS - OREGON**

1. Mountain sheriff / Cuando llegaron las lluvias
2. Day of reckoning / El día de la venganza
3. Wanted woman / Persiguiendo la verdad

\* \* \*

Título original: *Mountain sheriff*  
Traducido por: Fernando Hernández Holgado  
Editor original: Harlequin Intrigue, 12/2003

Editorial: Harlequin Ibérica, 06/2004  
Colección: Oro 76  
Reeditado en Intriga Edición Especial 60 (2008)  
ISBN: 978-84-671-1689-2